



Trabajo Fin de Máster

INTERPRETACIÓN DEL CAPITAL Y LOS MERCADOS, SEGÚN LOS GRUNDRISSE DE MARX

Autor/es

Juan Ignacio
ALFONSO GRACIA

Director/es

Juan Manuel
ARAGÜÉS ESTRAGUÉS

FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS
2013

ÍNDICE

I – Introducción	2
II - El Dinero	9
III - El Capital	23
- ¿Qué es el capital?	24
- Los dos procesos del cambio con el trabajo	33
- Valorización del capital	38
- La circulación del capital	49
- El crédito	57
- El capital fijado	60
IV - Los ciclos	70
V - Conclusiones	82

I – INTRODUCCIÓN

Resulta casi inevitable, a la luz de los acontecimientos económicos que tienen postrada a España y a media Europa, preguntarse cuál es la razón última por la que, de manera recurrente y en apariencia sistemática, la crisis económica parece quebrar de manera seca y violenta la apariencia de seguridad y prosperidad en la que se venía desarrollando la mayor parte de la población. El fenómeno de la crisis, casi siempre manifestado en colapso financiero, tiende a cebarse además con las capas menos favorecidas de la sociedad, acentuando las diferencias económicas entre los más favorecidos y los más vulnerables, cuyos derechos sociales se ven reducidos de la noche a la mañana por el fenómeno de la exclusión.

La sociedad en general se ve clarísimamente condicionada en todas sus manifestaciones por el sistema económico sobre el que se sostiene. En la primera mitad del siglo XIX, un intelectual alemán, seguidor de la filosofía de Hegel, captó con clarividente lucidez este sometimiento de la sociedad en su conjunto a sus determinantes económicos.

Karl Marx se convirtió, a fuerza de estudio y de apasionada dedicación, en uno de los economistas más destacados de su época, no por afición a los mecanismos y automatismos con los que poder explicar el comportamiento de los agentes económicos, sino como medio para entender mejor la sociedad en la que vivía. Además, se atrevió a cuestionar las certezas con las que, tanto en su época como en cualquier otra, se tiende a justificar el statu quo vigente por parte de las fuerzas dominantes. Analizando la evolución histórica de los diferentes modos de producción y de las sociedades que los albergaban, entendió que la conciencia social y las leyes son producto del orden económico imperante. Su visión materialista e histórica da lugar a una de las doctrinas más influyentes en la historia de la Humanidad.

No obstante, el penoso resultado con que terminaron los proyectos comunistas del siglo XX, inspirados en última instancia en su obra, parece haber ensombrecido la magnitud de su aportación. El radicalismo de las soluciones que plantea parece haber relegado su obra a un cierto ostracismo en la economía convencional, lo que representa una notable pérdida. Independientemente de la eficacia de sus soluciones, su profunda visión del modo de producción capitalista y la tozudez con la que dicho método productivo se empeña en tropezar una y otra vez con sus propios límites, aconseja y casi obliga a una lectura reposada de su planteamiento económico.

Y eso es justo lo que se pretende con este trabajo. La globalización, los vaivenes financieros internacionales, las crisis de los Estados-nación, la explosión tecnológica. Todas estas manifestaciones de la realidad mundial actual están ya inscritas en el ADN del capital que describe Marx 150 años antes.

La obra principal en la que se basa este trabajo, sobre todo en sus aspectos más conceptuales, son los *Grundrisse*, las líneas fundamentales de la crítica de la economía política, cuadernos recopilados por Marx entre 1857 y 1858, como preludio de la que sería su obra más conocida, *El Capital*.

Esta obra, en relación a *El Capital*, ofrece algunas ventajas importantes. Para empezar, su menor extensión permite un acercamiento más directo a los conceptos

fundamentales que sostienen la doctrina marxista, y que son con matices los mismos sobre los que se basa *El Capital*.

Además, la espontaneidad en la sucesión de cuadernos e ideas, expuestos de manera no demasiado ordenada, con llamativos errores matemáticos, corregidos con paciente diligencia por el traductor, y con varias líneas abiertas a posteriores investigaciones, algunas de las cuales no se llegan nunca a concretar, ofrecen una frescura y una sensación de comunicación directa con el autor que la exhaustiva metodología y rigidez de *El Capital*, con la ambición de narrativa maestra propia de la modernidad, no permiten.

Destaca además en los *Grundrisse* la descripción del dinero, su origen y evolución, y el decisivo papel que juega en la formación del capital y en la posibilidad misma de las crisis. Más adelante, la descripción del capital es sencilla y directa. Manejando unos pocos conceptos desenmascara con enorme eficacia la profundidad de las consecuencias sociales del explosivo modo de producción capitalista.

Una vez hayamos comprendido la esencia y el funcionamiento del método productivo capitalista, analizaremos, ya con aportación de otros autores, la naturaleza de los ciclos económicos, la relación de la crisis con los cimientos del capital. Como conclusión, ilustramos los rasgos exteriores más actuales del capital de la mano de Antonio Negri, para dejar abierta la pregunta de cómo se debe actuar ante las injusticias que provoca la insuficiente riqueza afectiva, definida en términos spinozianos, del capital.

Grundrisse. Introducción conceptual. - Inicia Marx sus *Líneas Fundamentales* con una repaso muy clarificador de sus principales conceptos, cuya comprensión resulta fundamental para seguir la progresión de sus argumentos. Los conceptos esenciales que cuidadosamente precisa nuestro autor son producción, consumo, distribución y cambio.

Producción. - El primer concepto y el más importante es el de producción, y en lo que más empeño pone Marx a la hora de clarificar lo que debe ser entendido por producción es en separar su planteamiento de la ingenua concepción naturalista del individuo tan propia del liberalismo moderno, concepción a la califica despectivamente como "Robinsonada", y que consiste en imaginar un escenario original, ahistórico, en el que el individuo vive en un estado natural, presocial, desde el que libremente decide asociarse con otros individuos, dando origen así a una sociedad con ordenamiento económico y jurídico consensuado en beneficio de la comunidad.

Esta visión "creacionista" de la sociedad tiene su origen en el siglo XVII, en el nacimiento de la burguesía, y su esplendor en el XVIII, desde donde aún sirve de base a los dos economistas más relevantes hasta la época como son Adam Smith y David Ricardo. Pero Marx advierte de que sigue siendo fuente de inspiración a numerosos pensadores de mediados del XIX, entre los que cita a Bastiat, Carey y Proudhon, posiblemente los tres autores más ácidamente criticados por él a lo largo de los *Grundrisse*. Marx considera la ingenuidad de estos tres autores y sus seguidores como particularmente perversa, ya que se presentan como teóricos de

la izquierda, pero defienden el sistema liberal burgués como fundamentalmente virtuoso.

Para Marx, sin embargo, el modo de producción es social y es histórico. Es social porque la producción está socialmente determinada, es decir, se habla de producción en un estadio determinado de desarrollo social. La producción general es un proceso articulado, con diferentes ramas de producción particulares que son mutuamente dependientes. Y es histórico porque cada modo de producción es resultado de un momento histórico diferente, y responde a una evolución que determina el modo de organización productiva de la sociedad en cada momento. No existe un modo de producción *natural* independiente de la historia.

Hay no obstante determinaciones comunes a todos los estadios de la producción. Las dos que menciona Marx, y que son fundamentales para entender su visión de la economía, son la necesidad de un instrumento de trabajo (aunque sea la mano), y la necesidad del trabajo pasado, acumulado (aunque sea la destreza que da la práctica)¹. Pero estas condiciones generales son abstracciones que no permiten por sí mismas comprender ningún estadio histórico, real de la producción.

Distribución. - También en el caso de la distribución, denuncia Marx el intento liberal burgués de naturalizar determinaciones generales que confieran legitimidad a unas formas de distribución frente a otras. Concretamente, los dos puntos principales en los que se apoya este intento son: 1) la propiedad privada (que implica su antítesis, la no-propiedad), y que Marx rechaza argumentando que, en su caso, lo natural y originario sería la propiedad común de un grupo, familia o tribu; y 2) la protección de dicha propiedad mediante la ley y la policía, lo que los *economistas*² consideran naturalmente más legítimo que otras formas de derecho anteriores, como la ley del más fuerte, lo que para Marx obvia el hecho de que cada modo de producción genera su propia forma de derecho. Dicha forma de derecho no surge naturalmente.

Para Marx no hay nada natural en las formas de distribución. La producción está determinada por leyes naturales generales; la distribución por la casualidad social³, que puede actuar de manera más o menos estimulante sobre la producción.

En cuanto a la relación entre producción y distribución, Marx considera a la primera como punto de partida y generalidad, al consumo como punto final y singularidad, y a la distribución y al cambio como término medio y particularidad.

La producción y el consumo se condicionan mutuamente. La producción no tiene sentido si no es producción para el consumo. Pero el consumo no existe sin la producción, sin el objeto producido, y además la producción estimula la creación de nuevas necesidades, y por tanto de nuevo consumo. Además, la producción también consume (materias primas, instrumentos de trabajo) y el consumo también produce (las plantas consumen en la agricultura, y los humanos consumen para reproducir su capacidad productiva). Se produce por tanto una cierta identidad

¹ MARX, Karl. *Líneas fundamentales de la crítica de la economía política (Grundrisse)-Primera Mitad*. Editorial Crítica, Barcelona 1977, p. 8

² Marx utiliza el término *economistas* para referirse a los teóricos de la economía política burguesa de los siglos XVIII y XIX

³ MARX, Karl. *Op.cit.*, p. 12

entre producción y trabajo, que a veces lleva al error de hacer coincidir necesariamente a uno y a otro en economía. Pero no hay inmediatez entre producción y consumo. Entre ambos se interpone la distribución ¿Hasta qué punto es ésta independiente de la producción?

La distribución es como una ley social que condiciona las cuotas en las que los frutos de la producción global se distribuyen entre la población. Renta de la tierra, salario, interés y beneficio serían formas de distribución de dicha producción, y condiciona la posición que el individuo ocupa en la producción, es decir, la precede. Las invasiones de los conquistadores o las revoluciones alteran las formas de distribución, modifican las formas de propiedad y determinan la producción.

La distribución es por tanto mucho más que la distribución de los objetos producidos. Es en primer lugar distribución de los instrumentos de producción, y distribución de los individuos (subsunción) entre las distintas ramas de la producción.

Sin embargo, Marx no considera que la distribución preceda a la producción. En el caso de las conquistas, es el modo de producción (el nuevo introducido por los conquistadores, o el antiguo conservado de los pueblos sometidos) el que determina la nueva distribución (con cambios en la propiedad de la tierra en el primer caso, y simples tributos en el segundo). El pillaje o la esclavitud se adaptan de una manera o de otra a la producción existente; no se dan si no hay una producción anterior. Y en el caso de revoluciones que alteran la propiedad fragmentándola (Revolución Francesa), con el tiempo la propiedad se vuelve a concentrar.

Para Marx por tanto lo primero es la producción.

Cambio y circulación. - El cambio es un momento mediador entre la producción y la distribución por un lado, y el consumo por otro. El cambio requiere división del trabajo, producción privada y una producción desarrollada y articulada.

Al igual que veíamos para la distribución, es la producción la que precede al cambio y al consumo. En las sociedades primitivas, el cambio se inicia en los márgenes, en las zonas de contacto entre comunidades, donde se intercambian excedentes. A medida que la producción se va haciendo más compleja y avanza la división del trabajo, se intensifica la importancia de los cambios y aumenta la circulación.

Producción, distribución, cambio y consumo forman parte de una totalidad, pero es la producción la que siempre inicia el proceso. Una determinada producción determina un determinado consumo, una determinada distribución, un determinado cambio y determinadas relaciones de estos diferentes momentos entre sí. La producción puede variar, eso sí, en respuesta a estímulos del consumo (mayor o menor dimensión del mercado) o la distribución (cambios en la propiedad de la tierra). Es un sistema interdependiente.

El método de la economía política. - En este apartado, Marx muestra con claridad su discrepancia frente al idealismo hegeliano. Frente al método analítico que parte de generalidades, de abstracciones, de la concepción de lo real como resultado de la concentración del pensamiento a partir de sí mismo, Marx realza el valor de lo

concreto, de las determinaciones simples, a partir de las cuales se elevan los sistemas económicos hasta la concepción de realidades complejas como el Estado o el mercado mundial.

El sujeto real mantiene su autonomía fuera de la mente, y debe ser el presupuesto de cualquier representación que pretenda ser real, no artística, espiritual o religiosa.

Pone como ejemplo que Hegel considera la posesión como la relación jurídica más simple, a lo que Marx antepone la mayor concreción de las relaciones de dominación o servidumbre, o la posesión familiar, que como queda dicho anteriormente precede históricamente a la posesión individual. La posesión precede a la propiedad, que es la posesión como relación jurídica en sociedades más desarrolladas. Lo mismo ocurre con el dinero, precedido por el cambio de excedentes en las sociedades más simples, desarrollado con el comercio y con la creciente complejidad de la división del trabajo, y perfeccionado y enriquecido cuando se comporta como capital. El proceso histórico real parece, según Marx, apoyar el camino del pensamiento abstracto, que se eleva de lo más simple a lo más complejo.

Es desde luego especialmente relevante el análisis del concepto de trabajo, y no sólo por lo que se refiere al pensamiento de Marx, sino al de todos los economistas de la época. Y aquí alaba los progresos del pensamiento económico que comienza a ver al trabajo como fuente verdadera de la creación de riqueza. Progreso que experimenta un avance decisivo con la aportación de Adam Smith⁴, que rechaza las determinaciones concretas del trabajo creador de riqueza (manufacturero, agrícola, comercial, etc.) para centrarse en el trabajo a secas. Esta concepción abstracta del trabajo ayuda a construir, particularmente en Marx, una imagen total del sistema de relaciones económicas humanas de extraordinaria riqueza. Pero esta concepción abstracta parte de determinaciones concretas, de categorías de trabajo específicas y más difícilmente generalizables, y solo alcanza su forma más acabada como trabajo simple en el sistema económico más complejo y desarrollado, es decir, en la sociedad burguesa.

De la misma forma, las abstracciones que sirven para definir el resto de categorías económicas deben tener una genética basada en determinaciones concretas e históricas. Y deben de ser analizadas, no tanto en sentido cronológico, que resulta farragoso y poco práctico, sino en función de su articulación en la sociedad compleja que se pretenda analizar. En este caso, la burguesa.

Así, propone Marx dividir el análisis de la materia en los siguientes campos de estudio: 1) determinaciones abstractas generales, que sirven para describir cualquier forma de sociedad; 2) categorías que articulan la sociedad burguesa: capital, trabajo asalariado, propiedad de la tierra, cambio, circulación; 3) Resumen de la sociedad burguesa en la forma de Estado: clases no productivas, impuestos,

⁴ Puede resultar sorprendente, para quien no conozca el pensamiento de Marx, que una de las fuentes principales de su pensamiento económico sea precisamente Adam Smith, inspirador también, como es bien conocido, del pensamiento liberal. Marx parece considerar que amplía en profundidad el modelo económico con que acertadamente describe Smith la superficie del sistema económico liberal-burgués. Lo que Marx reprocha es el inmovilismo de los seguidores del Dr. Smith, que un siglo después se esfuerzan en quedarse en la superficie.

deuda pública, población; 4) Relaciones internacionales de la producción, división internacional del trabajo, exportación e importación, cotización en el cambio; 5) Mercado mundial y crisis.

En los *Grundrisse*, Marx solo analiza, como veremos, los dos primeros puntos. Pero con el desarrollo de esos dos puntos, veremos que tenemos de sobra todos los fundamentos para entender la construcción del modelo analítico marxista. Los otros tres son fundamentales, no obstante, para entender la naturaleza cíclica de las crisis, el fenómeno actual de la globalización, y el cada vez más difícil papel de los Estados-nación.

Iniciamos este recorrido con el análisis del elemento base de la doctrina marxista, que antecede y anuncia al capital. Un elemento capaz de orientar con su poderoso magnetismo todas las manifestaciones de la sociedad bajo la forma de producción del capital: el dinero.

II – EL DINERO

En torno al concepto de valor. - Este apartado del capítulo del dinero ofrece un interés máximo desde el punto de vista conceptual. Conviene recordar, no obstante, que en este campo, Marx evoluciona notablemente entre las *Líneas Fundamentales* y *El Capital*. Analizaremos al final del apartado en qué consiste este cambio.

Como hemos indicado anteriormente, la fuente de todo valor para Marx es el trabajo. Desde este punto de vista, cualquier objeto creado o modificado por el ser humano⁵ es, desde el punto de vista del valor, trabajo objetivado. Y cualquier trabajo objetivado es valor. Y Marx distingue dos tipos de valor, cuya comprensión es fundamental para seguir su razonamiento económico: el valor de uso y el valor de cambio.

Cualquier objeto producido por los humanos está orientado a satisfacer algún tipo de necesidad, ya sea a través del consumo o para su uso en la producción (como instrumento o materia prima). Esta utilidad material, específica y concreta, es su valor de uso.

Junto a este valor aparece otro asociado, que deriva de la utilidad que dicho objeto puede tener como artículo intercambiable por otros que satisfagan necesidades alternativas. Este valor es el valor de cambio. En la medida en que el objeto es considerado por su valor de cambio, se convierte en mercancía. El valor de la mercancía es igual a la cantidad de tiempo de trabajo objetivado en ella, y en ese sentido es intercambiable con las demás, que también son producto de horas de trabajo. De esta forma, todas las mercancías son cualitativamente lo mismo, horas de trabajo, y solo se diferencian cuantitativamente. Son por tanto, comparables y perfectamente intercambiables. Como valor, la mercancía es un equivalente, y desaparecen en ella todas sus características naturales.

Este valor de cambio existe junto a la mercancía misma, y en cuanto valor de cambio, la mercancía es dinero. En la forma de dinero, las mercancías se igualan, se comparan, se miden. Las mercancías se disuelven en el dinero, que es el equivalente general. Como abstracción, la mercancía no tiene naturaleza propia, es inmediatamente intercambiable.

No obstante, en el intercambio real, hace falta una mediación. La mercancía no está en el mundo real en igualdad con las demás, y ni tan siquiera consigo misma. El tiempo de trabajo que le da forma está objetivado, fijado, y además no todas las horas de trabajo son de la misma naturaleza. Como abstracción, el valor de cambio en horas de trabajo es válido. En la realidad, dicha abstracción debe ser fijada, objetivada, en una tercera mercancía que representa las partes alícuotas de horas de trabajo que permitan la comparación real.

Dinero y contradicción. - El dinero aparece en este punto, en la forma de signo de referencia, que engloba todas las características de cada mercancía como valor de cambio diferente de ellas, en una forma de existencia social independiente de la

⁵ Introduzco en lo sucesivo la expresión “ser humano” frente a la de “hombre” utilizada por Marx por su mayor precisión, al no circunscribir la acción creadora de valor a uno de los dos géneros humanos exclusivamente. Como sabemos, esta distinción a mediados del XIX no parecía relevante.

existencia natural. La posibilidad de cambiar un producto lo convierte en mercancía, en valor de cambio, y este valor de cambio engendra el dinero.

Este desdoblamiento del producto como valor de uso y la mercancía como valor de cambio, genera inmediatamente contradicciones. En primer lugar, su correspondencia o cambiabilidad no está garantizada. La convertibilidad de la mercancía en dinero está sujeta a condicionantes externos.

En segundo lugar, el proceso de conversión de una mercancía en dinero, y su posterior transformación en compra de producto para satisfacer necesidades (expresada esquemáticamente por Marx como M-D-M⁶), se divide en dos actos independientes: M-D y D-M que no tienen correspondencia inmediata, sino que se mueven en un permanente recorrido de disonancias que buscan la consonancia.

En tercer lugar, el cambio mismo se independiza como actividad. En la medida en que el movimiento M-D, que parte de la mercancía condicionada por sus condiciones naturales, resulta menos sencillo de realizar que el D-M, que parte del equivalente universal, dicho movimiento es susceptible de ser apropiado en la división general del trabajo como oficio especializado. Lo que da lugar al comercio, que obtiene su sustento de la diferencia entre el dinero obtenido en la venta respecto al gastado en la compra. El cambio se autonomiza así respecto a sus sujetos. El comerciante y el consumidor tienen actividades que se condicionan mutuamente, pero sus finalidades son completamente diferentes y autónomas, lo que da origen a nuevas contradicciones.

Por último, el dinero se convierte en mercancía particular frente a las demás, sin dejar de ser al mismo tiempo una mercancía intercambiable como las demás, lo que genera de nuevo contradicción. Se produce naturalmente una separación entre el verdadero comercio y el negocio específico del dinero.

La disolución de todos los productos y actividades en valores de cambio presupone tanto la disolución de todas las relaciones personales como la dependencia universal de los productores entre sí. Esta dependencia mutua es expresada en la constante necesidad del cambio, y en el valor de cambio como mediador universal.

Sometimiento al cambio.- Marx hace una lectura menos amable de la famosa *mano invisible* de Adam Smith, según la cual la persecución del propio interés acaba favoreciendo involuntariamente al interés común⁷. Para Marx los intereses y fines particulares aparecen socialmente determinados, bajo condiciones impuestas por la sociedad y los medios que dicha sociedad provee. Y dichas condiciones sociales son independientes de todos los particulares.

En esta dependencia mutua universal, cada individuo influye sobre la actividad de los demás en cuanto propietario de valores de cambio, de dinero. Las manifestaciones individuales quedan generalizadas en forma de valores de cambio, cancelando toda particularidad, frente a situaciones históricas anteriores en las que el individuo se reproduce en el seno de la familia o la tribu, a partir de la naturaleza, participando en una producción socialmente determinada.

⁶ Donde M es mercancía, y D es dinero

⁷ MARX, Karl. *Op.cit.*, p. 83

Pero el dinero *libera* al individuo de estas condiciones de subsistencia particulares, determinadas. El cambio general de actividades y productos se convierte en condición de vida, cuya conexión mutua se presenta como algo extraño, externo, independiente, como una cosa. En la medida en la que la fuerza social del medio de cambio crece, se debilitan las relaciones de dependencia personal, comunitaria, gremial. Se pasa a una independencia personal basada en la dependencia material.

Intercambio y división del trabajo se condicionan mutuamente. Cada uno trabaja para sí y su trabajo no es para él, haciendo necesario el cambio, en un entorno social donde la presión de la oferta y la demanda marca las condiciones de la conexión mutua general como algo externo e incontrolable. La independencia privada engendra la dependencia total del mercado mundial.

El valor de cambio es, por tanto, igual al trabajo relativo que está materializado en los productos. El dinero, por su parte, es igual al valor de cambio de las mercancías separado de su sustancia, generalizado. Debe su origen al valor de cambio separado de la sustancia de las mercancías. El valor de cambio es una relación de la actividad productiva de las personas entre sí. El dinero es esta relación entre las personas objetivada, posee esta cualidad social porque los individuos han *alienado* su propia relación social como si fuera un objeto.

La actividad del comercio, sobre la base de esta ajenidad, se presenta como enfrentada al individuo, a todos los individuos. Se independiza el mercado mundial, y el propio cambio y la propia producción se oponen a los individuos como una relación material independiente de ellos. La comparación ocupa el lugar de la antigua comunidad.

Marx admite en este punto que es preferible esta múltiple conexión material independiente y espontánea que las anteriores conexiones locales, basadas en dependencias personales y servidumbres. Lo que no acepta es que se considere esta conexión como la más natural, inmanente a la individualidad. Defiende el carácter *histórico* de dicha conexión. La conexión natural viene determinada, limitada en origen, por la pertenencia a una comunidad familiar o tribal. El desarrollo de la individualidad y la conexión universal y ajena que lo acompaña es posterior, es un desarrollo histórico, fruto de condiciones concretas. Veremos además que Marx considera este periodo histórico de producción burguesa próximo a su fin.

El sistema basado en el dinero y los valores de cambio tiene, por tanto, la cualidad de ir disolviendo los lazos de dependencia personal, las diferencias de sangre, y todo tipo de servidumbres, lo que le da un cierto aire de independencia individual. Esta es una impresión engañosa. La dependencia existe, pero pasa de ser una dependencia personal, reconocible y concreta, a ser una dependencia de abstracciones sin rostro, pero puramente materiales y ajenas por completo al control del individuo.

*La génesis del dinero*⁸. - El producto deviene mercancía; la mercancía, valor de cambio; y el valor de cambio adopta una existencia particular como mercancía

⁸ *Ibíd.*, p. 93

general universalmente intercambiable, y que sirve como medida de las demás mercancías: el dinero.

El dinero, al igual que el Estado, es una convención con origen histórico y cultural. Originariamente sirve como dinero la mercancía intercambiada en mayor medida (sal, pieles, vacas, esclavos, etc.). Con el desarrollo y la generalización de los intercambios, su mayor complejidad aconseja justo lo contrario: la menos utilizada como objeto de consumo resulta ser la más útil como dinero.

Algunas de las principales características de los metales preciosos (durabilidad, inalterabilidad, divisibilidad, recomponibilidad, transportabilidad, concentración de valor en poco espacio) acaban aconsejando la generalización del uso de este tipo de objetos como dinero. Su uso para el consumo empieza a disminuir, y va aumentando su representación como valor puro basado en el cambio. Se les empieza a identificar con el excedente y la riqueza.

La necesidad de un dinero distinto del tiempo de trabajo procede de que la cuota de tiempo de trabajo debe ser expresada, no en su producto particular e inmediato, sino en un producto general y mediato, en cuanto que es igual y convertible en todos los demás productos del mismo tiempo de trabajo. No en una mercancía, sino en todas las mercancías a la vez. Es una mercancía particular que representa a todas las demás.

El tiempo de trabajo es objetivado en una mercancía determinada, particular, que posee características especiales, y se relaciona de forma especial con ciertas necesidades. Pero para actuar como valor de cambio, dicho tiempo de trabajo debe estar objetivado en una mercancía que expresa solamente su cuota o cantidad, indiferente a sus cualidades naturales. Tal carácter general contradice la particularidad natural del tiempo de trabajo.

La mercancía debe ser por tanto puesta en un doble sentido, en su forma natural y en su forma mediata, como dinero. El tiempo de trabajo es la sustancia del valor de cambio, pero éste debe ser expresado en un dinero distinto de dicho tiempo de trabajo concreto, lo que da lugar a contradicciones.

Como curiosidad, apunta Marx la manifestación arcaica de esta contradicción en la versión de Adam Smith de la división del trabajo individual entre trabajo particular (objeto concreto de consumo particular) y trabajo para producción de mercancía general destinada al intercambio. Esta distinción se debe a que el intercambio era todavía, en época de Smith, una actividad marginal, de excedentes, mientras que las necesidades básicas eran cubiertas con producción propia. La contradicción se manifiesta aquí, pues, como yuxtaposición de los dos tipos de producción simultáneamente.

*Los sujetos materiales de la relación de dinero*⁹. - Sobre las cualidades que tiene que tener el dinero en su manifestación material, Marx se extiende ampliamente en la descripción de las cualidades de los metales nobles como soporte de tal mercancía. Esta reflexión, décadas después del abandono definitivo del patrón metálico, puede resultar innecesariamente exhaustiva. Hay puntos, no obstante, que sí resultan relevantes a los efectos de este análisis.

⁹ *Ibíd.*, p.102

Por ejemplo, se pone un énfasis especial en el papel de la escasez en la determinación del valor que no encontramos en otros pasajes. Hemos visto que no existe valor económico sin la aportación de trabajo humano. Pero vemos aquí también que no existe valor económico sin escasez. Ambas cosas son requisitos indispensables para que un producto tenga valor de cambio. Algo que se encuentra en la naturaleza y se puede obtener sin esfuerzo ni tasa, no tiene valor, no puede ser cambiado.

Esto se pone de manifiesto en este pasaje con la relación de los numerosos cambios en el precio relativo entre metales preciosos a lo largo de la Historia, en función de su escasez o abundancia¹⁰.

Por otra parte, en relación a los sujetos de la relación de dinero, encontramos al inicio del capítulo sobre el dinero, una referencia muy llamativa a una idea de lo más exótica que circulaba en ámbitos socialistas en época de Marx: la defensa del billete-hora de trabajo frente a los metales preciosos.

En realidad, el capítulo del dinero no se inicia, como parecería lógico y como prefiero hacer yo en este trabajo, con los conceptos de valor y precio. Nos encontramos en su lugar con una crítica frontal al planteamiento monetarista expansivo de Alfred Darimon, integrante señalado del movimiento proudhonista. Darimon critica la rigidez de la política del Banco de Francia ante una situación de fuga generalizada de metales preciosos.

Establece Darimon una correlación entre el crédito concedido a través del descuento de títulos por el Banco de Francia y la reserva de metales preciosos. Intenta el escritor francés demostrar que la defensa de la reserva de oro restringe el crédito circulante en la economía, con lo que concluye que el problema es el patrón metálico con el que funciona el banco emisor, y la sofocante restricción del líquido circulante en la economía.

Marx denuncia cuidadosa y exhaustivamente esta correlación, en primer lugar por falsa desde el punto de vista matemático, algo que demuestra con singular facilidad¹¹. Pero en segundo lugar, y más importante, por inconsistente desde el punto de vista lógico. La masa de dinero circulante no depende exclusivamente de la reserva de metales preciosos y de los títulos descontados por el Banco central. Habría que incluir en la ecuación la cantidad circulante en billetes, así como los descuentos y créditos concedidos por entidades privadas.

Lo que Proudhon y sus seguidores pretenden con estos planteamientos es demostrar que el origen de la crisis está en la excesiva rigidez que para la política

¹⁰ El papel de la escasez en la variación en valores y precios resulta familiar en la economía más contemporánea, y se relaciona con las expansiones o contracciones de la oferta en el modelo clásico de determinación de rentas y precios por la oferta y la demanda. Más significativa resulta en la actualidad la ausencia del carácter creador de valor del trabajo humano, crucial no solo para Marx, sino para David Ricardo, Adam Smith, y el resto de economistas de la época.

¹¹ Las cifras aportadas por Darimon en su obra *De la Réforme des Banques* consiste en varias comparaciones entre dos fechas concretas de la reserva metálica en el Banco, por un lado, y de los títulos descontados por dicho banco, por otro. Resulta francamente llamativa la facilidad con la que Marx desmonta la lógica de estas comparaciones, que en algún caso son directamente contrarias a la tesis que pretende demostrar el francés. KARL MARX. *Op.cit.*, pp. 40-41

monetaria tienen los patrones metálicos, y proponen en su lugar que el patrón de referencia para la moneda sea la hora de trabajo.

Como ya se ha adelantado en la Introducción, entre los estudiosos de la economía del siglo XIX hay un cierto consenso en considerar al trabajo como fuente única del valor económico, planteamiento en el que Marx coincide plenamente, y sobre el que basa toda su concepción de la plusvalía. No obstante, se muestra radicalmente contrario a propuestas tan exóticas como las proudhonianas.

En primer lugar, Marx defiende que el tipo de patrón monetario utilizado no tiene absolutamente nada que ver con la crisis de salida de metales preciosos que sufre Francia. Se trata más bien de algo que nos resulta tan dolorosamente familiar en nuestros días, como es la evasión de capitales. Y como tal lo describe Marx.

Marx considera perfectamente lógica y legítima la actitud del banco en defensa de su reserva metálica. No en función del valor de dicha reserva, sino en relación con la relativa escasez de fondo de reserva que se produce ante la progresiva salida de metal. El problema no es la salida del oro. Dicha salida es más bien el síntoma del verdadero problema. Exactamente igual que en nuestros días, el problema es la pérdida de competitividad de la economía francesa en aquel momento.

Para ilustrar esta pérdida, utiliza dos ejemplos: una mala cosecha (estamos en una época en la que la producción agrícola sigue siendo una parte importante del Producto Interior) y una importación excesiva. Ambos ejemplos están en realidad relacionados. La mala cosecha conduce a un encarecimiento del cereal (que repercute en costes de reproducción de mano de obra mayores) y a una necesidad de importación que fuerza la salida de metales preciosos.

Marx señala acertadamente que esta salida de oro es mucho más que la pérdida del metal. Este oro en realidad está representando al capital (más adelante analizaremos lo que se entiende por capital). El capital, ante las dificultades de valorización que encuentra en Francia (mayores costes de mano de obra, menor capacidad de compra en los mercados,...), vuela en dirección a los países con mayor producción agrícola o con mejores perspectivas de inversión industrial.

En España en la actualidad nos encontramos con un fenómeno similar. Con frecuencia se culpa al euro (ya sin patrón metálico, y dependiente exclusivamente de decisiones políticas europeas) de exceso de celo en la aplicación de restricciones al crédito, e incluso se llega a defender la vuelta de la peseta. Pero el hecho es que, mientras el tipo de interés del euro está al 0,5%, en España, la tasa a la que se paga la Deuda Pública (y por extensión la privada de todo el país) no consigue bajar del 6%. Al igual que en la Francia que describe Darimon, en España el capital abandona el país, y para conseguir capitales se debe pagar una tasa más alta. Esto eleva los tipos de interés y ahoga a la economía irremediablemente. Es la lógica del capital, y como veremos, ésta no ha cambiado desde que la describió Marx.

Tras desmontar la falaz correlación de Darimon, Marx arremete contra la idea del billete-hora de trabajo. La idea consiste en que la moneda de curso legal recoja desde su origen la productividad del trabajo vivo, y como tal le sea retribuida íntegramente al trabajador, evitando así su apropiación por parte del capitalista. Es incluso más fácil desacreditar esta idea. Baste señalar que en el momento en que el billete es emitido y puesto en circulación, se aleja para siempre de su fuente de

valor, de su origen, y es susceptible de ser acumulado, cambiado o revalorizado, en función de infinitos parámetros, ya para nada relacionados con la hora de trabajo que le dio la vida. Su contradicción con la hora de trabajo está ya puesta de base en el momento en que tal billete es puesto a circular.

En realidad, la respuesta a los ingenuos planteamientos de los proudhonistas no ofrece mayor interés en la actualidad. Pero Marx se ve obligado a elaborar exhaustivamente sus críticas ante el éxito que dichas teorías parecen alcanzar en el movimiento obrero francés de la época.

Circulación y precio.- Marx define al dinero como la *rueda de la circulación*, ya que se corresponde con la circulación de mercancías, pero en sentido opuesto.

La circulación del dinero, además de estar determinada por la circulación de mercancías, aparece condicionada por otros factores, como la cantidad de dinero en circulación y la velocidad con la que circula.

Hasta este punto, Marx analiza dos determinaciones del dinero: el dinero como medida, y el dinero como medio de cambio. En la primera, el dinero solo es referencia, expresión de valor, y en la medida en que no se realiza en dinero efectivo, no influye en la circulación; no es más que una representación mental del valor que tiene una mercancía. Se expresa como moneda de cuenta, que cumple respecto a las mercancías un papel similar a los pesos y medidas. En esta determinación, la cantidad de dinero en circulación es lógicamente irrelevante.

La segunda determinación, el dinero como medio de cambio, es la que condiciona la circulación. Se necesita como presupuesto la mercancía expresada en dinero, es decir, el precio. Pero además se requiere que los actos de cambio no se produzcan de manera aislada, sino en un círculo de flujo constante.

El dinero aísla el valor de cambio de todas las mercancías, y lo objetiviza en una mercancía particular, independiente de las propias mercancías cuyo valor de cambio representa. El valor de todas las demás mercancías debe ser traducido a cuotas de valor en esta mercancía particular. Un valor de cambio de una mercancía representará una determinada cantidad de dinero. Éste es el concepto de precio. Y en la medida en que el dinero tiene una existencia independiente de las mercancías, el precio se presenta como una relación externa del valor de cambio y de la mercancía.

La mercancía se correspondía inmediatamente con su valor de cambio, en cuanto estaba relacionada con algo implícito como la cantidad de trabajo en ella objetivado. Pero el precio nace de una comparación con algo exterior e independiente: el dinero. La mercancía es valor de cambio, pero *tiene* un precio. El precio no es una determinación inmediata, sino refleja.

El precio, en su determinación más desarrollada, presupone que el individuo ya no produce directamente sus medios de subsistencia, sino que su producto inmediato es valor de cambio, y tiene que ser mediado por un proceso social para que se convierta en medio de subsistencia.

El valor de cambio particular debe ser cambiado primero por el valor de cambio general, para ser cambiado a su vez por otro valor de cambio particular. En este

movimiento de mediación, el dinero es la rueda, el instrumento mediador. El precio de las mercancías solo se realiza en su cambio con dinero real.

El volumen de dinero en circulación estará condicionado así por la suma global de los precios de todas las mercancías que se cambian simultáneamente. El dinero hace circular los precios, los realiza, pero no mueve las mercancías, y por tanto es la suma de los precios, y no el movimiento de mercancías, la que determina el volumen de circulación necesario.

La circulación, tanto de mercancías como de dinero, no tiene un centro de origen ni de retorno. Parte y regresa desde y hacia infinitos puntos y una misma cantidad de dinero podrá hacer frente a un número limitado de pagos simultáneamente. Es por tanto necesaria una determinada cantidad de dinero en circulación que vendrá determinada por dos factores: la suma global de precios de todas las mercancías que salen a la circulación simultáneamente, y la velocidad con que el dinero recorre estas rutas de circulación o, dicho de otra manera, la cantidad de pagos por unidad de tiempo en que es utilizada una misma pieza monetaria.

El cambio generalizado es el presupuesto de la circulación. Con el avance de la complejidad en la división del trabajo, nadie produce para sí, sino para el cambio, y cubren sus necesidades con el cambio. Las necesidades, cada vez más complejas, se vuelven extremadamente multilaterales, y el producto individual extremadamente unilateral.

La totalidad del proceso se presenta así como un referente social necesario para la subsistencia del individuo, que aparece como una conexión objetiva que surge naturalmente. Aunque nace de la acción recíproca de los individuos, no descansa en su consciencia ni está sometida a ella. Es un poder social extraño, ajeno, que está por encima del individuo social libre.

La circulación se presenta equivocadamente como proceso social infinito (M-D-D-M), pero esta continuidad pasa por alto la discontinuidad entre el acto de venta y el de compra, como dos procesos condicionados por factores diferentes, dos procesos independientes cuya conexión está sometida a la constante contradicción del dinero, analizada con anterioridad. El problema es que como forman necesariamente parte de un todo articulado, de un proceso general en el que tienen que permanecer conectados, aunque su comportamiento independiente les lleve a alejarse, es inevitable que se produzcan ajustes periódicos en los que se restaure la unidad de manera violenta. En la separación del cambio en dos actos empezamos a ver el germen, la posibilidad de las crisis.

El acto de conversión en dinero que significa la fijación de precio a la mercancía implica un cierto sometimiento que también se vuelve general. Se sacrifica su naturaleza y hasta su valor de cambio específico para buscar una determinación en dinero que, caso de no poder realizarse efectivamente en el acto de venta, devalúa necesariamente la mercancía. No solo ocurre en las mercancías. Veámos al estudiar el proceso de formación del método de producción capitalista cómo se van disolviendo los lazos de dependencia personal. Desde la implantación de la monarquía absoluta, los tributos van gradualmente cobrándose en dinero, desapareciendo las prestaciones personales y las lealtades y vinculaciones propias del feudalismo. El dinero se presenta como equivalente general y tiende a igualar y

a someter todo a su criterio universal. Una fuerza igualadora que contagia sus contradicciones a todo aquello que somete a su ley.

Este papel como equivalente general se refuerza, como hemos visto, al acentuarse la división del trabajo. El producto deja de ser gradualmente útil como medio de cambio, y aparece la necesidad de un medio de cambio general que equipare productos cada vez más numerosos y diversos. A la contradicción inherente a la división de la mercancía entre su determinación como valor de uso y su determinación como valor de cambio, se une ahora otra aún mayor: la que existe entre su valor de cambio particular y el valor de cambio expresado en otra mercancía, es decir, su precio. Al menos, en la primera contradicción, ambos valores son inherentes al producto-mercancía. En la segunda, la referencia es una mercancía distinta, sometida a sus propios condicionantes de oferta y demanda.

Pero además, y sobre todo, el dinero provoca la separación del intercambio entre mercancías particulares en dos intercambios independientes, dinero por mercancía y mercancía por dinero, cada uno de ellos sometido a sus particulares limitaciones.

La creciente importancia del papel mediador del dinero lleva a que en la circulación, además del momento M-D-M destinado a cubrir necesidades crecientemente diversas, aparece un momento distinto: D-M-D. El dinero es el fin, la mercancía el medio para obtenerlo. La cada vez mayor complejidad que encontramos en el intercambio general de las mercancías destinadas al consumo lleva a la especialización del comercio como parte de la creciente división del trabajo.

Evidentemente, a diferencia del intercambio de mercancías, cuyo destino es el consumo, y en el que se intercambian equivalentes de distinta naturaleza, en el intercambio con fines comerciales, no se busca el equivalente, ya que el dinero al principio y al final del proceso tiene la misma naturaleza, sino su aumento cuantitativo. La voluntad del comerciante es obtener en la venta al final del proceso más dinero del que gastó en la compra al inicio del mismo. El dinero se convierte así en fin en sí mismo, al margen de su papel como instrumento de la circulación, lo que nos lleva a considerarlo en su tercera determinación: la acumulación.

*El dinero como representante material de la riqueza*¹². - En el ciclo de la circulación, la fórmula D-M-M-D es tan correcta como la otra, M-D-D-M. Pero en la primera, la mercancía final es la misma que la inicial, con lo que el objetivo en el cambio solo puede ser la diferencia cuantitativa. El dinero se convierte en fin en sí mismo como acumulación.

En el valor de cambio, las mercancías son colocadas como relaciones con su sustancia social, con el trabajo. Pero en cuanto precios, son expresadas en cantidades de otros productos, según la forma natural de estos últimos. Lo que ocurre con la mercancía que representa a las demás en el precio es que ella misma sólo puede ser expresada como cantidad de su materia natural.

En su segunda determinación, la de medio de circulación, se requiere que esta mercancía exista en una determinada cantidad. Esta cantidad dependerá de la

¹² *Ibíd.*, p. 136

suma de los precios de las mercancías que han de ser intercambiadas, y de la velocidad a la que circula el propio dinero.

Su naturaleza es no obstante indiferente, ya que su función es evanescente, aparece y desaparece con el único fin de servir de intermediación al intercambio de mercancías para su consumo. El dinero en esta determinación no es más que un signo indicativo de valor. Lo que importa no es el momento de la realización de los precios, sino la totalidad de un proceso en el que el dinero tiene exclusivamente una utilidad instrumental como mediador evanescente, como precio, como representante del valor de cambio de una mercancía frente a las demás. Su naturaleza (oro, plata o cualquier otra sustancia) no tiene ninguna importancia.

En la determinación como medida, la sustancia es esencial para medir y fijar el precio. Como medio de circulación, tal sustancia es irrelevante. Señala Marx que los partidarios del patrón oro ponen más atención a la primera determinación, la de la medida, y por tanto la del valor estable, y los economistas modernos a la segunda, a la necesidad de hacer más fluido el medio de circulación. Para Adam Smith el dinero es improductivo, pero para los economistas más recientes, el dinero como medio de circulación anula el cambio directo, el trueque, con lo que sí es una relación de producción, en la medida en que evita la multiplicación de los cambios y ahorra por tanto trabajo.

La tercera determinación, la acumulación, solo aparece cuando las dos primeras alcanzan un grado suficiente de desarrollo. De lo contrario, se trataría sin más de acumulación de oro o de plata, como mercancías valiosas, no de dinero.

En esta determinación, el dinero procede de la circulación y se sale de ella. En ese sentido se enfrenta, niega su relación con la circulación, pero siempre en relación con ella, ya que de lo contrario no sería dinero, sino, tal como veíamos arriba, sólo mercancías valiosas. Si no se considera su relación potencial con la circulación, su posibilidad de volver a entrar en ella, pierde sentido su condición de dinero. Su relación con la circulación es por tanto negativa, pero siempre relación.

El dinero, frente a las demás mercancías particulares que son riqueza particular porque satisfacen necesidades particulares, representa al concepto de riqueza en general, ya que realiza los precios y satisface por tanto cualquier necesidad, independientemente de su particularidad. El valor de cambio constituye la sustancia del dinero, y este valor de cambio es la riqueza. El dinero es la encarnación de la riqueza.

Por otra parte, es una riqueza que no presupone ningún tipo de relación individual con su poseedor, no se relaciona con el desarrollo de la riqueza en mercancías particulares (la riqueza en ovejas presupone el desarrollo del individuo como pastor o ganadero; la riqueza en grano, presupone el desarrollo como agricultor, terrateniente, etc.). Uno puede apropiarse mecánica o accidentalmente de la riqueza en dinero, o perderla, sin relación alguna con su desarrollo individual.

La posesión de esta riqueza, por este motivo, proporciona un dominio general sobre la sociedad, sin particularismos ni exclusiones, independientemente de la individualidad de su poseedor, lo que conduce al ansia de enriquecimiento. El ansia de poseer es posible sin dinero, sobre riquezas particulares (joyas, casas, coches, etc.), pero el ansia de enriquecimiento, de riqueza en general, solo se produce con

la existencia de dinero, con lo que se trata de un desarrollo social histórico, no natural.

La codicia del dinero conduce además a sacrificar y renunciar a toda relación con los objetos de las necesidades particulares. La avaricia que busca la riqueza general, lo hace enfrentándola a las mercancías particulares. La figuración popular del avaro, desde el Scrooge de Dickens al Tío Gilito de Disney, adopta la forma de una persona adusta, austera y socialmente aislada, que renuncia al consumo de todo lo que no sea esencial para la supervivencia con el único fin de acumular riqueza en dinero. Se renuncia a cualquier goce mundano con tal de acumular como objetivo vital¹³.

Esta necesidad de la riqueza general conduce a la disolución de las relaciones sociales de las comunidades antiguas. El dinero se sitúa en el centro de la comunidad y la regula en torno a los valores de cambio. El dinero aspira a ser objeto, fin y producto del trabajo general, con lo que tiende a eliminar cualquier forma de trabajo no asalariado.

El dinero se vuelve así productivo, favorece la laboriosidad general¹⁴. La productividad del individuo pierde así cualquier relación con su particularidad. El dinero en el trabajo asalariado no se disuelve, como en la determinación del dinero como medio de cambio, sino que produce.

El desarrollo del trabajo asalariado conduce a una riqueza productiva que tiende a autosostenerse, a reproducirse. La riqueza española del siglo XVI, sobrevenida y expoliada por conquistas, conduce eventualmente al empobrecimiento de la nación, y por contraste acaba enriqueciendo a las naciones que tienen que trabajar para obtener el dinero de los españoles. Este caso nos ilustra además cómo el dinero tiende a extender, a generalizar y universalizar el desarrollo de las fuerzas productivas sociales mediante la aplicación de su valor de cambio a la fuerza de trabajo, extendiendo y universalizando también por tanto de manera imparable el efecto de sus contradicciones.

El dinero se configura así como la comunidad real en la sociedad burguesa, en la sustancia general de la existencia y el producto común de todos. Pero esta comunidad como hemos visto es externa al individuo, ajena, indiferente a su particularidad y a su desarrollo personal, a diferencia de las comunidades antiguas, que presuponen una relación particular del individuo consigo mismo.

*El mercado mundial*¹⁵. - En el mercado mundial, en la época de Marx, el oro y la plata, como patrones de valor universales, sirven como medios de cambio en el tráfico comercial entre países. Ello le conduce a analizar la relación de la sustancia oro/plata con su determinación como moneda. Al considerar el intercambio

¹³ La avaricia en sí no es un producto social histórico. Ya Aristóteles describe la avaricia como uno de los males por defecto de la liberalidad, punto medio de una de sus virtudes morales. Pero en la Antigüedad, la avaricia era afán de riquezas materiales, más que de dinero como riqueza universal. Es el ansia de dinero como riqueza general lo que supone un desarrollo social e histórico.

¹⁴ Marx menciona en más de una ocasión el caso particular de los ejércitos, y su crecimiento en cohesión y eficacia al aparecer el ejército mercenario, es decir, asalariado. Es en los ejércitos antiguos donde se empieza a experimentar las ventajas en eficiencia del trabajo asalariado. MARX, Karl. *Ob. cit.*, p. 158

¹⁵ *Ibid.*, p. 160

internacional, el patrón metálico recupera toda la fuerza que ya en esta época empieza a ser puesta en duda por los economistas partidarios de su supresión.

Para Marx el mercado mundial constituye el presupuesto y el soporte de todo. Cada crisis es un esfuerzo de superación del presupuesto existente, y el impulso para la adopción de una nueva forma histórica.

En el caso concreto temporal del comercio internacional de mediados del XIX, en este avance del mercado mundial, se produce una negación del dinero como medio de circulación, como moneda. En este tráfico internacional, la acuñación por la autoridad monetaria nacional pierde valor y lo recupera la sustancia, el metal noble. El oro y la plata vuelven a ser los representantes de la riqueza general, frente a la moneda que representa la riqueza local. Esta paradoja parece dar la razón al mercantilismo, inmediatamente anterior al sistema de producción burgués, que mide la riqueza en función de la posesión directa de riqueza en oro y plata.

Como sabemos, esta contradicción está hoy más que superada, y esta descripción de Marx parece evocar más bien un residuo mercantilista, que sería definitivamente dejado atrás con el abandono del patrón metálico a mediados del siglo XX. En la actualidad, el valor de referencia internacional es móvil, se suele identificar con una moneda nacional de un país fuerte, con garantías de estabilidad en su emisión y control. Desde el abandono del patrón metálico, el dólar ha asumido este papel de valor referencia internacional. El euro llegó a plantearse tímidamente como alternativa, antes de entrar en su actual crisis existencial. En ambos casos, como vemos, el valor dinero internacional ha pasado de ser una sustancia material, identificable y sólida, a ser una convención dependiente de factores políticos y financieros que vuelven el sistema aún más contradictorio e inestable.

El dinero en su determinación última y completa se presenta así como absoluta contradicción. Es abstracción como forma general de riqueza, como concepción mental, imaginada, de la riqueza en general frente las formas materiales, particulares, de la riqueza. Y al mismo tiempo sólo se realiza materialmente como circulación, arrojada a un circuito donde el dinero se pierde, se disuelve en mercancías y goces particulares. Se evapora así el fantasma de la riqueza. Su independencia de la circulación consiste en su referencia a la misma, en su dependencia.

En cuanto al dinero como valor absoluto, se produce otra contradicción. El dinero pretende ser mercancía general, pero al tomar forma en una mercancía particular (oro, plata, más recientemente billetes de curso legal) está sometida a variaciones de valor como cualquier otra mercancía.

Y en cuanto a la seguridad que pretende proporcionar su posesión como riqueza general, se contradice con su carácter de riqueza ajena, extraña, separada de la individualidad de su poseedor, del que puede ser enajenada por cualquier accidente.

El dinero arrastra en su evolución y crecimiento todas estas contradicciones, pero la principal aparecerá con el desarrollo definitivo del valor de cambio. Inicialmente, en los intercambios se accede a la apropiación del trabajo ajeno mediante el trabajo propio, es decir, el propio producto sirve para ser

intercambiado por otros productos que satisfagan necesidades alternativas. Posteriormente, la propiedad privada del trabajo propio se identifica con la separación del individuo de su capacidad de trabajo, que pasa a ser una mercancía intercambiable. La propia capacidad de trabajo es susceptible de ser vendida como tal, como capacidad de trabajo. Con lo que se crea la posibilidad de disponer del trabajo ajeno mediante su intercambio por dinero. Y así aparece el capital como proceso de producción específico.

Hemos mencionado que el dinero, en cuanto que separa el intercambio en dos momentos independientes y les transmite sus contradicciones, representa la posibilidad de la crisis. El capital, como veremos, le aportará la certeza.

III – EL CAPITAL

¿Qué es el capital?

*El dinero como capital*¹⁶. - Se presenta aquí una determinación del dinero que se supera a sí misma. El dinero como capital es una evolución del dinero (Marx la compara al hombre, como forma evolucionada que supera al mono). Esta forma es diferente del dinero como simple dinero. Veremos que el capital se presenta en su manifestación más esencial en el dinero, pero esta es sólo una de las determinaciones en las que se presenta.

Dentro del sistema de la sociedad burguesa, el capital sigue inmediatamente al valor. El capital procede de la circulación, y tiene al dinero como punto de partida. Hemos visto que el dinero se niega a sí mismo al desaparecer en la circulación, o al ser acumulado y no utilizado como dinero. Pero en el caso del comercio, el dinero se convierte en fin en sí mismo, y es aquí, en el comercio, en el ciclo D-M-M-D, donde se encuentran los primeros elementos del capital.

El comercio se inicia entre pueblos marginales que crecen en las fronteras de otros, cuyo modo de producción no se halla aún condicionado por el valor de cambio como presupuesto fundamental. El capital comercial es un capital circulante, que aún no constituye el fundamento de la producción.

Además del comercio, otra forma que también antecede al capital productivo es el capital monetario, que a través de la usura y el interés se desarrolla previamente al sistema de producción burgués. Analizaremos más adelante ambos antecedentes.

Pero el simple movimiento de los valores de cambio, tal como se presenta en la circulación, no puede realizar nunca un capital. Puede conducir a la sustracción de dinero a la circulación, a su acumulación. Pero tal acumulación lo será sin más de riqueza general e insustancial, tal como la hemos conocido en la tercera determinación del dinero. No puede mantenerse en esta determinación, negando su relación inevitable con la circulación.

La circulación no puede autorrenovarse. Necesita el aporte constante de mercancías arrojadas a ella como leña al fuego. De lo contrario, se extingue. La circulación es mediación de extremos presupuestos, mercancía y dinero, que se presentan como momentos de la misma. El presupuesto esencial de la circulación son las mercancías producidas como valores de cambio. La producción de valores de cambio es por tanto presupuesto de la circulación. Dicha producción presupone la circulación como un momento ya desarrollado, y al mismo tiempo la produce, la provoca.

Pero la circulación, el comercio, va poco a poco estimulando la producción orientada hacia el cambio. Originariamente, entre los pueblos semibárbaros se interponen pueblos de comerciantes que hacen circular los excedentes de una producción dominada por el valor de uso, es decir, orientada a la subsistencia de los productores.

Pero cuando la aparición de los comerciantes se repite con suficiente frecuencia, estimula la actividad creadora de valores de cambio. La producción interna se va

¹⁶ *Ibíd.*, p. 189

gradualmente orientando a la circulación y el valor de cambio. Se van ampliando las necesidades y la complejidad de una producción con división de un trabajo cada vez menos destinado a cubrir las necesidades del productor. La producción se va subordinando al valor de cambio.

A esto se le llama en tiempo de Marx la influencia civilizadora del comercio exterior. La importación de mercancías del exterior va forzando la transformación de la propiedad de la tierra, de un sistema de subsistencia en otro sistema destinado a producir valores de cambio que permitan sostener de manera continua el flujo de importación de bienes que cubren nuevas necesidades. Marx pone como ejemplo la necesidad de un excedente de lana en la Inglaterra de los siglos XVI y XVII para mantener la importación de mercancías de los Países Bajos. La tierra se fue dedicando cada vez en mayor proporción a dehesas para ganado, se eliminó el arrendamiento pequeño y se produjo el *clearing of estates* (la liberación para la producción de las tierras comunales).

En este proceso crucial de transformación de la propiedad y la producción se produce también la transformación de las relaciones sociales y de producción antiguas. Finalmente, toda la producción queda condicionada por el valor de cambio como único objetivo.

¿Qué es el capital?- Marx responde a esta pregunta empezando por remarcar lo que no es capital¹⁷. Frente a otros economistas de la época, Marx defiende el concepto de capital como un proceso, no como una cosa. El capital no es simplemente trabajo objetivado que sirve como medio de producción, ya que cualquier herramienta prehistórica cumpliría con esta definición. Ni es una suma de valores utilizada para la producción de valores, ya que los valores también se reproducen en la circulación simple.

La transición al capital se produce cuando el dinero es colocado como valor de cambio que no sólo se independiza de la circulación, sino que se mantiene dentro de ella. Sólo en el capital el valor de cambio se mantiene en la circulación, a diferencia del valor de cambio en la circulación simple (dinero) que, tal como hemos visto, es evanescente, desaparece en cuanto se realiza en el cambio. En el capital el valor de cambio no deviene insustancial, se mantiene en la circulación, como dinero y como mercancía.

El capital presupone a la circulación y se conserva en ella, logrando la perennidad que no conseguía el dinero sustrayéndose a la circulación. El capital, por el contrario, para conservarse se abandona a ella, tomando alternativamente la forma de los dos momentos de la circulación, mercancía y dinero, pero representando al cambio en ambas determinaciones. Su manifestación como mercancía o dinero es meramente instrumental.

El capital es por tanto valor de cambio que se conserva y perpetúa en la circulación y mediante la circulación. El valor de cambio presupuesto y resultado al tiempo de la circulación, debe de salir de ella para no desaparecer como en la circulación simple. Pero si lo hace sin más como dinero se convierte en riqueza insustancial, alejada de la circulación, y si lo hace como mercancía, se convierte en simple objeto que satisface una necesidad. Para que su salida sea sostenible, tiene

¹⁷ *Ibíd.*, p. 189

que convertirse en objeto que satisface una necesidad de producción, tiene que ser consumido por el trabajo.

El dinero, al salir de la circulación, debe volver a ponerla en marcha. Este nuevo punto de partida es el trabajo. Este dinero, que sale como valor de cambio objetivado e independizado, se entrega al trabajo para renovarse a sí mismo, para reiniciar la circulación a partir de sí. El dinero pierde como capital su rigidez y pasa de ser una cosa tangible a ser un proceso.

En este proceso, el trabajo objetivado en valor de cambio pone al trabajo vivo como instrumento de su reproducción, mientras que originariamente el valor de cambio aparecía solamente como producto del trabajo.

A diferencia de la circulación simple, donde el dinero y la mercancía aparecen como dos determinaciones alternativas y excluyentes, en el capital, el valor de cambio aparece como sujeto que se coloca a la vez como mercancía y como dinero. El valor de cambio se coloca como unidad de mercancía y dinero.

En principio, el capital y el trabajo aparecen como formas autónomas y enfrentadas. El capital aparece, como hemos visto, como valor de cambio, y se le enfrenta como valor de uso el trabajo. Pero en la circulación simple, el valor de cambio de la mercancía se realizaba en cuanto era cambiada, quedando su valor de uso fuera de la circulación, como simple satisfacción de necesidades; y el dinero, como valor de cambio, era evanescente, destinado a desaparecer también en el cambio. Sin embargo, el capital como valor de cambio permanece en la circulación, y el trabajo que se le enfrenta como valor de uso, no desaparece en simple consumo improductivo (salvo, como veremos, cuando se trata de trabajo improductivo, destinado a satisfacer necesidades o goces particulares).

El capital, como evolución del dinero, comparte una característica fundamental: su valor es cuantitativo. Sólo puede medirse por cantidad, no por calidad. Por lo tanto, su única aspiración es su multiplicación. La única manera de autoconservarse es crecer, superar sus límites cuantitativos. La actividad teleológica del capital es por tanto el enriquecimiento. Su impulso es superar constantemente sus límites cuantitativos. Se conserva en la medida en que constantemente se multiplica. Para el capital, por tanto, solo tendrá valor de uso aquello que lo multiplica y de esta manera contribuye a conservarlo.

Por otra parte, el capital se diferencia del dinero en que no sólo existe en dicha forma, sino que puede adoptar cualquier forma objetiva. Comparte con mercancías y dinero su sustancia común, es decir, la de ser valor de cambio como trabajo objetivado. Mercancías, dinero y capital son trabajo pasado, objetivado, frente al trabajo existente, vivo. Por tanto, el único valor de uso al que se puede enfrentar el capital es el trabajo. Y el único trabajo que tiene valor para el capital, el único que le ayuda a conservarse y multiplicarse es el trabajo productivo, el trabajo que crea valor.

Marx pone especial interés en remarcar el carácter productivo del trabajo que tiene valor de uso para el capital. El leñador que corta leña para la fábrica es trabajo productivo; el que lo hace para asar cordero en un día de campo para el capitalista, lo hace como cambio simple, como servicio personal, y por tanto improductivo. Sólo es trabajo productivo el que ayuda a valorizar el capital, no el

gasto que mengua la riqueza del capitalista, por más que contribuya a aumentar su bienestar o su placer.

Por lo tanto, el capital es un proceso en el que los valores de cambio objetivados encuentran la forma de sostenerse en la circulación, de perpetuarse, a través del contacto con el trabajo vivo. Trabajo vivo que debe presentarse libre de toda objetividad, libre de sus condiciones de subsistencia objetivas. Veamos cómo tiene lugar este proceso desde el punto de vista histórico.

*Análisis de las formas de producción precedentes*¹⁸. - Las formas de producción que preceden al capital tienen en común su vinculación a una comunidad determinada y cierto sentido de propiedad sobre los medios de producción. Los individuos se relacionan más como propietarios que como trabajadores. La primera comunidad natural analizada es la familia en sentido amplio, la tribu¹⁹. El nomadismo, tradicionalmente asociado a la caza o al pastoreo, presupone la propiedad comunitaria del suelo. La comunidad se apropia conjuntamente de las condiciones objetivas de su vida. Cada individuo por tanto se presenta como propietario, o copropietario, en cuanto miembro que se relaciona y forma parte de una comunidad. Esta comunidad puede adoptar una forma más despótica (jefe de tribu) o democrática (relación de los padres de familia).

Las jefaturas tribales o agrupaciones bajo jefaturas dinásticas, fruto de la primera sedentarización, las aldeas, se asocian frecuentemente a la necesidad de esfuerzos en inversión conjunta, como conducciones de agua, que son impulsadas por una dirección tiránica, más frecuente en el mundo asiático. Pero incluso en las comunidades asiáticas, el individuo aparece como poseedor, ya que hay un propietario único, con control sobre sus condiciones objetivas de existencia y reproducción.

La siguiente fase implica la formación de ciudades. El campo se presenta como territorio de la ciudad. La comunidad sigue siendo el presupuesto de la propiedad y de la reproducción de la vida, y las únicas dificultades en la continuidad de la comunidad vienen de otras comunidades que pueden amenazar su territorio u ocupar otros territorios pretendidos. La guerra se presenta por tanto como la gran empresa general, el gran trabajo comunitario requerido para perpetuar la ocupación que permite el sustento de la comunidad. La concentración de viviendas y familias tiene principalmente un objetivo y una lógica militar.

En esta organización, más fuertemente jerarquizada, se produce la separación entre la propiedad privada y la pública. A medida que esta propiedad privada se va alejando, ya sea geográfica o económicamente, de la necesidad del trabajo y la propiedad comunitaria, se debilitan los lazos comunitarios y se refuerza la propiedad privada.

Pero la explotación privada de la propiedad todavía presupone la comunidad. La propiedad es un producto social, es propiedad respecto a la comunidad de la que

¹⁸ *Ibíd.*, p. 189

¹⁹ Marx descarta el individuo aislado, al que considera como forma anómala, contraria a la naturaleza social y asociativa del ser humano. No obstante, menciona el consumo, la apropiación de objetos ya acabados por la naturaleza, como economía previa, anterior a la producción, aunque transitoria y económicamente poco relevante.

forma parte. Esta propiedad no tiene sentido fuera de ella, no tiene ningún valor en otra comunidad distinta. La continuidad de la comunidad es la reproducción de todos los miembros de la misma como campesinos autosuficientes, cuyo tiempo suplementario pertenece a la comunidad, al servicio de la guerra, etc. Su objetivo no es la adquisición de riqueza, sino el automantenimiento, su reproducción dentro de la comunidad. Esta propiedad puede estar asociada a la pertenencia a la comunidad, como en Roma, donde los propietarios lo son en cuanto ciudadanos romanos, o más individual, como en el mundo germánico, donde la vivienda particular es la base de la sociedad, y la comunidad solo toma forma en asambleas o reuniones para defender intereses comunes.

Todas estas formas tienen en común la apropiación de la tierra como condición natural del trabajo, como naturaleza objetiva de su subjetividad, pero mediada por su existencia natural como miembro de una comunidad. La propiedad privada es puesta por la comunidad y, al igual que ocurre con la lengua, sólo se entiende dentro del seno de la comunidad que la crea.

La comunidad asiática se presenta como más estable por el círculo autosuficiente que supone la unidad de agricultura y artesanía en una comunidad unida bajo una única propiedad dinástica.

En este mundo, en la Antigüedad, la riqueza solo se presenta como fin en sí misma en los escasos pueblos comerciales que viven en los márgenes de comunidades más grandes o productivas, como los fenicios (o los judíos en la Edad Media). El hombre, su reproducción y su desarrollo, y no la riqueza, aparecen como fin de la producción, frente al vaciamiento que supone la producción y el consumo burgués.

Las condiciones naturales de existencia, con las que el productor se relaciona como algo que le pertenece, como con su naturaleza inorgánica, son de dos tipos: subjetiva (pertenencia a una tribu o comunidad que provee las condiciones de apropiación de los medios de subsistencia) y objetiva (relación productiva con la tierra que trabaja como algo suyo). La excepción evidente a estas formas de apropiación de la tierra son los esclavos, como condición inorgánica de su propietario, asimilable a los animales, o los siervos, como accesorios de la propiedad de la tierra.

El proceso de conquista, fruto de la frecuente actividad bélica, convierte a las tribus sometidas en tribus sin propiedad, en condiciones inorgánicas de la reproducción de la tribu conquistadora, que se relaciona con ella como con algo que le pertenece. La esclavitud y la servidumbre aparecen así como resultado o desarrollo de la propiedad tribal. En la forma asiática mencionada anteriormente la conquista es menos necesaria, y estas formas de producción sometida se dan con menos frecuencia.

Las condiciones de reproducción, de existencia y de propiedad son, no obstante, cambiantes. La evolución histórica abre paso a nuevas formas de producción más eficientes que, en la medida en que sustituyen a las anteriores, modifican las condiciones objetivas y con ellas las viejas condiciones económicas de la comunidad. Y como consecuencia de ello, se crean nuevas formas de organización

social, nuevas formas de comercio, nuevas concepciones y formas de comercio, nuevas necesidades y nuevo lenguaje.

Todas las formas en las que la comunidad presupone a los sujetos en una unidad determinada, sujeta a determinadas condiciones de producción, corresponden necesariamente a un desarrollo limitado (limitado por la determinación) de las fuerzas productivas. El desarrollo de las fuerzas productivas disuelve estas formas, y su misma disolución es un desarrollo de las fuerzas productivas humanas. Los presupuestos históricos se suceden a medida que se van quedando estrechos para el desarrollo progresivo de la masa humana.

Una forma posterior, ya desvinculada de la propiedad de la tierra, es la propiedad del instrumento de trabajo. Pero, al igual que en el caso anterior, tal propiedad presupone la existencia de una comunidad real. Se trata del trabajo artesanal. El maestro artesano hereda, gana o ahorra los medios para su sostenimiento, y los comparte con los oficiales, que antes han sido aprendices, que también comparten los medios del maestro bajo una forma patriarcal, con una producción sometida a las limitaciones de la ley de la corporación, las tradiciones, etc. Esta forma de comunidad ya implica una evolución, en la medida en que los instrumentos de trabajo han sido producidos, creados. Esta es una comunidad secundaria, nacida, producida por el trabajador mismo, cuya habilidad particular en el manejo y la producción de los instrumentos lo convierte en propietario.

Veremos que el capital disuelve todas estas formas en las que el trabajador es propietario o en las que el propietario trabaja: 1) la forma de relación con la tierra y las comunidades que la sostienen; 2) las relaciones en las que el trabajador se presenta como propietario del instrumento; 3) las relaciones en las que el trabajador *pertenece* a las condiciones objetivas de la producción (esclavitud, servidumbre). Para el capital el trabajador es solamente trabajo, no una condición de producción. Necesita encontrar al trabajador libre, falto de objetividad, capacidad de trabajo puramente subjetiva, no-propiedad. Y desde el momento en que tiene que pagar por esta fuerza de trabajo, intentará sustituirla por máquinas o fuentes de energía si resulta más económico.

Con la disolución de estas formas de producción se disuelven también las relaciones de servidumbre y las de clientela, que no son más que la disolución de sus relaciones de producción, producción destinada a la creación de valores de uso.

El mismo proceso que separa a los individuos de sus relaciones productivas tradicionales, de sus condiciones objetivas de trabajo, libera también dichas condiciones objetivas (tierra, materia prima, medios de subsistencia, instrumentos de trabajo, dinero,...) de su vinculación tradicional a los mencionados individuos. Crea al trabajador libre y al capital en potencia.

En este recorrido histórico vemos en su plenitud el materialismo histórico que guía el razonamiento de Marx. En todo momento, las condiciones de producción van por delante de las ideas, de las convenciones sociales. La evolución material de las sucesivas formas de producción y las sociedades a las que sustentan precede a la conciencia social, al pensamiento y a las leyes que dan cohesión a dichas sociedades.

La acumulación como presupuesto.- La existencia del capital, no obstante, presupone un proceso de acumulación previo, que puede ser conseguido de muy diversas maneras, como la acumulación de dinero procedente del intercambio de equivalentes retirado de la circulación, o de la propiedad de la tierra o en la corporación gremial. Pero las fuentes de acumulación más importantes provienen del comercio (riqueza móvil acumulada) y de la usura (principalmente contra la propiedad de la tierra). Pero para que esta riqueza acumulada pueda comprar trabajo, éste tiene que ser previamente liberado. El capitalista se introduce entre la propiedad y el trabajo. El sistema corporativo (maestro, compañero, aprendiz) desaparece allí donde aparecen el capitalista y el trabajador.

La acumulación de patrimonio monetario es pues un precedente del capital, pero no suficiente. El dinero, al alcanzar una cierta amplitud en su tercera determinación, contribuye a separar al trabajador de su objetividad, a crear al trabajador libre. El dinero puesto como fin empuja a los grandes propietarios a deshacerse de siervos innecesarios y de pequeños labradores improductivos, que son puestos en su subjetividad desnuda, radical, *libres* de toda propiedad, donde otra vez el dinero se les presenta como salario, como posibilidad de subsistencia. El dinero transforma los medios de subsistencia de valores de uso en valores de cambio. Y lo mismo hace con los instrumentos. El dinero les da la posibilidad de convertirse en capital. El desarrollo del valor de cambio disuelve la producción dirigida al valor de uso. Gradualmente se va produciendo sólo para el cambio.

Sólo cuando el dinero ha ido separando sujeto de objeto, trabajo de sus condiciones objetivas, se presenta la posibilidad del capital, como dinero que hace de intermediario entre las dos partes separadas. Esta mediación se produce bajo la apariencia de intercambio simple, de cambio de equivalentes, bajo el que subyace el fundamento del capital, la apropiación del trabajo ajeno sin cambio.

Marx pone el ejemplo del comerciante de tejidos para el que trabajan varios tejedores e hilanderos, que ejercían esta actividad como oficio rural secundario. Poco a poco, empiezan a depender de la venta, y el oficio secundario va ganando importancia hasta que se convierte en principal, con lo que caen bajo el dominio del comerciante. Este dominio se acentuará con el adelanto de cantidades fijas a cuenta de la producción, con lo que van evolucionando a trabajadores asalariados. Posteriormente los forzará a emigrar, les proveerá los medios de producción, y los reunirá en casas de trabajo. Finalmente, la producción en masa conducirá a las fábricas.

Como vemos, la producción industrial se inicia en el campo, no en la ciudad donde dominan las corporaciones que impiden la producción fabril. Solamente cuando se abren los grandes mercados, cuando la exportación permite el consumo de masas, la producción se traslada a las ciudades, donde se encuentra con la población *liberada* del campo, atraída por la oferta de trabajo asalariado.

Condiciones de aparición del capital.- Las condiciones, los presupuestos necesarios para la aparición en primer lugar del capital son: 1) la liberación de la capacidad de trabajo de sus condiciones determinadas de reproducción, de subsistencia; 2) la acumulación de valores de cambio, de valor objetivo que permita la conservación y la reproducción de la capacidad de trabajo viva; 3) relación de cambio libre, sin lazos de dependencia que garanticen los medios de

subsistencia; 4) voluntad de la parte objetiva de presentarse y conservarse como valor, de autovalorizarse.

No se dan las condiciones en intercambios entre trabajos objetivados, ni en las relaciones de esclavitud o servidumbre. Tampoco el mero cambio de trabajo objetivo por trabajo vivo es suficiente. El intercambio por servicios de consumo personal no es productivo, ya que se trataría de un intercambio asimilable al visto en la circulación simple. Valor de cambio (dinero) por valor de uso (servicio) que se agotan, se anulan en el intercambio. El cliente no valoriza, sino que desvaloriza su dinero. Cuanto más se repita el cambio, más se empobrece.

En realidad, es más el prestador del servicio el que crea realmente el valor. Son los que en la Edad Media se dedican a la producción y a la acumulación de dinero los que crean las condiciones para la posterior aparición del capital, no los aristócratas que gastan recursos en su goce particular.

Es el trabajo objetivado como valor, y cuyo valor de uso es el propio valor y su conservación, el que constituye al capital. El valor constituye el *contenido* del cambio con el trabajo, no el criterio de medida del valor de uso que es la hora de trabajo con la que se calculan los salarios.

El trabajo individual sólo tiene sentido en este modo de producción en combinación con otros trabajadores. Y esta combinación de trabajadores aparece como algo ajeno a cada uno de ellos. Cada uno de ellos está subordinado a una voluntad y una inteligencia ajena, que toma cuerpo en su fase avanzada en la máquina, que objetiviza el pensamiento científico y convierte al trabajador en accesorio aislado. El capital por tanto presupone la existencia del trabajo social, como existencia particular, independiente de cada trabajador. El capital es el sujeto dominante, propietario de trabajo ajeno, que presupone y se apropia de fuerzas productivas y asociativas sociales.

El capital es la fuerza productiva colectiva y social del trabajo. Los trabajadores se asocian a través del capital, que en su forma desarrollada requiere de la concentración de trabajadores. A diferencia de en la artesanía, a cada capitalista le corresponde un alto número de trabajadores.

Inicialmente, el capital se constituye como cambio para trabajadores aislados. Cambio colectivo y cambio concentrador, con el que se acaban relacionando en exclusiva los centros de trabajo aislados. De la dependencia de este cambio se pasará a la dependencia vigilada y la disciplina de los trabajadores reunidos en un centro común, del que se pasará a la fábrica.

Y a medida que va avanzando la concentración, la habilidad manual propia del artesano, así como la fuerza física necesaria, se vuelven superfluas, se van trasladando a la naturaleza muerta, a la máquina. El trabajo se vuelve un accesorio de la máquina, indeterminado, sin cualificación ni formación sofisticada.

Vemos que para que se inicie la producción mediante el capital se requiere de entrada una concentración importante de riqueza en una mano, que permita poner a trabajar simultáneamente a una cierta cantidad de trabajo vivo. Trabajo vivo que será separado de sus condiciones de subsistencia, sustituidas por los medios ofrecidos por el capital.

Esta separación de sujeto y objeto, de trabajo vivo y condiciones de producción objetivas, es la base del modo de producción del capital. La potencia desatada por esta evolución histórica, y la generalización de tales condiciones de producción, están en la base de la explosión productiva iniciada en la Revolución Industrial y que continúa en nuestros días con una fuerza imparable.

Ciento cincuenta años después de Marx, el modo de producción capitalista conserva sus determinaciones fundamentales, sus categorías principales, aunque con modificaciones que contradicen las previsiones del pensador alemán, y que analizaremos más adelante. Visto desde principios del XXI, el modo de producción burgués, tal como lo definía Marx, supone una revolución productiva cuyas consecuencias empiezan a ser comparables a las del Neolítico. Y dichas consecuencias, al igual que las que supusieron la domesticación de las especies vegetales y animales y el consiguiente sometimiento de la Naturaleza, son a un tiempo grandiosas y devastadoras.

“En el siglo corto que lleva de existencia como clase soberana, la burguesía ha creado energías productivas mucho más grandiosas y colosales que todas las pasadas generaciones juntas. Basta pensar en el sometimiento de las fuerzas naturales por la mano del hombre, en la maquinaria, en la aplicación de la química a la industria y la agricultura, en la navegación de vapor, en los ferrocarriles, en el telégrafo eléctrico, en la roturación de continentes enteros, en los ríos abiertos a la navegación, en los nuevos pueblos que brotaron de la tierra como por ensalmo... ¿Quién, en los pasados siglos, pudo sospechar siquiera que en el regazo de la sociedad fecundada por el trabajo del hombre yaciesen soterradas tantas y tales energías y elementos de producción?”²⁰

²⁰ MARX, Karl y ENGELS, F. *Manifiesto del Partido Comunista*. Edición digitalizada por Librodot www.librodot.com, pp. 8-9

Los dos procesos del cambio con el trabajo

El cambio apuntado entre capital y trabajo muestra dos partes bien definidas, tanto formal como sustancialmente: el cambio del trabajo como mercancía propiedad del trabajador por una suma de valores de cambio que le paga el capital; y el uso de la fuerza de trabajo adquirida por el capital como fuerza productora y reproductora del propio capital.

La primera parte es un cambio asimilable a la circulación simple, pero hay que recordar que en la circulación simple el consumo del valor de uso posterior al cambio caía fuera de la circulación misma. En el cambio con el capital, el segundo proceso se contrapone al cambio y crea una nueva categoría, una clase diferente.

El cambio en la circulación simple. - En el cambio simple, el trabajador obtiene valor de cambio, dinero, a cambio de un trabajo determinado en número de horas²¹. Lo que el capitalista haga u obtenga de estas horas no es de su incumbencia. Como en cualquier otro intercambio, el trabajador es poseedor de un valor de uso, la capacidad de trabajo, que cambia por dinero, la forma general de riqueza, para satisfacer sus necesidades.

Participa por tanto de la riqueza hasta el límite que le permite su retribución salarial. De esta manera, su capacidad de cubrir necesidades o disfrutar de goces diversos está limitada cuantitativamente, a diferencia de otros modos de producción anteriores (siervos, esclavos,...), en los que tal limitación es cualitativa. Veremos también como esta limitación cuantitativa tiene una importancia crucial en la producción, por la relevancia que los goces de los trabajadores adquieren en cuanto consumidores.

La apariencia exterior de este cambio simple es, como la de cualquier otro, la de un intercambio de equivalentes entre iguales. Valor de uso (fuerza de trabajo) por valor de cambio (dinero). En principio, el trabajador destina este dinero a cubrir sus necesidades, aunque, al igual que en cualquier otro intercambio, el trabajador es muy libre de retirar dinero de la circulación y acumularlo, a través de la austeridad, del sacrificio de parte sus necesidades. También puede renunciar a parte de su descanso y trabajar más horas, con el fin de poder acumular más riqueza.

Pero esta actitud es necesariamente una excepción. Si esta actitud se generalizase, el capital acabaría por apropiarse de la menor necesidad de sustento o del exceso de horas de trabajo, bajando la retribución de la hora de trabajo. El mercado de trabajo ofrecería al capital horas más baratas, ya que bajaría los requerimientos de subsistencia, de reproducción de la fuerza de trabajo, o aumentaría el número de horas ofrecidas en el mercado.

Para Marx, queda demostrado que la posibilidad de acceder a la riqueza a través del trabajo y la austeridad solo puede ser una excepción a las condiciones generales de existencia de la clase trabajadora.

²¹ Para Marx, otras formas alternativas de medir el trabajo, como la retribución en especie o el trabajo por unidades producidas, son formas distintas de medir el tiempo, con lo que todo se reduce en el límite a un cálculo de horas de trabajo.

También es una excepción el caso del capataz o supervisor que es retribuido por encima del nivel de cobertura de sus necesidades, con el fin de alinearlos con el interés del capital y en contra de su propia clase. O el trabajador especializado, o el dependiente comercial. Todo esto son excepciones de clase, que no se aplican a la relación general.

Por último, una excepción particularmente relevante es la del propietario que trabaja para sí. Sería trabajador y capitalista al mismo tiempo. Y para Marx, en una sociedad capitalista madura estas situaciones tienden a ser superadas. El capital por acciones es la forma más pura en este sentido. En estas formas, el capital tiende a ponerse a sí mismo como no-trabajo, como valor de cambio enfrentado al trabajo como valor de uso. El trabajador, que en la época de los esclavos tenía un valor de cambio, queda reducido exclusivamente a la utilidad de su fuerza de trabajo, excluyendo todos los demás valores. El trabajador queda así devaluado²².

El capital además estimula la frugalidad, el ahorro, en los tiempos buenos para sobrevivir mejor en los tiempos malos. El capital aspira a no tener que cubrir pensiones de desempleo ni de jubilación. Estos costes de supervivencia y reproducción del ser humano deben recaer sobre el salario del trabajador. El capital pretende pagar exclusivamente horas de trabajo productivo, y tratará de desentenderse del resto de costes de reproducción del trabajador.

Es más, menciona las cajas de ahorro como representantes del capital financiero, que retribuyen los ahorros del trabajador a un interés miserable, para ilustrar cómo a través del capital financiero, el capital en general obtiene fondos baratos para financiarse. Y de esta forma, es el capital una vez más el que saca el mayor partido económico a los ahorros del trabajador.

La relación del trabajador con el dinero es pues la de la circulación simple. El dinero como sustancia evanescente, destinada a su desaparición de nuevo en la circulación simple, intercambiado por mercancías de consumo, o negado temporalmente en forma de ahorro precario, destinado a su uso futuro como medio de subsistencia. En el intercambio con el capital, el trabajador cambia su total capacidad de trabajo, de digamos cuarenta años, pagada en plazos mensuales, con el fin de garantizar su subsistencia presente y futura, y la de la familia que depende de él. El capital tendrá que pagar el coste de toda esa reproducción humana, convertida en horas de trabajo productivo. Si trata de evitarlo, pondrá en riesgo la propia reproducción de la sociedad.

El trabajador recorre en este proceso de cambio la forma de circulación M-D-D-M, que se agota en el consumo de la mercancía final, mientras el capital se centra en la forma D-M-M-D²³, en la que la diferencia entre la D final y la D inicial es

²² Marx apunta sin embargo aquí, por contraste a la opinión de Simon Linguet, que esto no es un paso hacia atrás en los derechos civiles del trabajador respecto a la época de la esclavitud, sino al contrario, ya que es colocado como persona, algo para sí mismo al margen de su trabajo. Alguien que vende su energía vital sólo como medio para subsistir. MARX, Karl. *Líneas fundamentales de la crítica de la economía política (Grundrisse) Primera mitad. Op. cit., p. 231*

²³ En *El Capital*, Marx cambia la notación de la D final por D', para mostrar con más precisión que se trata de dos cantidades de dinero diferentes. Diferencia que resulta fundamental, ya que es lo que mueve al capital a poner en circulación el proceso de producción.

cuantitativa, frente a la cualitativa que existe entre las mercancías inicial (trabajo) y final (mercancías que consume).

El trabajo se presenta así como propiedad separada con la que se puede comerciar. Como tal, el trabajo se presenta vacío de contenido desde el punto de vista objetivo. El trabajo no posee nada, no es objeto, no existe fuera de la existencia inmediata del individuo. Sin embargo, es la fuente viva del valor, la posibilidad general de la creación de riqueza. Es por lo tanto potencia pura. Esto constituye el polo de atracción contrario al del capital, que es trabajo objetivado, objeto puro sin capacidad de creación de riqueza por sí mismo.

Veremos que Marx busca siempre la abstracción general, el modelo, partiendo de las realidades concretas, pero separando los conceptos de sus determinaciones particulares. De esta forma, considera el trabajo como concepto abstracto, general, que se contrapone al capital en sus formas más puras, como no-trabajo. Destaca además que el método de producción capitalista tiende a volver al trabajo indiferenciado, en contraste con los usos medievales, en los que el trabajo artesanal, gremial, aparecía determinado por la destreza, la maestría, o la vinculación a una comunidad regulada de productores.

En la actualidad vemos que la tendencia que Marx predice hacia las formas extremas, puras, de las categorías de trabajo y capital no se produce. Más bien al contrario, la complejidad de formas mixtas que supone la llamada clase media²⁴ viene a negar la división de la población productiva en dos bloques antagónicos separados limpiamente por un frente bien definido.

No obstante, la población trabajadora sigue apareciendo como ajena a la acumulación de riqueza, que aparece reservada al capitalista. El trabajador en nuestros días, incluso el trabajador cualificado, sólo acumula por seguridad, con la finalidad de cubrir necesidades futuras. Y al igual que describe Marx para las cajas de ahorros, contribuye, con sus aportaciones a cuentas a plazo, fondos de inversión o fondos de pensiones, a engordar los llamados mercados financieros, a los que encontraremos más adelante.

*El proceso de trabajo incluido en el capital*²⁵. - La segunda parte del intercambio entre el capital y el trabajador se inicia tras el intercambio simple entre capacidad de trabajo como valor de uso y dinero como valor de cambio.

Aquí es cuando el trabajo es analizado, no como capacidad vendida por salario, sino como valor de uso del capital, como posibilidad de la actividad creadora de valor, que existe como facultad en la corporeidad del trabajador. Este trabajo vivo se convierte en actividad real mediante el contacto con el capital.

²⁴ Marx la llamaba *pequeña burguesía* y la consideraba una clase social propia de modos de producción anteriores (campesinos, artesanos) con maneras políticas reaccionarias, contrarias a las formas puras capitalistas, y destinada a ser superada por las empresas grandes del capital. Algo de esto hay, como sabemos, en los enfrentamientos entre pequeños comerciantes y grandes superficies, con notable ventaja para los segundos. Pero en su lugar aparece una *pequeña burguesía* de trabajadores cualificados, aparentemente conformes con unas condiciones de vida crecientemente confortables, y nada dispuestos a derribar el modo de producción capitalista.

²⁵ MARX, Karl. *Líneas fundamentales de la crítica de la economía política (Grundrisse) Primera mitad*. Op. cit., p. 237

El capital es la evolución del dinero. Ya no es dinero en cuanto sustancia particular, sino dinero que puede tomar forma en cualquier sustancia, en cualquier objeto. Como tal, entra en contacto con el trabajo vivo, el que existe sólo como proceso, como acto, sin tomar forma objetiva. El contacto entre objeto y acción da lugar al proceso que da sentido al método de producción capitalista. El trabajo, en palabras de Marx, es el fermento que es arrojado al capital, el que lo hace fermentar.

La objetividad del capital tiene que ser elaborada o consumida, y la pura subjetividad del trabajo tiene que ser negada y objetivada en la materia del capital.

La objetividad de la materia, el trabajo objetivado se presenta en dos relaciones: materia prima, que es consumida en el proceso de producción, y el instrumento de trabajo, que es consumido en la medida en la que es gastado, pero permanece a lo largo del proceso productivo. La aportación del trabajo vivo da lugar el producto como resultado.

Los tres momentos del proceso productivo son por tanto: la materia prima, el instrumento de trabajo y el trabajo vivo. Los tres son consumidos y fijados en el producto. El trabajo queda así no solo consumido, sino fijado, materializado, objetivado en el producto final, que se presenta a sí mismo como valor de uso.

En este proceso el capital se presenta como un ente pasivo. Su determinación formal como proceso está aún cancelada. Entra en el proceso como contenido, como trabajo objetivado, pero sólo adquiere sentido cuando se convierte en proceso en contacto con el trabajo vivo.

Para el trabajo vivo, el capital en su forma objetiva aparece como materia del trabajo, como presupuesto de su actividad laboral. Su condición de trabajo objetivado es irrelevante para el trabajador. En esta relación, el capital es la relación misma, no sólo la parte pasiva, objetiva. Esta última es solo uno de sus presupuestos. El otro es el trabajo.

Por otra parte, el capitalista, es decir, el capital para sí, no interviene en el proceso. La materia prima y el instrumento son consumidos; el trabajador es el que consume. El capitalista es, en este sentido, técnicamente innecesario para el desarrollo del proceso en sí. Se presenta en el proceso en su forma material, en cuanto materia prima o instrumento de trabajo, pero no en su forma subjetiva, como capitalista.

El trabajo que consume el capital, este valor de uso, es valor de cambio para el trabajador, que lo cambia por dinero. Para el trabajador, el trabajo es útil porque es valor de cambio, no porque produce valores de cambio. Para el capital, el trabajo es valor de uso en la medida en que produce valores de cambio, en la medida en que es productivo.

El trabajador, de esta forma, enajenando su capacidad de trabajo, renuncia a la fuerza creadora de riqueza de su trabajo a cambio de dinero para cubrir sus costes de subsistencia. El trabajador no puede por tanto, mediante el trabajo asalariado, enriquecerse. La separación del trabajo de la propiedad del producto del trabajo, de su valor de cambio y de la riqueza, está por tanto puesta en el mismo acto de cambio.

La productividad del trabajo se convierte así en un poder extraño al propio trabajador. La capacidad de trabajo es apropiada por el capital. En el cambio, los trabajadores transforman su trabajo en capital, a cambio de sus medios de subsistencia, y como consecuencia, los progresos de la ciencia y la tecnología, que aumentan la productividad del trabajo, solo sirven para enriquecer aún más al capital, y aumentar su poder objetivo sobre el trabajo, mientras el trabajador sigue cubriendo su subsistencia.

De esta manera, el trabajo por sí mismo, en su existencia inmediata, separado del capital, no es productivo. Es productivo cuando se integra en el proceso del capital, y su productividad es la fuerza productiva del capital.

Marx rechaza posiciones políticas que en su época reclaman la eliminación del capital como inconsistente. El trabajo asalariado solo es productivo integrado en el capital. Frente a Ricardo o Sismondi, Marx recuerda que el capital es proceso, no materia, y por tanto no tiene sentido decir que el trabajo es productivo y el capital no. En el modo de producción capitalista el trabajo sólo es productivo en contacto con el capital.

Marx rechaza asimismo a quienes defienden que hay que conservar el capital, prescindiendo del capitalista, ya que el capitalista es precisamente el que da sentido al capital, el que lo impulsa, asumiendo riesgos en busca de potenciales beneficios. No hay capital sin capitalista ni capitalista sin capital. Como veremos, lo que Marx defenderá es el fin de la propiedad privada, la expropiación de los medios de producción del capitalista, y el fin del capital como modo de producción.

Valorización del capital

El proceso de producción analizado es formalmente para el capital su proceso de autovalorización, el proceso a través del cual conserva y multiplica su valor.

En el presupuesto del proceso del capital está implícita su determinación como valor de cambio en forma de dinero, de proceso de producción (materia prima, instrumento y trabajo) y de producto-mercancía, destinado a transformarse en dinero por el importe que indica su precio, determinado por el trabajo objetivado en él. Pero en cuanto tal, está expuesto a que en la circulación no pueda realizarse su precio. El hecho de que durante el proceso, sus elementos de valor asuman sustancias diversas no interesa a su determinación como valor. El valor del capital mantiene su esencia constante, inalterada. En el proceso, el capital cambia de forma, de sustancia, pero su esencia como valor de cambio permanece inmutable.

En el proceso del capital, su valor se descompone en diversos elementos de valor, frente a la simplicidad que presenta al principio y al final del proceso. En el proceso habrá un valor x de materia prima, un valor y de desgaste de instrumentos, y un valor z de trabajo vivo. Pero la suma de todos equivale al valor del capital originario.

Por otra parte, si en el acto de producción se reproduce simplemente el valor del capital, sin aumento de valor, habría exclusivamente una transformación material, en la forma de distintas mercancías, pero su utilidad resultaría nula. No habría finalidad, ni por lo tanto estímulo para poner en marcha el proceso.

Además, el capitalista, como individuo, tiene sus gastos de subsistencia propios, que en caso de una simple reproducción del valor del capital a lo largo del proceso, conduciría a su progresiva pérdida de valor, a medida que el capitalista va consumiendo su propia riqueza para sobrevivir.

¿Y qué sentido tiene pues la existencia del capitalista, si como tal no interviene para nada en el proceso de producción? Si los trabajadores pueden vivir mediante la simple reproducción de los costes de producción, ¿para qué hay que detraer ingresos para el capitalista? Como se ha indicado antes, en la circulación el capitalista asume el riesgo de que el producto no pueda realizar el precio correspondiente al valor del trabajo objetivado en él. Estos riesgos de la producción tienen que ser compensados. Y es aquí donde cobra sentido la figura del capitalista, y la necesidad de aumentar el valor para conservarlo. El capital tiene que conservarse en medio de las oscilaciones de los precios, y si no hubiera aumento de valor, el capitalista sólo habría corrido el riesgo de salir perjudicado del acto de producción. La ambición del capitalista sirve para enfrentar el riesgo de la no valorización del producto. Ambición contra riesgo. Confianza contra miedo. Este es el sentido del capital.

¿Pero cómo puede el trabajo crear valores de cambio superiores a los que le están presupuestos? Esto resulta imposible si el capital le paga al trabajador el equivalente exacto del valor que el trabajo crea en el proceso de producción. Lo que el trabajo en cuanto tal hubiera introducido en el proceso de producción por encima del valor presupuesto de la materia prima y del instrumento de trabajo, le sería pagado al trabajador. Pero el capitalista le paga el valor de su trabajo en salario, y el trabajador le devuelve al capitalista el valor en producto.

La plusvalía.- La plusvalía significa que el tiempo de trabajo objetivado en el producto es mayor que el trabajo existente en los componentes originarios del capital. El tiempo de trabajo objetivado se presenta como la suma de trabajo objetivado en materias primas, en instrumentos de trabajo y en el precio del trabajo utilizado. Las dos primeras se mantienen inalteradas en cuanto valores, aunque no en materia o sustancia.

Es en la parte del trabajo donde el capital cambia por algo cualitativamente diferente: trabajo objetivado por trabajo vivo. Si el tiempo de trabajo vivo reprodujese simplemente el valor del trabajo objetivado en su precio, si el capitalista le paga al trabajador un precio igual a un día de trabajo, y el día de trabajo del trabajador añade a la materia prima y al instrumento solo un día de trabajo, entonces el capitalista habría simplemente cambiado el valor de cambio en una forma por el valor de cambio en otra. No habría actuado como capitalista.

El cambio entre capital y trabajo no puede ser un cambio de equivalentes, como en la circulación simple. Tiene que ser un no-cambio. No se trata de un acuerdo entre socios, en el que uno obtiene el precio de su materia prima y su instrumento, y el otro el precio que el trabajo les añade. Si así fuera, el primero convertiría su materia prima y su instrumento en circulante, consumible, y el segundo valorizaría su trabajo, con lo que el capital se consumiría en forma de dinero en la circulación, y el trabajador, a través de su trabajo, acabaría en posesión de los medios de producción, ya que es el único que crea nuevo valor.

El trabajador enajena su capacidad de trabajo por su precio, calculado como en las demás mercancías por el trabajo objetivado en él. Dicho trabajo objetivado es el coste de reproducción del trabajador, su subsistencia. Él obtiene un equivalente exacto de dichos costes, lo que le permite reponerse y volver a vender su capacidad de trabajo. Aquí no se trata aún de los valores invertidos en obtener una habilidad especial, dado que se trata del trabajo simple exclusivamente.

Si fuera necesario un día de trabajo para conservar con vida al trabajador durante un día, no existiría el capital, dado que el día de trabajo se tendría que cambiar por su propio producto y el capital no podría valorizarse. Si en cambio sólo es necesario para tal subsistencia medio día de trabajo, el capital se apropia de la segunda mitad sin que le cueste nada. Obtiene un valor por encima del equivalente. Se crea valor para el capital.

La plusvalía es generar valor por encima del equivalente, siendo el equivalente la identidad del valor consigo mismo. En el caso del trabajo, lo que para el capital es plusvalía, para el trabajador es trabajo excedente, por encima de su necesidad. Marx lo llama plustrabajo. El papel del capital es crear este plustrabajo, este trabajo excedente, coactivo para el trabajador. Su función está desarrollada cuando las fuerzas productivas llegan a un nivel que permite que la sociedad necesite una cantidad de trabajo menor para su reproducción, y al mismo tiempo la evolución científica permita que el trabajo pueda ser sustituido por las máquinas, por trabajo objetivado, por cosas.

El capital es por tanto productivo. Constríne al trabajo por encima de su necesidad natural, y crea al mismo tiempo necesidades que desarrollan una individualidad más rica. Desaparece la necesidad natural, sustituida por una

producida históricamente. El capital es así esencial para el desarrollo de las fuerzas productivas sociales.

*El aumento de valor del capital*²⁶. - Marx utiliza para ilustrar los aumentos de valor del capital el siguiente ejemplo. Con un capital de 100 unidades monetarias (supongamos euros), se invierten 50 en algodón, 40 en trabajo y 10 en instrumentos. En este cálculo que hace el capital, los 40 euros en trabajo corresponden al pago en salarios. El salario equivale a 8 horas de trabajo²⁷, pero el coste de subsistencia del trabajador se cubriría con 4 de trabajo productivo efectivo. Las otras cuatro horas de producción son apropiadas por el capital, son la plusvalía. Por tanto, se pagan 40 euros en salarios, pero la producción real que aportan las horas de trabajo son 80. El valor total de la producción sería por tanto de $50+80+10=140$. El proceso de producción habría aportado al capital 40 euros sobre la inversión inicial.

Estos 40 euros son creación de nuevo valor de cambio. Si mediante un aumento de productividad, el trabajo necesario para el trabajador baja a la mitad, es decir a la cuarta parte de la jornada, valorada en 20 euros, el capital retribuirá esta cantidad al trabajador en salarios, mantendrá la misma jornada laboral, y se apropiará de 60 euros de plusvalía. El producto final seguirá siendo de 140 euros, pero el coste de producción habrá bajado a 80 ($50+20+10$). El valor nuevo añadido por la producción habrá aumentado a 60 euros. Este valor se presentará como dinero, como valor de cambio puro.

Este nuevo valor de cambio creado puede ser utilizado para el consumo del capitalista o ser reintroducido en el proceso de producción como valor de cambio que busca valorizarse, mantenerse en la circulación²⁸. Manteniendo la misma productividad, si el capitalista consume 20 euros y reinvierte 40, el coste de producción guardaría la misma proporción entre trabajo objetivado y trabajo vivo. La inversión sería de 25 euros en algodón, 10 en salarios y 5 en instrumentos²⁹. Dado que el trabajo necesario, y por tanto la retribución salarial, había quedado reducida a un cuarto de la jornada, el valor aportado por el trabajo a la producción final será de 40 euros (10×4). El valor total de la producción será de 70 euros ($25+40+5$), siendo la plusvalía de 30 ($40-10$). La plusvalía en ambos actos de producción es la misma (75%).

²⁶ MARX, Karl. *fundamentales de la crítica de la economía política (Grundrisse) Primera mitad*. Op. cit., p. 284

²⁷ El ejemplo que utiliza Marx supone 12 horas de trabajo diario, a pesar de que ya estaba vigente una ley que limitaba la duración máxima de la jornada a 10 horas diarias. Para facilitar la comprensión, hemos sustituido la moneda que utiliza Marx en su ejemplo (el tálero) por la nuestra actual, así como la duración de una jornada de trabajo por las 8 horas actuales.

²⁸ Obviamente, ese dinero también podría ser atesorado, guardado, como dinero en su tercera denominación, la de riqueza, pero entonces se estaría negando a sí mismo frente a la circulación, y el capitalista no estaría actuando como tal, de acuerdo a la determinación general del capitalista definida por Marx.

²⁹ Recordemos que la cantidad señalada como inversión en instrumentos corresponde al desgaste que dichos instrumentos experimentan en el proceso de producción. Si los instrumentos son máquinas, los 5 euros invertidos corresponderían a amortización de maquinaria, no a compra de la misma por 5 euros. Los instrumentos de trabajo se diferencian de la materia prima en que no se agotan en un acto de producción.

De esta manera, el capital seguirá creando valor siempre y cuando tenga suficiente acceso a las materias primas, y no se agote la capacidad de trabajo. Procurará además invertir en progreso tecnológico con el fin de mejorar la productividad del trabajo y conseguir así una mayor plusvalía, con lo que la valorización respecto a la inversión será mayor.

Conservación del capital objetivo.- Hemos visto al calcular el valor de la producción que el único elemento que cambia de valor es el trabajo. Los elementos materiales, objetivos, del capital, es decir, la materia prima y el instrumento de trabajo mantienen el mismo valor a lo largo del proceso.

Esto sucede porque lo que el trabajo vivo aporta en el proceso de producción a los otros dos elementos es la conservación de su valor, dado que dichos elementos aportados por el capital tienen valor en la medida en que son destinados a ser material de trabajo para el trabajo vivo. Si no son objeto del trabajo para el trabajador pierden por completo su sentido económico, su valor.

Marx utiliza un ejemplo textil. El hilo y el huso son productos de procesos de producción anteriores, son trabajo objetivado. Estos valores como trabajo objetivado son aportados a un proceso de producción posterior con el fin de convertirlos en tejidos. Tienen valor en la medida en que son material de trabajo para un proceso posterior, y en eso reside su valor económico. Si por las razones que sean, ese material queda sin utilizar, se convierte en una carga, en un coste de mantenimiento o de almacenaje, o pierde su valor de uso por desgaste o envejecimiento. En cualquier caso, pierden valor.

La aportación del trabajo vivo conserva su valor en la medida en que realiza su destino como material de trabajo, como inputs de un proceso productivo diferente. El trabajo vivo cambia su forma en objetos materiales diferentes, destinados al consumo o a un proceso productivo posterior (corte, confección, tinte, etc.), pero no altera su sustancia como trabajo objetivado. El trabajo vivo, además de aportar nuevo trabajo objetivado, contribuye a mantener el trabajo objetivado que recibe del capital. Y este trabajo de conservación es un servicio que le hace al capital gratis, aunque tampoco tiene un coste extra para el trabajador. Para el trabajador, esta función conservadora que aporta al trabajo objetivado es completamente indiferente. Para el capital, sin embargo, el valor de uso del trabajo le supone un doble servicio: aumenta su valor con el plustrabajo, y conserva el valor de los medios de producción en poder del capitalista.

Esta doble aportación se produce por el encuentro al que están destinados en la producción el trabajo vivo y el trabajo objetivado, el trabajador y su material. Estos dos elementos son separados en el acto del cambio entre trabajador y capitalista, y sobre esta separación se basa la existencia del capital y del trabajo asalariado. Pero esta separación es a su vez negada en el acto de producción. Marx lo define de esta manera: *“el trabajo vivo en el mismo proceso de producción convierte al instrumento y al material en cuerpo de su alma, y los resucita de los muertos”*³⁰. Pero en la medida en que la parte objetiva, el material y los instrumentos, son

³⁰ MARX, Karl. *Líneas fundamentales de la crítica de la economía política (Grundrisse) Primera mitad. Op. cit.*, p. 310

propiedad del capital, su relación, su fuerza vivificadora, existe para el capital. Esta apropiación constituye la fuerza autoconservadora del capital.

Veámos en el ejemplo anterior que la plusvalía (o parte de ella) puede ser reinvertida. Esta plusvalía en forma de dinero es valor de cambio, es decir, trabajo objetivado, que en su determinación de capital, puede cambiar su forma (no su sustancia como capital objetivo) mediante la compra de materias primas e instrumentos de trabajo, pero donde de verdad encontrará su verdadero destino como capital es en la compra de trabajo futuro que le permita valorizarse, crear nuevo valor, ya que los otros dos elementos de la producción, como acabamos de ver, no sólo no crean nuevo valor, sino que lo pueden perder si no los rescata de su inactividad el trabajo vivo. Esa plusvalía es por tanto capacidad de compra de trabajo futuro. Se está apropiando a través de esta plusvalía destinada a la producción no sólo del trabajo presente sino de trabajo futuro.

Plusvalía y tasa de beneficio. - Ya hemos visto que el concepto de plusvalía es la fracción de tiempo de trabajo excedente, de plustrabajo, de trabajo que está por encima del trabajo productivo necesario para la reproducción de la fuerza de trabajo. Frente a esta plusvalía, el cálculo de rentabilidad que hace el capital es diferente. Para el capital, todos los elementos del proceso de producción son igualmente productivos, y en consecuencia calcula su beneficio en porcentaje de aumento de valor frente al coste total de la producción.

En el ejemplo anterior (50 euros de algodón, 40 de trabajo y 10 de instrumento, con una plusvalía de 40 euros), el cálculo de la tasa de beneficio daría un 40% (140/100), frente a una plusvalía del 50% (40/80).

*Plusvalía absoluta y relativa*³¹. - La plusvalía absoluta es la prolongación de la jornada de trabajo más allá del trabajo necesario. Si el trabajo necesario de tres trabajadores mediante la utilización de una maquinaria es de 6 horas por cada uno, y el capitalista les obliga a trabajar 8, la plusvalía obtenida son 6 horas (dos horas de plustrabajo por cada trabajador). De la misma forma, la contratación de tres trabajadores más y otra máquina ampliaría el número de horas de trabajo que, manteniendo el mismo porcentaje de trabajo necesario, aumentaría la plusvalía en términos agregados, absolutos.

Esta forma de explotación es común a los modos de producción anteriores (esclavitud, servidumbre, etc.). Los valores de uso aumentan en la misma proporción simple que los valores de cambio. En los inicios del modo de producción capitalista también se da esta forma de plusvalía con la liberación de trabajadores de condiciones de producción propias de modos anteriores (pequeños campesinos, oficios gremiales, propiedades de la Iglesia, tierras comunales, etc.) y su posterior conversión en trabajadores asalariados, muchas veces de manera coactiva³²

³¹ MARX, Karl. *Líneas fundamentales de la crítica de la economía política (Grundrisse) Segunda mitad*. Editorial Crítica, Barcelona 1977., p. 156

³² Marx cita en los *Grundrisse* en más de una ocasión los numerosos ejemplos de leyes promulgadas en Inglaterra entre los siglos XVI y XVIII destinadas a combatir la inactividad de los individuos expulsados de modos de producción anteriores. Tales individuos, separados por la fuerza de sus condiciones de subsistencia y reproducción, no transitaban de manera natural hacia su ocupación como trabajadores asalariados, sino que su disposición natural era más bien caer hacia opciones de subsistencia más

La plusvalía relativa se presenta por su parte como disminución del tiempo de trabajo necesario, con el fin de apropiarse de más plustrabajo manteniendo la misma jornada laboral. Esta plusvalía a nivel de la sociedad en general se presenta como reducción del tiempo necesario para el mantenimiento de la sociedad, para su reproducción. Y esta forma de plusvalía sí que es exclusiva del modo de producción capitalista³³.

Como es lógico, el capital aspira a conectar ambos tipos de plusvalía. Es decir, ampliar al máximo el día de trabajo y el número de trabajadores, reduciendo al mínimo los trabajadores y las horas de trabajo necesarios. Esta contradicción conduce a la multiplicación del valor de uso del trabajo, de la variedad de ramas de producción y de la intensidad de la fuerza productiva.

El aumento de la fuerza productiva que procede de la división y combinación creciente del trabajo no le cuesta nada al capital, como tampoco le cuesta nada el aumento de población necesario para crear plustrabajo absoluto. El aumento de la plusvalía absoluta presupone aumento de población; el de la relativa, desarrollo de la ciencia. Para ambas, es la población la fuente fundamental de la riqueza.

Con una población trabajadora dada y con una duración determinada del día de trabajo, el plustrabajo solo puede ser aumentado *relativamente* mediante la mayor productividad del trabajo. Esto representa una disminución de la población trabajadora relativa, una mayor proporción de la población no trabajadora respecto a la trabajadora.

Con un nivel determinado de desarrollo de las fuerzas productivas, el plustrabajo solo puede ser aumentado *absolutamente* mediante la transformación de una parte mayor de la población en trabajadores y mediante el aumento de días de trabajo simultáneos. Este proceso representa un aumento de la población trabajadora y una proporción más pequeña de la población no trabajadora respecto a la trabajadora.

Obvio es decir que el capital tiende a combinar ambos procesos. Y ambos procesos son facilitados por el desarrollo de la maquinaria. Permite, requiere incluso, un número alto de trabajadores ocupados en la misma producción, y aumenta la productividad de cada uno de ellos.

Trabajo simultáneo. - Evidentemente, existe un límite natural para un desarrollo productivo dado, a partir del cual los aumentos de plustrabajo solo se pueden dar añadiendo más trabajadores al proceso de producción. Sólo aumenta el trabajo absoluto cuando son utilizados simultáneamente varios trabajadores.

La productividad creciente aumenta la plusvalía, pero no la suma de los valores de cambio. En el ejemplo del algodón, veíamos que la producción seguía siendo 140 euros, después de incrementar la productividad. Lo que se reduce es la necesidad de trabajo necesario. El capital, mediante la inversión en tecnología, mediante las

directas como el bandolerismo o la mendicidad. El Estado, reforzado como monarquía absoluta, acudía así en apoyo de la fuerza productiva del naciente capital.

³³ Marx dará más adelante un nombre al modo de apropiación de la plusvalía relativa: la *subsunción real* del trabajador en el proceso de producción, frente a la *subsunción formal*, que da lugar a la plusvalía absoluta. MARX, Karl. *El Capital, Capítulo VI Inédito*. Siglo XXI, México, 1985

innovaciones productivas, busca ahorrar trabajo. El ahorro de trabajo necesario y la producción de plustrabajo es lo característico de este modo de producción.

Recordemos también que en el antiguo ejemplo, se producía una plusvalía de 60 euros, de los cuales 40 eran reinvertidos en la producción. De estos 40, en las proporciones del proceso de producción que permite la tecnología existente, 10 euros eran adición de nuevo trabajo medido en salarios (40 euros de producción de trabajo vivo, con 30 por tanto de plusvalía).

Este nuevo trabajo puede obtenerse de dos maneras: añadiendo más horas a la jornada laboral (es decir, aumentando el plustrabajo absoluto del trabajador, frente al plustrabajo relativo que se obtiene de los aumentos de productividad), lo cual tiene también un límite natural, o añadiendo nuevos trabajadores.

Los aumentos de producción, y su consiguiente valorización, para un desarrollo productivo dado, sólo son posibles por tanto cuando hay suficiente población ociosa para que el capital pueda encontrar fuerza de trabajo disponible. Este trabajo ocioso lo proporciona el desarrollo de las fuerzas productivas. Si el trabajo global de un país fuera necesario para mantener a toda la población, no habría plustrabajo y no se podría acumular capital.

El desarrollo de la maquinaria sólo tiene sentido además donde hay una población suficiente para ser agrupada en procesos productivos colectivos. La inversión en maquinaria no tendría sentido para un solo individuo. Necesita actuar sobre masas de trabajadores, cuyo plustrabajo compense el esfuerzo en su desarrollo.

El capital crea plustrabajo, y el plustrabajo es el presupuesto del capital, su condición de posibilidad. Sobre la creación de tiempo disponible descansa el desarrollo global de la riqueza. En los estados iniciales de producción, sólo se intercambia tiempo superfluo, siendo cubiertas la mayor parte de las necesidades con trabajo propio. Dichas necesidades son básicas, poco numerosas y sencillas. Con el desarrollo de las fuerzas productivas, se crean nuevas necesidades, más complejas y variadas, que pueden ser cubiertas con el trabajo de una parte cada vez más pequeña de la población.

Marx menciona que menos de una cuarta parte de la población inglesa de su época produce lo que es consumido por toda, frente a los tiempos de Guillermo el Conquistador (siglo XI), en el que los que participaban en la producción eran más numerosos que los ociosos. En realidad, el cálculo en porcentajes que hacíamos para calcular el trabajo necesario para un trabajador respecto a su jornada se puede ampliar, a medida que el método de producción capitalista se apropia de la producción global, al trabajo necesario y ocioso de toda la población. Cada vez es necesario menos porcentaje de trabajadores ocupados en la producción para sostener a la población entera.

El capital, por tanto, necesita crear plustrabajo. Pero esto sólo es posible, para un estadio de desarrollo productivo dado, creando más trabajo necesario. Es una tendencia del capital, tanto el convertir en superfluo el trabajo humano (reduciendo el porcentaje de trabajo necesario) como al mismo tiempo impulsar el trabajo humano sin límites (dado que se necesita más trabajo necesario para obtener plustrabajo).

Considerado un trabajador aislado, el capital intenta por una parte prolongar su jornada hasta su límite naturalmente posible, y por otra acortar constantemente la parte necesaria del mismo. De esta forma se maximiza el plustrabajo para ese trabajador. Alcanzado ese límite, el capital procurará añadir más trabajadores que le permitan aumentar la plusvalía total en función del capital disponible para invertir.

El capital por tanto busca el aumento de la población trabajadora y la reducción de la parte necesaria de dicha población para la producción. Además el aumento de población es necesario para la reducción de su parte necesaria, ya que permite como vemos el desarrollo y la aplicación de mejoras productivas sobre masas de trabajadores.

Analizaremos más adelante un ejemplo contemporáneo de esta contradictoria tendencia del capital: la incorporación de la mujer al mercado laboral. Supone un aumento de la población trabajadora que no se debe al aumento vegetativo de la población. Es una incorporación necesaria para continuar un crecimiento que encontraba sus límites en una población cuyo crecimiento no puede ser tan explosivo como el de la producción. Pero esta incorporación, en los países desarrollados donde se produce a lo largo del siglo XX, produce un notable descenso de la natalidad, lo que limita aún más el crecimiento vegetativo de la población, su reproducción. Pura contradicción.

Pluscapital. - El capital mediante el proceso de producción sigue los siguientes pasos: 1) crea nuevo valor, se valoriza; 2) se devalúa, ya que pasa de la forma de riqueza general, de dinero, a la de mercancía determinada; 3) se valoriza en la medida en que es cambiado en la circulación como mercancía por dinero. Al transformarse en dinero se muestra como capital realizado. El capital está puesto como dinero, como mercancía general.

En esta determinación, el capital es medida de sí mismo. Recordemos que la medida era la primera determinación del dinero. En el caso del capital, al revestir la misma naturaleza (dinero) que al principio del proceso, el capital se puede comparar consigo mismo, su diferencia es solo cuantitativa. Puede calcular su incremento porcentual en la forma de beneficio.

En la segunda determinación del dinero, la de medio de circulación, el capital también se presenta como evanescente, destinado a volver a la circulación, pero no como en el caso del dinero por mercancías para el consumo, sino por trabajo vivo, que le permita iniciar de nuevo su circulación. Se presenta como capital circulante.

En el análisis de la tercera determinación del dinero, la riqueza, que era, recordemos, el paso previo del capital, su génesis, Marx ve al capital dividirse en dos. El capital para mantenerse como valor, como riqueza, debe crecer, y para crecer se desdobra, se multiplica.

Veámos en la primera aparición del capital al trabajo subjetivo, sin objeto, sin medios de producción, enfrentarse a un capital originario que aparece como valor de cambio, que puede haber sido obtenido extrayendo dinero de la circulación o por cualquier otro medio, que le aporta los medios objetivos que necesita para producir, y le ofrece parte de su riqueza a cambio de su capacidad de trabajo. En

este primer proceso se crea valor por primera vez por apropiación de fuerza de trabajo ajena. Este valor es denominado por Marx pluscapital I.

Pero este pluscapital se enfrenta de nuevo al trabajo vivo, esta vez ya como trabajo objetivado, como *producto del trabajo*. La materia prima y los instrumentos que le son presentados al trabajo vivo son ellos mismos fruto del trabajo asalariado. El trabajo crea el plustrabajo que permite la producción de las materias primas y los instrumentos. Todo el fruto de su capacidad productiva se le enfrenta objetivado como algo ajeno en las siguientes fases de la producción. El trabajo no se enriquece en el proceso. Más bien al contrario, crea constantemente su relación de dependencia objetiva del capital.

Este nuevo pluscapital es el pluscapital II, en el que todos los momentos son productos de trabajo ajeno. Desaparece la apariencia de la fase inicial, en la que el capital parece aportar algún valor. Las condiciones objetivas aportadas por el capital son producidas por el trabajo, que continuamente se realiza en el objeto que previamente ha creado, afirmando su no-ser, su ser del capital.

El plustrabajo valorizado como pluscapital se divide para autovalorizarse a su vez en medios de subsistencia para el trabajo, que Marx denomina fondo de trabajo, y en las condiciones objetivas para la reproducción del valor (materia prima y maquinaria). Pero esta es una división meramente formal, ya que, como acabamos de ver, la segunda parte es también producida por el trabajo. En la retroalimentación de este proceso, se produce un contraste cada vez más acusado entre un mundo objetivo crecientemente enriquecido, y otro de una subjetividad desnuda y llena de cada vez más necesidades (creadas en buena parte por la necesidad del capital de ampliar su demanda).

En el pluscapital I la relación de intercambio daba la apariencia jurídica de un intercambio de equivalentes, fruto del intercambio entre sujetos con propiedades distintas, la de la fuerza de trabajo y la de los medios de producción. Ahora la separación entre propiedad del trabajo y las condiciones objetivas de producción se presenta como la imposibilidad del trabajo de apropiarse de su propio producto. Su productividad ya no le pertenece. Está condenado a venderla continuamente al capital a cambio de su subsistencia.

Para Marx, el capital sólo alcanza su determinación pura en la forma descrita para el pluscapital II. Lo demás son formas intermedias, presupuestos históricos, etapas de su devenir, pero no forman parte de su historia contemporánea. El pluscapital I o el empresario trabajador no son parte de un modo de producción dominado por el capital. Esto no quiere decir que no puedan coexistir con los modos de producción más puramente capitalistas, pero lo que Marx pretende es describir lo que caracteriza, lo que define la especificidad del modo de producción capitalista mediante la abstracción de sus formas más puras.

Al final del proceso, la ajenidad de materias primas e instrumentos, la ajenidad de los frutos de la producción, llega a hacer ajeno el propio trabajo. La capacidad de trabajo se relaciona con el trabajo como con algo extraño, incluso aborrecible. Se trabaja a la fuerza, por necesidad, por obligación, sin más interés que la necesidad de asegurar la subsistencia.

*Competencia*³⁴. - La competencia libre, heredera del *laissez faire, laissez passer* de los fisiócratas es considerada por la economía clásica en su versión de negación de limitaciones y obligaciones corporativas, reglamentaciones gubernamentales, aduanas y barreras, etc. Los individuos liberados y determinados exclusivamente por sus intereses entran en relación mutua en una forma de existencia absolutamente libre.

Marx defiende que el capital derriba esos límites en la medida en que son obstáculos a su desarrollo. No suprime todos los límites, sino aquellos que no le corresponden, que son obstáculos para él, de la misma forma que los modos de producción anteriores eliminan barreras propias de sistemas anteriores, y viven entre los límites que le son naturales. La industria corporativa tenía toda la libertad que necesitaba enmarcada en sus propios límites. La libre competencia con propiedad privada es por tanto un desarrollo histórico consustancial al modo de producción del capital, no un estado natural del individuo libre.

La libre competencia es fruto de las tendencias del capital, ya manifestadas bajo la dominación de formas de producción anteriores, puestas como leyes cuando es el capital el que se impone. No son aquí los individuos los que son puestos como libres, sino el capital. El movimiento de los individuos dentro de las condiciones del capital se presenta como su libertad, pero esta libre competencia no es más que el desarrollo real del capital. La libre competencia es de hecho el escenario habitual en el que se estudian y formulan las leyes adecuadas del capital en la economía clásica. Cuanto más desarrollada está la competencia, más puras aparecen las formas del capital.

En la competencia, múltiples capitales se imponen recíprocamente las determinaciones immanentes del capital. La determinación del valor llega a ser real mediante la competencia.

Esta descripción no se corresponde tanto con el desarrollo último de la libertad humana. Es una libertad sobre la base del dominio del capital, que implica la sumisión de la individualidad a condiciones sociales demasiado poderosas, a poderes materiales independientes de los propios individuos.

Al igual que sucede en la economía clásica, las determinaciones del capital en el modelo de Marx presuponen la competencia perfecta. Es éste el único escenario en el que tiene sentido la determinación del precio por el valor del trabajo objetivado. Sólo en un entorno de competencia entre capitales, los precios de mercado son reducidos al mínimo en el que el capital encuentra su valorización, es decir, los costes más la plusvalía. Si los precios bajan de ese nivel, el capital pierde valor y no reinvierte, se reduce la oferta. Si los precios suben, atraen nuevas inversiones, con lo que sube la oferta y bajan los precios hasta encontrar el nivel en el que se encuentran precios y valor del trabajo objetivado.

De la misma forma, la competencia entre trabajadores es lo que mantiene sus salarios en el nivel de subsistencia, de cobertura de necesidades. Si los salarios bajan de ese nivel, los trabajadores abandonan el trabajo, disminuye la oferta y

³⁴ MARX, Karl. *Líneas fundamentales de la crítica de la economía política (Grundrisse) Segunda mitad*. Op. cit., p. 34

deben subir los salarios. Si el salario sube por encima de ese nivel, atrae nuevos trabajadores, sube la oferta y vuelve a bajar el salario.

En ambos casos se supone pues un escenario de competencia perfecta. La competencia ejecuta las determinaciones del modo de producción capitalista.

La circulación del capital

*Capital y circulación*³⁵. - A los dos momentos del proceso de valorización del capital analizados hasta aquí (cambio con el trabajo vivo, y creación de la plusvalía en la producción), se añade ahora el tercero: su entrada en la circulación.

El resultado del proceso productivo, su valor de cambio, se presenta al final como producto. Adopta la forma de mercancía, que sólo es dinero de manera ideal, es decir, a través de su precio, que indica la cantidad de dinero efectivo por el que tal producto aspira a cambiarse. Para su realización es por tanto necesaria su introducción en la circulación, su cambio por dinero real.

Al entrar en contacto con la circulación, el proceso de valorización del capital se convierte en proceso de devaluación. El capital ha pasado de la forma de dinero a la forma de mercancía, cuyo precio debe ser realizado.

El capitalista entra en la circulación como productor frente a los demás individuos que cambian, que se le enfrentan como consumidores, cuyo dinero aspira a conseguir el capitalista. Resulta evidente que existe el riesgo de que el precio de la mercancía pueda no realizarse, lo que puede hacer fracasar todo el proceso. El producto es valor sólo en la medida en que es realizado en dinero. De lo contrario, pierde por completo su valor, y con él la suma de los valores aportados para su producción.

Estos tres procesos cuya unidad constituye el capital (cambio con el trabajador, plusvalía en la producción, y realización del precio en la circulación) se presentan separados temporal y espacialmente. Su unidad, que se presenta como tal para el capitalista, es casual. La existencia de cada uno es independiente de los otros. Lo cual genera evidentemente contradicciones que el capitalista debe superar, asegurándose de que se den todas las condiciones para que se realicen los tres momentos necesarios.

En el proceso de producción, la valorización del capital se presenta como dependiente de la relación trabajo objetivado-trabajo vivo, pero como mercancía esta dependencia es con algo que yace fuera del proceso, con la circulación. En este afuera de su proceso natural, el capital se encuentra con límites: la limitación del valor de uso, de las necesidades que pretende cubrir con la mercancía producida, que no son ilimitadas; y con la magnitud de los equivalentes existentes, de los medios de circulación disponibles, del dinero que necesita obtener para completar el proceso.

El capital no es pues una unidad de producción y valorización inmediata, independiente, sino que depende de condiciones que son exteriores. Dependerá de las necesidades y de la disponibilidad de circulante. La plusvalía requiere un plus-equivalente. La plusvalía necesita de más plusvalías con la que intercambiar, con valores crecientes que permitan una creciente valorización. La creación de plusvalía requiere que se amplíe el ámbito de la circulación, y que se amplíe constantemente. Una circulación que se amplía, que se comporta como espiral en lugar de como simple círculo. No sólo se necesita cada vez más plustrabajo, sino que es necesario

³⁵ MARX, Karl. *Líneas fundamentales de la crítica de la economía política (Grundrisse) Primera mitad*. Op.cit., p. 351

crear cada vez más puntos de cambio. Aquí vemos la tendencia inmanente del capital a propagar por necesidad su modo de producción, a buscar inevitablemente el *mercado mundial*.

Pero además, la liberación de fuerza de trabajo que provoca el desarrollo de la fuerza productiva obliga a producir nuevo consumo. El trabajo liberado debe ser ocupado en nuevas líneas de producción. Se necesita ampliar el consumo existente, y muy significativamente, se necesita crear nuevas formas de consumo, nuevas necesidades, no solo cuantitativa, sino cualitativamente diferentes. Así se puede poner el trabajo en una forma nueva. Se explora la naturaleza, se desarrollan las ciencias buscando nuevos objetos útiles, nuevas aplicaciones productivas. Se cultiva un ser humano rico en necesidades, sofisticado, más social y universal. A la creciente producción debe acompañar un sistema de necesidades continuamente ampliado y más rico. Se crea un sistema de explotación general de las cualidades naturales y humanas. Nada queda al margen del círculo de la producción y del cambio social. Nada se opone al desarrollo de las fuerzas productivas. La naturaleza es descifrada, sometida, y puesta a disposición del ser humano como medio de consumo. Esta es la tendencia civilizadora del capital.

El capital muestra de esta forma su incansable determinación de superar todos los límites que encuentra en el camino de su valorización, pero el problema son los límites que el propio capital se impone a sí mismo. Sus contradicciones esenciales.

*Circulación del capital*³⁶.- Recordemos que la circulación del dinero partía de infinitos puntos y retornaba a infinitos puntos. El punto de partida y el de retorno no tenían ninguna relación. En el capital el punto de partida está puesto como punto de retorno y viceversa. El capitalista cambia dinero por las condiciones de producción, produce, valoriza el producto, lo transforma en dinero y vuelve a empezar el proceso. En la circulación el dinero se extingue en el cambio o se aísla como cosa inmóvil. La circulación del capital se enciende a sí misma en un *perpetuum mobile*. El capital además crea el precio, frente a la independencia del valor en la circulación del dinero. Y por último, la órbita de circulación del dinero encuentra su medida y su velocidad en factores externos, mientras el capital aumenta permanentemente su órbita y trata de acelerar su velocidad de circulación.

La circulación es el devenir del capital, su crecimiento y su proceso vital. Determina además la circulación del dinero, que en la circulación simple parecía sin más yacer junto a la de las mercancías.

En la circulación del capital se presentan dos grandes momentos: la producción y la propia circulación. La duración del primer momento afecta a la plusvalía. Cuanto menor sea la duración de la producción, mayor es la plusvalía en relación al capital invertido, es decir, mayor es el beneficio. Si el capital realiza cuatro rotaciones en un año, con un beneficio del 5% en cada ciclo, el beneficio final (contando para simplificar que no se reinvierte nada del beneficio de los ciclos anteriores) será del 20%, lo que equivale al 5% obtenido en un año por un capital cuatro veces

³⁶ MARX, Karl. *Líneas fundamentales de la crítica de la economía política (Grundrisse) Primera mitad*. Op. cit., p. 470

superior. La velocidad de circulación equivale por tanto a un mayor capital invertido.

En cuanto al segundo, la circulación propiamente dicha supone la transformación del producto en dinero. Al igual que en los procesos productivos, en la circulación también se puede producir plusvalía, ya que el transporte es también resultado de trabajo humano, y como tal trabajo humano puede ser retribuido por su capacidad mediante un salario y obtenido un plustrabajo por encima del trabajo necesario. Si el mismo capital produce y transporta, ambos actos entran dentro de la producción inmediata, y la circulación, en cuanto proceso de valorización, en cuanto esfuerzo de transformación en dinero, se iniciaría sólo al llegar el producto a su lugar de destino.

La circulación se presenta como momento del proceso de producción inmediato. La producción basada en el valor de cambio tiende a pasar por encima de los límites espaciales, depende de las condiciones físicas del cambio. La producción de medios de transporte más baratos es condición para la producción basada sobre el capital. Y por tanto es producida por éste.

Visto desde el punto de vista de la sociedad, una obra pública, un camino, o un canal de irrigación, debe hacerse con trabajo social excedente. Debe existir trabajo social disponible más allá del necesario para poder emprender una obra así. En la Antigüedad, estas obras se emprendían mediante trabajos forzosos, coactivos. En la medida en que avanzan las fuerzas productivas y la división del trabajo, el trabajo de obras públicas se va especializando. En la antigua Roma, por ejemplo, se utilizaba al ejército, retribuido a través de un salario, para la construcción de caminos y puentes, aunque este trabajo no es asalariado en el sentido capitalista porque no se utiliza con el fin de crear valor para el promotor. Más adelante, el capital obra la reunión de fuerza de trabajo necesaria, ya no mediante la coacción, sino mediante el cambio con el trabajo libre.

La intervención del capital en la producción de medios de transporte se producirá, no obstante, en la medida en que tal producción sea susceptible de producir plusvalías. Si se puede valorizar además de trabajo necesario, una cantidad extra de plustrabajo, el capital particular estará interesado en su producción. De lo contrario, el resto de capitales interesados en su uso como vía de reducción de costes de circulación, pero no en su construcción por su incapacidad de valorizar la inversión, tratarán de cargar al Estado con dicha tarea, financiándose la construcción mediante impuestos.

El capital para emprender una obra así necesita que se den las siguientes condiciones: suficiente concentración de capital (posible sólo mediante el capital por acciones); que tal capital pueda ofrecer su beneficio en la forma de interés, es decir, como porcentaje anual del capital aportado; y que haya un volumen suficiente de tráfico para generar ingresos que permitan amortizar la inversión.

Para Marx, una medida del grado de desarrollo del capital nos la da la participación de la producción capitalista en los procesos de producción social, en lugar de su financiación mediante deducciones de la renta social, es decir, mediante impuestos. El capital tiende a privatizarlo todo.

El transporte del producto al mercado, condición necesaria para su circulación, se corresponde con la transformación del producto en mercancía. La mercancía sólo es mercancía cuando es puesta en su mercado de destino. Este transporte supone por tanto un momento temporal que como tal no pertenece a la producción (ya tenemos el producto acabado), pero que afecta negativamente al desarrollo de la á fuerza productiva. El tiempo que se tarda en convertir al producto en mercancía es pura pérdida.

La circulación se presenta por tanto como un proceso esencial del capital, ya que no se vuelve a iniciar el proceso de producción hasta que no se transforma la mercancía en dinero (aquí no se considera aún el papel del crédito). La continuidad ininterrumpida de los procesos independientes contenidos en la circulación del capital debe ser garantizada, es condición fundamental para la producción basada sobre el capital.

Estos procesos, estas secciones del ciclo de circulación del capital son recorridas en períodos de tiempo. Con lo cual la duración de estos períodos determina las veces que un capital puede valorizarse por unidad de tiempo, las veces que puede reproducir y multiplicar su valor. El tiempo en el que se tarda en cubrir este recorrido lo determina la velocidad de circulación del capital. Esta velocidad de circulación, los obstáculos de todo tipo que interrumpen o dificultan el paso de una fase a otra, no tienen relación con el tiempo de trabajo realizado en el producto ya acabado, con lo que no crea valores. Pero sí afecta a la determinación del valor final en la medida en que afecta a la velocidad con la que tales valores se crean. La valorización del capital sería máxima con un trabajo necesario reducido al mínimo y un tiempo de circulación igual a cero. El tiempo de circulación no crea valor pero su reducción sí puede acelerar su creación. La circulación es *realizadora* del valor, mientras que el trabajo vivo es *creador* de valor.

El tiempo de circulación se presenta por tanto como límite a la valorización, a la productividad del trabajo. Y como ya sabemos, el capital tiende por encima de todo a superar cualquier límite impuesto desde fuera. El capital tiende así a ampliar y a hacer más fluidos los mercados, a derribar los obstáculos que frenan su avance. Tiende al desarrollo universal y libre de las fuerzas productivas.

La disminución del tiempo de circulación equivale al avance en la creación de un mercado continuo, en permanente expansión. El capital tiende a acortar el tiempo de circulación, y con ello a propagarse en la tendencia civilizadora a la que se refiere Marx.

El nuevo valor creado por el capital puede ser de esta manera expresado como la plusvalía multiplicada por la frecuencia con que el proceso de producción del capital puede ser repetido en un espacio de tiempo dado. Este coeficiente multiplicador de la plusvalía estará por tanto en relación negativa con el tiempo de circulación. Esa fase de su valorización es por tanto fase de devaluación. Mientras el capital está fijado en la forma de producto acabado, es un capital negado, no puede actuar como capital. Y esta fase de tiempo inutilizado es pérdida de valor. Su reducción ayuda por tanto a la valorización.

La rotación del capital.- El tiempo de trabajo y el tiempo de circulación son los dos grandes apartados del proceso de circulación del capital. Ambos conforman una

unidad itinerante, un movimiento único que retorna a sí mismo, una rotación del capital.

El capital es así circulante en esencia, dado que su movimiento se produce en forma de círculos crecientes, en forma de espiral.

En la circulación simple, la propia circulación es el sujeto, mientras el dinero y las mercancías son sustancias evanescentes, destinadas a desaparecer en el acto del cambio. Pero en la circulación del capital, es dicho capital el sujeto, siendo la circulación parte de su ciclo vital.

El capital en su totalidad es por tanto circulante. Sin embargo, en cada una de las determinaciones que adopta en dicho proceso, en cada fase particular, aparece fijado en una forma distinta. En la medida en que aparece fijado, niega su naturaleza circulante. Se convierte en capital fijado.

El capital se presenta siempre en ambas determinaciones. Destinado a continuar su ciclo como circulante, y comprometido, fijado en una de sus fases. La transición de una fase a otra se presenta además como algo casual, dependiente de situaciones externas. Normalmente el capital aparece dividido en partes, algunas de las cuales están inactivas, fijadas, y otras en circulación, aunque la determinación del capital es acortar las fases en que aparece fijado, inactivo. Si no hubiese partes del capital inactivas, improductivas, no se podrían producir aumentos de producción, por muy grandes que fuesen los estímulos que se le aplicasen.

El valor que el capital produce en una única rotación es igual a la plusvalía obtenida en el proceso de producción. Los costes de circulación no añaden nada al valor del producto. No son costes creadores de valor, sino meras detracciones del valor ya creado, en cuanto que alargan el ciclo de rotación y suponen costes.

En el intercambio entre dos individuos, el tiempo que les cuesta acudir al proceso de intercambio, digamos a un mercado común, no puede ser exigido mutuamente, es un coste que cada uno asume porque le compensa asumirlo ante la perspectiva de salir beneficiado en el cambio. Pero es un coste que detrae valor de lo intercambiado para ambos. En la medida en que dichos intercambios son más numerosos, puede aparecer un tercer agente entre estos dos que intercambian, que consume su tiempo en este proceso de circulación, y que permite a ambos operadores ahorrar tiempo en dicho proceso a un coste determinado. Este tercer agente obtendría su retribución participando de la plusvalía de lo que los otros dos intercambian, sin aportar valor alguno.

El mismo dinero, en la medida en que tiene un coste de producción, supone un dispendio, una detracción de valor en el cambio. El instrumento de circulación es una detracción de la riqueza disponible.

Los costes de circulación son por tanto costes de la realización del valor, detracciones de éste. Si los costes de circulación fuesen iguales a cero, el resultado de una rotación del capital sería igual al valor creado en el proceso de producción. En la medida en que aumente el tiempo y el coste de circulación, dicho valor irá disminuyendo. En un ciclo de rotación determinado, el valor creado estará en relación directa, positiva, con el tiempo de trabajo, y en relación inversa con el tiempo de circulación.

Esto vale para una rotación del capital. Está claro que, según este planteamiento, para que se inicie la *segunda rotación del capital*, tendrá que completarse el ciclo entero de la circulación, de manera que se realicen las mercancías en dinero, y dicho dinero pueda volver a ser invertido en materias para la producción y en la compra de fuerza de trabajo. La suma de valores que pueden ser creados en un tiempo determinado dependerá por tanto del número de rotaciones que puede efectuar el capital en dicho periodo. Si el proceso de producción más el de circulación (una rotación) dura cuatro meses (tres de producción y uno de circulación), el máximo de rotación del capital en un año sería evidentemente de tres rotaciones.

Si el capital invertido es de 100 euros, y se obtiene una plusvalía del 4%, la plusvalía obtenida finalmente sería del 12%³⁷. Ahora bien, si se redujese el tiempo de circulación a cero, la rotación del capital se reduciría a tres meses, y como la plusvalía obtenida en el proceso de producción es la misma, el resultado al final del año aumentaría, con cuatro rotaciones, hasta el 16%. El capital obtendría así el máximo de valorización en relación a la duración de su producción.

La circulación en realidad consiste en una sucesión de cambios. Y el acto de cambio en sí es creador de valor, en la medida en la que presupone valores, valores de cambio. Pero como tal no añade valor a las mercancías intercambiadas. Pone a la mercancía como su equivalente, pone el valor igual de dos mercancías, lo que claramente no les añade valor. El cambio altera la forma, realiza los valores existentes en potencia, pero no los altera. Y la circulación, como sucesión de actos de cambio que añaden valor cero, no puede aumentar el valor de las mercancías, sino más bien al contrario, en la medida en que supone costes en tiempo y en inactividad improductiva, lo que hace es detraer valor.

El pescador y el cazador no aportan ningún valor a las piezas cobradas en el intercambio. El tiempo y el esfuerzo invertido en el intercambio mutuo es un coste para ambos, que será repartido en función de su capacidad de negociación, pero que es detracción de valor agregado, en cualquier caso. Si encargaran el intercambio a un tercero, ello les supondría ahorro en tiempo y una detracción de partes alícuotas del valor de sus productos en beneficio del comerciante.

Los costes del cambio, sin embargo, desaparecerían si ambos fueran copropietarios. Es decir, si la propiedad fuese colectiva. Los costes de circulación no son por tanto derivados necesariamente de la división del trabajo, sino de dicha división del trabajo en un sistema basado en la propiedad privada. Este argumento lo utiliza Marx para defender la ventaja de la propiedad colectiva.

Los costes comerciales (y los financieros que se analizarán más adelante) son por tanto detracciones de valor para el capitalista productor. Ambos costes, en la medida en que permitan acortar el tiempo de circulación, podrían contribuir a aumentar la producción global en un periodo determinado al aumentar el número de rotaciones posibles, pero el aumento de valor vendría del mayor número de ciclos de producción posibles, no del valor aportado por la circulación.

³⁷ Evidentemente, si al final de cada rotación la plusvalía obtenida se vuelve a invertir, el resultado obtenido es mayor, de acuerdo a la fórmula del interés compuesto. Dado que conceptualmente, esta diferencia no afecta al resultado del análisis, se considera por simplificación que dicha plusvalía no es reinvertida.

La creación de valor del capital aparece así condicionada decisivamente por la circulación, tanto cuantitativamente, en la medida en que no se puede renovar la fase de producción sin recorrer las fases de circulación, como cualitativamente, en la medida en que la masa de valores creados depende del número de rotaciones en un periodo dado, y también en la medida en que el tiempo de circulación se presenta como un principio limitador, como límite del tiempo de producción.

En la realidad, el tiempo de producción no aparece interrumpido por el tiempo de circulación, sino que más bien el capital se divide en partes, algunas de las cuales producen mientras las otras circulan. Cada parte del capital aparece así en una determinación diferente. La valorización final es la misma, pero no se interrumpe el proceso de producción.

*Diferencia entre tiempo de producción y tiempo de trabajo*³⁸. - Hay producciones, como en la agricultura, en las que el tiempo de trabajo debe ser interrumpido, a la espera de que el producto madure, que la tierra, o el capital fijo, lo transforme en la mercancía buscada. Este tiempo de maduración es condición de la producción. Este no-tiempo de trabajo constituye una condición para el tiempo de trabajo, para convertir a este último en tiempo de producción. El tiempo de maduración necesario reduce obviamente el número de rotaciones posible por periodo, con lo cual no se puede considerar que aporte valor. Es en realidad un límite a la capacidad de valoración del capital en esta producción determinada.

Este tipo de limitación convierte a la agricultura en una industria menos productiva que otras. De hecho, al ser en la agricultura la tierra, y no el transporte como en otras industrias, el límite al número de rotaciones, tal límite no es susceptible de ser superado mediante el crédito. Las rotaciones posibles en el campo sólo se pueden aumentar, y de manera muy limitada, mediante la aplicación de complejas tecnologías de abonados y mejora de semillas. De hecho, esta limitación determina que nunca es en la esfera agrícola, sino en la industrial, donde el capital inicia su andadura. Sólo se aplica la producción capitalista a la agricultura en una fase posterior.

En otras industrias, como la vinícola, el tiempo de maduración también juega un papel fundamental, pero no es el tiempo de maduración el que le aporta el valor. Ese tiempo de maduración es un límite puesto a la capacidad de generar plusvalor con la producción de vinos añejos.

*La pequeña circulación*³⁹. - Frente a la circulación grande, que comprende el ciclo completo de circulación del capital, Marx distingue la pequeña circulación como la parte del capital que es pagada como salario, que se cambia por la capacidad de trabajo, y que corresponde, no al valor del trabajo, sino a su coste de reproducción, al tiempo necesario para producir la capacidad de trabajo viva.

Esta pequeña circulación, acompaña constantemente al proceso de producción, sin entrar nunca en él, pero es condición de su proceso de valorización. No entra en el proceso de reproducción del capital, sino que sale de él como producto, como medios de subsistencia. Es un producto ya acabado para el consumo individual.

³⁸ MARX, Karl. *Líneas fundamentales de la crítica de la economía política (Grundrisse) Segunda mitad.*

Op. cit., p. 54

³⁹ *Ibíd.*, p. 59

Pero este consumo del trabajador no es reproducción del capital, sino de la capacidad de trabajo, que es condición de existencia necesaria para el capital. El capital se reproduce doblemente, en el proceso de su propia valorización y en la reproducción del trabajador como capacidad de trabajo intercambiable con el capital.

*Aceleración de la circulación*⁴⁰.- Marx analiza diversas formas que se han utilizado, no sólo en el modo de producción capitalista, como modos de acelerar la circulación.

El dinero, en la medida en que tiene un valor propio, lejos de acelerar la circulación, lo que hace es ralentizarla. Es un coste de la circulación. Un coste que se asume por su capacidad de ahorrar tiempo de circulación (respecto al trueque), y en consecuencia tiempo para la producción, pero un coste al fin.

La tendencia del capital es por tanto transfigurarlos, convertirlos en un momento de la circulación sin coste. Suprime el dinero en su realidad tradicional, lo transforma en instrumentos que reducen el tiempo de circulación. La transferencia por banca electrónica es un perfecto ejemplo contemporáneo de esta tendencia superadora del capital.

Por lo que respecta al comercio, como coste de circulación ya mencionado, que permite maximizar el número de rotaciones productivas, su separación de la producción como actividad especializada requiere que el cambio y el tráfico estén desarrollados hasta un cierto grado. El comerciante representa frente al vendedor a todos los compradores, y frente al comprador a todos los vendedores. Se sitúa en el centro del cambio.

Otra forma clásica de reducción del tiempo de circulación es la innovación en los medios de transporte, también utilizada en todas las épocas.

Y por último, el crédito. Forma de la circulación, esta sí, puesta específicamente por el capital, forma derivada de su propia naturaleza y desarrollo.

⁴⁰ *Ibíd.*, p. 56

El crédito

La tendencia necesaria del capital es la de circular sin tiempo de circulación, y esta tendencia es la determinación fundamental del crédito y de los mecanismos crediticios del capital.

En tanto un producto permanece en manos de su productor, no es más que mercancía, o lo que es lo mismo, capital inactivo, inerte. Se convierte en una carga, un estorbo que solo produce pérdidas (gastos de almacenaje, mantenimiento, vigilancia, intereses, etc.), a lo que hay que añadir su desgaste o deterioro por el tiempo de inactividad. Este proceso de deterioro sólo termina cuando el capital inmovilizado en mercancía se realiza mediante la venta en dinero.

No obstante, el industrial puede vender las mercancías a crédito a otro industrial, que podrá aplicarlas al género de trabajo que le es propio, con lo que pasan a ser para este último capital activo. Aumenta el capital productivo sin producir descensos en la otra parte. Si además el vendedor recibe pagarés que puede negociar a su vez para convertir inmediatamente en dinero (menos el descuento), podrá renovar sus materias primas e instrumentos para reiniciar la producción. Aumenta así doblemente el capital productivo. El crédito activa así la circulación y multiplica los negocios de los industriales.

En el crédito además el capital intenta ponerse como diferente de los capitales individuales, determinados. Intenta separarse de sus límites cuantitativos. El tiempo de circulación, su coste, se objetiva en dinero. Al intentar poner el momento improductivo del ciclo, la circulación, en dinero, se le intenta dar un valor, y posteriormente de esta forma de dinero evolucionar a la de capital. El capital asume la tarea de eliminar el tiempo de circulación aumentando el número de rotaciones posibles de la producción. El capital asume los costes de circulación, crediticios o comerciales, para aumentar la suma posible de plusvalores en la producción.

Originalmente, la primera forma de crédito que asume naturalmente el capital es el crédito comercial, ya sea entre productores, como queda mencionado arriba, o mediante la intermediación de los comerciantes, que pueden ofrecer el aplazamiento de sus cobros o el adelanto de sus pagos como servicio financiero a sus clientes o proveedores, favoreciendo así el adelanto de la puesta en marcha de la producción en el primer caso, o la valorización anticipada de la producción en el segundo.

Más adelante, el capital en su forma pura, el dinero, se presta a cambio de una retribución, el interés, comportándose así él mismo como mercancía. La venta del dinero como capital tiene como precio el interés. Interés que lógicamente se detrae de la plusvalía de la producción del capitalista industrial prestatario. El capital en su forma de dinero es trabajo objetivado y por tanto incapaz de crear valor por sí mismo. Pero en este caso la apropiación de valor es aún más llamativa, ya que ni siquiera se relacionan con la producción ni con el trabajo vivo.

El interés. - El interés se crea mediante la división del beneficio bruto en beneficio e interés. Los capitalistas financieros y los capitalistas industriales pueden constituir dos clases particulares en función de esta división del beneficio en dos tipos

diferentes de renta. Históricamente, el interés es más antiguo que el beneficio, y se presenta, a través de la usura, de dos formas distintas.

En la primera, el usurero obtiene del trabajador-productor independiente su beneficio en la forma de interés. El tipo de interés es muy alto porque incluye el beneficio y hasta una parte del salario del trabajador independiente. Aquí el capital actúa mediante la usura, pero aún no se apropia de la producción.

En la segunda forma histórica del interés, se presenta el préstamo a la riqueza consumidora. Este tipo es muy importante en la génesis del modo de producción capitalista, ya que conduce a la acumulación de ingresos de los propietarios de la tierra en los bolsillos del usurero. El capital, en la forma de dinero, se concentra en una clase independiente de los propietarios de la tierra.

El beneficio industrial aparece cuando el capital se separa del trabajador independiente. Aquí el beneficio ya no está determinado por el interés, sino a la inversa. El interés se extrae del beneficio como parte de la plusganancia obtenida en la producción.

Entre salario y beneficio hay una relación natural, la que existe entre trabajo necesario y plus trabajo, pero en la relación entre beneficio e interés solo se encuentra la competencia entre las dos clases de capitalistas, la industrial y la financiera. El capital portador de interés no se contrapone al trabajo, sino al capital portador de beneficio.

El capital financiero. - La evolución del capital hacia el capital financiero no ocupa demasiado espacio en los *Grundrisse*. En el tercer volumen de *El Capital* encontramos menciones mucho más explícitas sobre la acción de esta particular forma de capital y sus devastadores efectos.

En dicha obra, Marx expresa la rentabilidad obtenida por el capital-dinero mediante el préstamo a través de la fórmula $D-D'$, frente a la del capital industrial que se valoriza a través de la producción ($D-M-D'$). Es decir, el dinero se autovaloriza, lo que incrementa notablemente la velocidad de circulación del capital, pero a un coste bastante alto.

El sistema monetario (banca estatal, banca privada, prestamistas y aseguradoras) es una parte del capital que responde a sus propios fines, no a los del sistema productivo. Su comportamiento, en épocas de abundancia, es expansivo, confiado. Se asume más riesgo de crédito. Cuando se inician las crisis, el sistema monetario teme los impagos y las retiradas de fondos en depósito, y se retrae, aumentando el porcentaje de tesoro en sus arcas (oro en la época de Marx; core capital en la nuestra), con lo que se dispara el tipo de interés y las industrias más necesitadas de crédito se ahogan. El capital industrial está sometido, por tanto, a un capital aún más perverso y absolutamente dominante: el capital financiero.

Esta forma de capital concentra en sí las más intensas contradicciones del modo de producción capitalistas. Separa por completo la producción agregada de la demanda potencial y del dinero circulante. El crédito oculta los límites del capital. Mediante el crédito a los industriales y más recientemente a los consumidores, permite un crecimiento aparentemente sin límites en las fases de confianza.

Cuando se toca uno de esos límites, se desata el pánico y el capital financiero frena de golpe la circulación, cierra el flujo de crédito y desencadena un crack que desencadena el desastre.

El capital financiero se comporta así como el riego sanguíneo para el capital, permitiendo una circulación más fluida y menos dependiente de limitaciones ocasionales o específicas. Pero con la crisis su ralentización y en algunas zonas el cese de su actividad produce la necrosis de áreas enteras de capital que son destruidas, con la consiguiente salida de masas de trabajadores de la producción, expulsadas del sistema económico y privadas de sus condiciones de subsistencia.

Así lo define Marx al capital financiero, en su peculiar y apasionado estilo:

“El sistema de crédito, cuyo eje son los supuestos bancos nacionales y los grandes prestamistas de dinero, y usureros que pululan en torno a ellos, constituye una enorme centralización, y confiere a esta clase parasitaria un poder fabuloso que le permite, no solo diezmar periódicamente a los capitalistas industriales, sino inmiscuirse del modo más peligroso en la verdadera producción, de la que esta banda no sabe nada y con la que no tiene nada que ver⁴¹”

⁴¹ MARX, Karl. *El Capital*, Tomo III. *Op.cit.*, p. 344

El capital fijado

De entre los economistas de su época, Marx coincide con el criterio de John Stuart Mill en la consideración del capital fijo como aquél que está apartado de la circulación, inmovilizado, no disponible. Y también coincide con el economista inglés en que una parte cada vez mayor del capital de un país permanece inactivo, apartado de la circulación.

La diferencia está en la reproducción más rápida o más lenta. El capital fijo se consume poco a poco. El capital fijo es en realidad el capital circulante que deviene estacionario, destinado a ser utilizado como instrumento de producción, mientras que el circulante está destinado a ser consumido como producto.

El capital fijo. - El capital fijo no vuelve nunca a la circulación, dado que parece como valor de uso en el proceso de producción. Su valor es transmitido, a medida que se produce su desgaste, al producto, en la medida en que la producción tiene continuidad. Si es interrumpida, este capital se devalúa como material percedero que es. Solo puede reproducirse en la medida en que es utilizado para producir valor mediante su relación con el trabajo vivo, con la producción. La circulación del capital fijo está determinada así por el tiempo en el que es consumido en el proceso de producción.

Esto produce una modificación sustancial en el tiempo de rotación del capital total. El número de rotaciones por periodo será notablemente inferior cuanto mayor sea la proporción de capital fijo, dado que éste tiene un plazo de circulación y reproducción que abarca varios procesos productivos. Y de la misma forma, cuanto mayor sea la duración productiva de dicho capital fijo, la rotación será más lenta.

La proporción y la durabilidad del capital fijo ralentizan por tanto la rotación, al igual que lo hace la mayor distancia a los mercados de destino (mayor tiempo necesario de circulación de las mercancías), o las condiciones naturales de la agricultura (mayor tiempo necesario para salir del proceso de producción como producto acabado).

Recordemos que los tres elementos del capital (materia prima, instrumentos de trabajo y trabajo vivo) se presentan como porciones del valor del capital, divididas cuantitativamente. Sus condiciones materiales no cuentan, sólo las formales. De manera que la única parte formalmente diferente es la del trabajo, que es la única cuyo valor no es constante, la única que crea valor.

Pero en su determinación de capital fijo, el instrumento de trabajo adquiere una diferencia cualitativa. Sufre diversas metamorfosis que conducen al sistema automático de máquinas, puesto en movimiento por una fuerza motriz autónoma, con numerosos órganos mecánicos e intelectuales, en el que los trabajadores son miembros conscientes del mismo.

La máquina no aparece en ninguna relación como instrumento de trabajo del trabajador individual. No ocurre como con el instrumento individual, que es animado por el trabajador, como órgano, con su propia habilidad y actividad, y cuyo manejo depende de su virtuosismo. La máquina posee fuerza y habilidad en lugar del trabajador. Posee un alma propia en sus leyes mecánicas. La apropiación del trabajo vivo mediante el trabajo objetivado es puesta en la producción que se

basa sobre la máquina incluso desde el punto de vista material. El trabajo queda disperso, subsumido en el proceso global de la maquinaria misma. Se transforma el medio de trabajo en máquina y el trabajo en accesorio viviente. La fuerza valorizadora de la capacidad de trabajo individual desaparece como algo infinitamente pequeño.

Esta tendencia responde a la disposición del capital a aumentar la productividad del trabajo y a negar al máximo el trabajo necesario. El desarrollo de la máquina responde a la transformación y conformación histórica del instrumento de trabajo tradicional en una forma adecuada al capital.

La acumulación del saber y de la habilidad, de las fuerzas productivas generales del cerebro social, de la ciencia, son absorbidas por el capital frente al trabajo, concretamente son absorbidas por el capital fijo, como la forma más adecuada del capital en general. Paradójicamente, el capital es valor de uso, frente al valor de cambio del capital circulante, lo que lo convierte en una forma menos adecuada a su determinación como valor de cambio al mismo tiempo.

Es en el capital por tanto, y no en el trabajo, donde se expresa el trabajo general social. La fuerza productiva de la sociedad es medida por el capital fijo, donde tal fuerza existe de forma objetiva. La ciencia se presenta en la máquina como algo externo, ajeno al trabajador. El trabajo aparece como algo superfluo. El desarrollo total del capital sólo tiene lugar cuando el instrumento de trabajo deviene en capital fijo, y finalmente en máquina. El capital de hecho presupone un determinado desarrollo histórico de las fuerzas productivas. Desarrollo que además fuerza después a avanzar.

El capital fijo expresa la acumulación de las fuerzas productivas objetivadas y también del trabajo objetivado. Desaparece el trabajo inmediato y su cantidad como elemento determinante de la producción, reducido cuantitativamente a una proporción más pequeña, y cualitativamente a una posición subalterna respecto al trabajo científico general. El trabajador individual deja de presentarse como productivo, salvo en trabajos colectivos, lo que se traduce en una situación de impotencia frente a la comunidad representada y concentrada en el capital.

Marx rebate un argumento habitual en su época que concibe la máquina como aliada del trabajador, como fuerza que sustituye a un trabajo que escasea, o como complemento que llega donde no puede llegar el trabajador. La máquina sólo aparece donde hay superabundancia de brazos. Las masas de trabajadores son un presupuesto del capital. Su concentración es el inicio de su actividad. Y su fin no es facilitarle la tarea al trabajador, sino apropiarse de su capacidad productiva.

*Continuidad del proceso de producción*⁴². - Hemos visto que el capital fijo sólo mantiene su valor en la medida en la que lo transmite, a través de su uso, al producto acabado. Cualquier interrupción en el proceso de producción por tanto constituye una disminución del valor de dicho capital, de su valor presupuesto. El valor del capital fijo sólo se puede reproducir en la medida en que es gastado en el proceso de producción. Su no utilización es pérdida de valor de uso, en cuanto no pasa como valor al producto.

⁴² MARX, Karl. *Líneas fundamentales de la crítica de la economía política (Grundrisse) Segunda mitad*. Op. cit. p. 88

Por tanto, a medida que crece y se desarrolla el capital fijo, la continuidad del proceso de producción se convierte en una condición impuesta externamente al modo de producción capitalista.

El desarrollo de la máquina presupone además un elevado nivel de las ciencias, que son puestas al servicio del capital, y al mismo tiempo impulsadas por éste. La invención deviene una actividad económica, y la aplicación de la ciencia a la producción estimula su desarrollo. El avance de la ciencia y la tecnología aplicadas a la maquinaria, a la innovación, acentúa la división del trabajo, volviéndolo cada vez más mecánico, hasta que el mecanismo puede entrar en su lugar. La máquina sustituye al trabajador. Su actividad deviene actividad de la máquina, que se le contrapone tangiblemente.

*Contradicción entre el fundamento del valor y las máquinas*⁴³. - Marx resalta la contradicción que supone el desarrollo de la economía burguesa en base a la relación de valor obtenido mediante la oposición capital-trabajo, y el desarrollo de un maquinismo que aleja la efectividad del trabajo inmediato respecto al progreso de la tecnología, o de su aplicación a la producción. Se produce una enorme desproporción entre el trabajo utilizado y su producto, así como entre el trabajo directo reducido a una pura abstracción, y el poder del proceso de producción que dicho trabajo vigila. El ser humano se sitúa junto al proceso de producción, como vigilante y regulador, en lugar de ser su agente principal.

Es el desarrollo del individuo social, a través de su comprensión de la naturaleza y el dominio sobre ella, el que se presenta como piedra angular de la producción y la riqueza, en lugar del trabajo individual apropiado por el capital. El plustrabajo de la masa deja de ser por tanto la condición de la riqueza general, en oposición al no-trabajo de unos pocos que ostentan la propiedad de los medios.

Se derrumba así la producción basada sobre el valor de cambio, y el antagonismo entre las formas puras del capital. El capital intenta organizar las fuerzas de la ciencia y la naturaleza, así como las fuerzas que nacen de la combinación y las relaciones sociales para convertir la producción de la riqueza en algo cada vez más independiente del tiempo de trabajo en ella empleado, mientras al mismo tiempo trata de medir estas enormes fuerzas sociales precisamente mediante el tiempo de trabajo, manteniéndolas dentro de los límites estrictamente necesarios para su reproducción.

El capital ve por tanto en las fuerzas productivas exclusivamente medios para producir sobre sus limitadas bases. Pero el enorme desarrollo del capital fijo lo que muestra es el progreso inmenso de las ciencias, la tecnología y las fuerzas sociales que lo hacen posible. Y ello proporciona, a juicio de Marx, las bases materiales para hacer saltar por los aires estas limitadas bases del capital.

"Una nación es realmente rica cuando en lugar de trabajar 12 horas, puede hacerlo solo 6"⁴⁴. El capital mediante el desarrollo de la tecnología pretende precisamente (y consigue) reducir notablemente este trabajo necesario. Lo hace para intentar apropiarse el exceso de valor, manteniendo la misma jornada laboral, pero va poniendo las bases para que este logro se socialice.

⁴³ *Ibíd.*, p. 90

⁴⁴ *Ibíd.*, p. 91

Conviene señalar aquí el hecho de que, contra la determinación del capital de ampliar constantemente la jornada, el número de horas al día de trabajo ha ido bajando desde las 12 horas que ponía Marx como referencia a las 8 actuales, eliminándose además el sábado como jornada de trabajo general. Esto indica que hay fuerzas opuestas al capital capaces de reducirlo, de someterlo parcialmente, como por otra parte ya había comprobado Marx en su tiempo con la Ley de las 10 Horas.

*Significado del desarrollo del capital fijo*⁴⁵. - La parte de producción destinada a la producción de capital fijo depende de que el grado de productividad alcanzado sea suficiente para que una parte cada vez menor del tiempo de producción sea necesaria para la producción inmediata. La sociedad puede esperar, puede sustraer parte de su riqueza al disfrute inmediato para utilizarla en trabajo no inmediatamente productivo. Esto va en proporción a la transformación de capital circulante en capital fijo.

Si todo el trabajo de un país fuera necesario para cubrir las necesidades de toda la población, no existiría el trabajo suplementario ni por tanto nada que pudiera ser acumulado bajo la forma de capital.

El trabajo inmediato deja de ser la base de la producción, transformado en actividad de control y vigilancia, y son las fuerzas sociales, la combinación de la actividad social la que se presenta como productor. El trabajo del individuo es puesto como trabajo individual negado, como trabajo social, con lo que se socava parte de la base de este modo de producción.

De la misma forma que ocurría con el plustrabajo, que aumenta a medida que disminuye la proporción de trabajo necesario, a nivel social el capital fijo crece en la medida en que las necesidades sociales son cubiertas con una parte menor de la producción global. Y es en la producción de capital fijo, en tanto que representa producción de instrumentos creadores de valor, fin del capital en sí, es en esta producción en la que el capital se pone como fin para sí mismo. El capital fijo da la dimensión, la medida del desarrollo de la riqueza basada en el capital.

En el capital circulante, la relación social de los diferentes trabajos entre sí es puesta como cualidad del capital. En el capital fijo, es puesta la fuerza productiva social del trabajo.

*Reproducción del capital*⁴⁶. - Cuanto mayor es la parte del capital que consiste en capital fijo, es decir, cuanto más actúa el capital en el modo de producción que a él le corresponde, y cuanto más duradero sea el capital fijo, con más frecuencia tendrá el capital circulante que repetir su periodo de rotación, y mayor será el tiempo global que el capital necesita para recorrer por completo su circulación. La continuidad de la producción se convierte así en una necesidad externa para el capital, desarrollado con gran parte del mismo como capital fijo.

La interrupción de la producción retrasa la creación de plusvalía en el capital circulante, lo ralentiza. Pero para el capital fijo supone destrucción de su valor original, en la medida en la que se deteriora detenido en una forma improductiva.

⁴⁵ *Ibíd.*, p. 92

⁴⁶ *Ibíd.*, p. 103

El periodo de reproducción del capital industrial se alarga. El número de rotaciones necesario para reproducir el capital fijo se alarga varios años. El capital fijo no circula como valor de uso, no es cambiado de una vez por dinero. Entra sucesivamente en el precio del producto, y así retorna sucesivamente como valor. Se transforma en producto, en capital circulante.

Es importante recordar que es el capital circulante el que, al recorrer el proceso de producción, compuesto por trabajo objetivado, trabajo necesario y plus-trabajo, el que da lugar al beneficio. El capital fijo no realiza su valor de una vez, sino en forma de renta anual. Renta que proviene de la plusvalía, del plus-trabajo. La plusvalía es generación de valor. La renta es sólo una de las formas que adquiere su distribución.

El capital aparece así como producción de capital circulante y de capital fijo en porciones determinadas, de forma tal que se crea una doble especie de circulación como capital fijo y como capital circulante. Una parte del valor de uso expulsado por el capital como producto deviene objeto de consumo; otra parte entra en otro capital como condición de producción.

Hemos visto que los dos momentos en los que el capital se relaciona con la circulación de mercancías son: 1) cuando se cambia la mercancía producida como valor de uso por dinero (M-D); y 2) cuando se cambia dinero por mercancías introducidas en el proceso de producción. El segundo momento implica una renovación periódica de materias primas para la producción; el primero, una renta global que pueda consumir el producto del capital expulsado como valor de uso, renta que (excluyendo relaciones complejas no desarrolladas en este modelo puro) sólo puede ser de los capitalistas o los trabajadores.

Dado que el capital fijo solo es pagado en proporción a su desgaste, solo es cambiado en la medida en que entra como valor en el capital circulante, compromete la producción de años sucesivos. Contribuye a la creación de una gran renta, y al mismo tiempo anticipa trabajo futuro como equivalente.

El capital fijo proviene del capital circulante. Es una parte del capital circulante que queda fijada como condición de producción, es decir, una parte del trabajo vivo y de la materia prima es utilizada para producir instrumentos de producción, en lugar de productos cambiables. Y al mismo tiempo solo puede recuperar su valor a través del capital circulante, al que aporta porciones de su valor en las sucesivas rotaciones. El capital fijo es la garantía de la continuidad de la producción.

La transformación del capital circulante en capital fijo presupone no obstante un pluscapital relativo, ya que se trata de un capital que no es utilizado en la producción directa, sino en la producción de nuevos medios de producción. Su valor pasa al producto y es repuesto a través de la rotación sucesiva del mismo. Con lo que para que el capital fijo, la maquinaria, pueda crear plusvalía, se requiere que aumente la masa de productos circulante, y que disminuya relativamente el trabajo vivo utilizado por producto. Pero el capital circulante se puede transformar en fijo, y el fijo reproducirse en circulante, en la medida en que ambos se apropian trabajo vivo, la única fuente generadora de valor.

Transformación de la plusvalía en beneficio.- El valor creado por el capital en la unidad de proceso de producción y circulación consiste en la plusvalía, creada con

el plustrabajo que el capital es capaz de obtener. Pero el capital no mide el valor producido mediante la plusvalía, sino en relación consigo mismo como presupuesto. El capital mide el valor obtenido en relación al valor aportado, adelantado, en el proceso de producción. Esta relación entre el valor creado y el coste total para el capital es el beneficio.

Y dado que la plusvalía real es determinada en relación al trabajo vivo, y no guarda relación con la parte del capital invertida en materia prima e instrumentos de producción, cuanto menor sea la porción de capital cambiada por trabajo vivo, tanto menor deviene la tasa de beneficio. A medida que aumenta el protagonismo del capital en el proceso de producción, disminuye la tasa de beneficio. Crecimiento del capital, especialmente del capital fijo, y tasa de beneficio están por tanto en proporción inversa.

No obstante, el beneficio total bruto como magnitud absoluta (no la tasa de beneficio, que es una relación entre valor obtenido y capital), sí puede estar en proporción directa al aumento total del capital. Un capital de 100 al 10% de beneficio dará un beneficio bruto menor (100) que un capital de 1.000 al 2% (200), aunque la tasa de beneficio sea menor. Sin embargo, si la rentabilidad del capital mayor baja al 0,5%, el beneficio total (50) será inferior al del capital menor con mayor tasa de beneficio. Dependerá por tanto de la disminución de la tasa de beneficio en relación a la magnitud del aumento de capital el que el beneficio total aumente o disminuya.

La crisis.- El aumento del capital fijo, de las fuerzas sociales, de la ciencia, el desarrollo de las fuerzas productivas introducido por el capital en su desarrollo histórico, llegado a un punto de acumulación y concentración determinado, niega su autovalorización, de acuerdo con la relación expresada. El desarrollo de las fuerzas productivas se convierte así en un obstáculo para el capital, en un límite autoimpuesto por su propia evolución, lo que se resuelve en contradicciones, crisis y convulsiones, que expresan la creciente inadecuación del desarrollo productivo respecto a las relaciones de producción vigentes. Se produce la destrucción del capital.

Puesto que esta disminución del beneficio es equivalente a la disminución proporcional del trabajo inmediato respecto a la magnitud del trabajo objetivado que aquél reproduce, el capital lo intentará todo para contener la disminución de la relación del trabajo vivo respecto a la magnitud del capital en general, y evitar así la disminución de la plusvalía, reduciendo la parte destinada al trabajo necesario y expandiendo todavía más la cantidad de plustrabajo en relación con todo el trabajo empleado.

Estas contradicciones conducen a crisis cíclicas, que más tarde analizaremos en profundidad, en las que se suspende, se libera, fuerza de trabajo, y se aniquila buena parte del capital, hasta el punto en el que se vuelve a recuperar la proporción que permite iniciar de nuevo la relación productiva. Pero para Marx estas catástrofes conducen a su repetición a un nivel superior, y finalmente a su destrucción violenta.

*Capital y renta*⁴⁷. - El beneficio obtenido se puede presentar como distribución, al igual que el salario, en la medida en que es utilizado como renta por el capitalista para su propio uso y disfrute, o como presupuesto de la formación de capital, en cuanto es reinvertido para obtener mayores plusvalías. En esta última forma, el beneficio se presenta pues como resultado y como presupuesto del capital al mismo tiempo, como movimiento circular, como circulación.

El excedente del precio del producto sobre el precio de los costes de producción es lo que le da el beneficio al capital. El plustrabajo, a pesar de ser el creador del valor, no tiene coste para el capital, ya que se lo apropia sin pagarlo, con lo que no es computado entre los costes de producción.

Los precios además, en la medida en que dependen de factores externos, de la oferta y la demanda del mercado, no tienen por qué realizar necesariamente el valor generado en la producción, lo que lleva a la economía clásica a hacer preceder el mercado al proceso productivo en la determinación del precio y hasta en la generación del valor. Pero en realidad los precios de mercado dan forma a los beneficios condicionando la producción, determinando la realización de los valores producidos o su devaluación, con lo que reasigna las futuras inversiones. La competencia invierte las leyes del capital desde el mercado para imponerlas, pero las leyes ya vienen determinadas por el proceso de producción capitalista, donde se producen los valores.

La transformación de la plusvalía en tasa de beneficio tiene unos efectos que se pueden resumir de la siguiente forma: 1) el beneficio siempre es una proporción más pequeña que la plusvalía, ya que el numerador es el mismo (el plustrabajo) y el denominador es mayor en la tasa de beneficio, ya que se mide en relación al total del coste de producción, en lugar de frente al trabajo necesario; 2) la tasa de beneficio tiende a descender a medida que aumenta la proporción de capital fijo en relación al trabajo vivo.

El desarrollo del capital, su acumulación en forma de capital fijo, presupone un volumen de población trabajadora importante y un cierto desarrollo de la ciencia y la tecnología. La disminución de la proporción de trabajo necesario ha de ser compensada por un aumento de la población trabajadora total, para poder seguir valorizando capital en la misma proporción. Recordemos de nuevo el ejemplo de la incorporación de la mujer al mercado laboral, así como la proletarianización de los niños en los países industrializados en el XIX.

La duración del capital fijo disminuye el coste de las partes alícuotas del mismo que intervienen en la producción, y por tanto maximiza la valorización del capital. La tendencia del capital es la de aumentar la proporción de capital fijo en su composición, y al mismo tiempo la de disminuir el valor de cada parte alícuota del mismo aumentando su duración en relación al coste.

*Capital y beneficio*⁴⁸. - Todas las partes del capital producen beneficio simultáneamente, tanto la parte circulante como la parte fija. La parte circulante entra por completo en la circulación, donde se intercambia por dinero. Se reproduce como valor, incluyendo la plusvalía presentada como beneficio, enajenado como

⁴⁷ *Ibíd.*, p. 146

⁴⁸ *Ibíd.*, p. 217

valor de uso y realizado como valor de cambio. Es una venta con beneficio. El capital fijo retorna también como valor de cambio, beneficio incluido, pero a lo largo de varios años, fraccionadamente. A cada parte alícuota del capital corresponde una parte alícuota del beneficio.

La relación del capital fijo con el capital circulante aumenta por dos razones: 1) por la tendencia del progreso técnico a transferir cada vez más a la máquina el trabajo de la producción; 2) como consecuencia de la mejora en los medios de transporte, que reduce las necesidades de almacenaje de materias primas y productos terminados, es decir, de capital circulante.

A medida que aumenta la proporción de capital fijo, no tiende a disminuir la jornada de trabajo, como parecería sencillo intuir, sino que más bien al contrario, tiende a aumentarla, ya que las horas de trabajo son el único medio para convertir en lucrativa una proporción creciente de capital fijo. "Cuando un trabajador deja a un lado su pala, hace inútil durante este periodo un capital de 18 peniques. Cuando uno de nuestros trabajadores deja la fábrica, hace inútil un capital que ha costado 100 libras"⁴⁹. Lo que acorta la maquinaria es el tiempo de trabajo necesario para la reproducción del trabajador, no el tiempo necesario para el capitalista. Puesto que el capital fijo se devalúa en la medida en que no es utilizado en la producción, el crecimiento del mismo está unido a la tendencia a mantenerlo en perpetuo movimiento.

*Enajenación de las condiciones de trabajo*⁵⁰. - A medida que se desarrollan las fuerzas productivas del trabajo, el trabajo objetivado, o dicho de otra forma, las condiciones de producción como momento de la actividad social, asume una autonomía colosal frente al trabajo vivo. La riqueza social se contrapone al trabajo en porciones cada vez más poderosas como poder ajeno y dominante.

Esta objetivación de las fuerzas sociales y su enajenación de las mismas frente al trabajo vivo no son estrictamente necesarias para el proceso de producción. En la medida en la que el trabajo individual evoluciona hacia una actividad social, inmediatamente general, las condiciones de reproducción se vuelven colectivas, sociales. La acción política de Marx va dirigida hacia la apropiación de las máquinas, como agentes de la producción social. Estas máquinas pueden pasar a manos de los trabajadores asociados, formando una nueva base de la producción, modificada a través de un proceso histórico.

Límites de la producción capitalista. - La división del proceso de producción capitalista de acuerdo a la concepción marxista sería una parte de materia prima, otra de instrumentos o maquinaria, otra de trabajo necesario y la de plusproducto, de la que una parte se destinaría a consumo y otra a nueva producción. Las proporciones de esta relación se ven alteradas por la evolución de la productividad.

Pero para que este proceso tenga continuidad, es necesario que parte de la plusvalía se reinvierta. Parte de ella se puede perder en consumo, para satisfacción de goces del capitalista, y parte de ella puede quedar devaluada si es vendida por debajo de su precio real (calculado según el trabajo objetivado en él). En ambos

⁴⁹ Cita en los Grundrisse de Henry Ashworth, magnate inglés del algodón. MARX, Karl. *Líneas fundamentales de la crítica de la economía política (Grundrisse) Segunda mitad*. Op. cit., p. 221

⁵⁰ *Ibíd.*, p. 228

casos, se pierde capital. El primer caso entra dentro de lo normal, dado que los capitalistas no viven del aire. El segundo reviste mayor interés, ya que suele caracterizar uno de los lados de la crisis: la destrucción de capital por la devaluación de la producción. El otro lado son los despidos, la disminución de trabajo vivo, de producción, con el fin de restaurar la proporción entre trabajo necesario y plus trabajo.

Superproducción. - Hemos visto que la tendencia civilizadora está contenida en la esencia del capital, en su curso de desarrollo natural. Pero también lo están las contradicciones que interrumpen su evolución, que le imponen sus verdaderos límites. Estos límites inmanentes forman parte de la naturaleza del capital. Veamos cuáles son:

1) El trabajo necesario supone un límite al valor de cambio de la capacidad de trabajo viva, al valor del salario necesario para la reproducción de la población trabajadora.

2) La plusvalía tiene un límite como tiempo suplementario de trabajo. No se puede ampliar indefinidamente.

3) El dinero disponible, en cuanto valor de cambio, como límite a la producción.

4) Limitación de la producción de valores de uso mediante valores de cambio. La riqueza exige transformación en formas determinadas distintas de la riqueza misma, que deben aparecer como valores de uso, como necesidades, que son en cada momento limitadas.

La superproducción es el resultado del olvido de todas estas limitaciones, que conduce a la devaluación de la producción, a su colapso.

Marx menciona el sistema de crédito como intento de fuga del capital de sus propias limitaciones. Ya entonces las naciones ricas prestan a las pobres para asegurar la continuidad de su consumo, pero sin posibilidad de corregir estos endeudamientos, que acaban rompiendo en crisis de deuda que producen destrucción de capital, colapso de la producción.

La contradicción esencial del capital es la imposibilidad de cubrir la demanda de toda la producción con los trabajadores empleados en el proceso productivo, ya que sus salarios tienden a ser retenidos en niveles de subsistencia. Su demanda no puede alcanzar a la totalidad de lo que produce, puesto que está obligado a dar una plusvalía cada vez mayor. Para dar salida a la creciente producción se necesitan nuevos mercados, para lo que se buscan mercados exteriores o la ampliación de los interiores con nuevas necesidades.

Considerados individualmente, cada capitalista se esforzará en mantener los salarios de sus trabajadores a niveles de subsistencia. Pero evidentemente, confiará en la capacidad de consumo de los demás trabajadores. Esta ilusión, considerada en términos agregados, se disuelve en pura lógica. La existencia de un beneficio sobre cualquier mercancía presupone una demanda exterior a la del trabajador que la ha producido. La demanda del trabajador no puede ser una demanda adecuada.

El capital pone por tanto al tiempo de trabajo necesario como límite para el valor de cambio de la capacidad de trabajo viva; el tiempo de trabajo suplementario

como límite para el tiempo de trabajo necesario; y a la plusvalía como límite para el tiempo de trabajo suplementario. Y por último, tiende a pasar por encima de todos estos límites tratando de realizar la plusvalía contraponiéndola al trabajo necesario que se le enfrenta como igual, como consumidor que debe así crear la plusvalía con su trabajo y realizarla con su salario. Pura contradicción. De esta manera, Marx demuestra, incluso matemáticamente, la certeza de las crisis en el modo de producción capitalista.

Podemos comprobar cómo, en la actualidad, Occidente vive sumido en una crisis clásica de superproducción. Estirando el crédito mucho más allá de las garantías del prestatario, movidos por la ambición desordenada de agentes financieros necesitados de permanente valorización, los llamados mercados financieros han sufrido una brusca contracción, pasando rápidamente de la confianza al miedo, cerrando las puertas a la circulación del capital, que necesita como hemos visto la fluidez que le da el crédito. Atascados en una brutal crisis de deuda, de créditos vencidos, de impagos y de desconfianza, los países desarrollados asisten a la destrucción de capital y de empleos, esperando las condiciones propicias para volver a crear valor. Una crisis más.

La repetición de las crisis ha generado montañas de literatura económica en el último siglo y medio. Dedicamos el siguiente capítulo al análisis de Marx, comparado con el de otros conocidos autores expertos en la materia.

IV – LOS CICLOS

Probablemente las teorías más influyentes y conocidas sobre el comportamiento cíclico de la economías se deben a Joseph Alois Schumpeter, que en los años 30 del siglo XX se dedicó a investigar a fondo la naturaleza y regularidad de dichos ciclos.

En *Análisis del cambio económico*⁵¹, Schumpeter analiza los acontecimientos económicos sucedidos en Inglaterra desde 1792 hasta 1931, y observa que las fluctuaciones que presentan los indicadores económicos muestran una regularidad cíclica. La duda que esto plantea es si estas fluctuaciones son debidas a factores externos, políticos principalmente, o existen causas inherentes al proceso económico.

Schumpeter distingue los cambios debidos a estos factores externos de los debidos al desarrollo autónomo de la población y la economía, o de los cambios debidos a la *innovación* en la introducción de nuevas técnicas o mercancías y en la conquista de nuevos mercados. La combinación entre estos tres factores, elementos de desarrollo no-cíclicos, factores externos e innovaciones, determina los cambios industriales y el progreso económico.

Dejando de lado las cuestiones metodológicas, Schumpeter se centra en el efecto de las innovaciones, el factor no-cíclico que tiene más relación con el proceso económico como tal ¿Por qué se concentran las innovaciones en determinados períodos, y no se distribuyen en sucesión uniforme, de manera que sus efectos se absorban gradualmente, al mismo ritmo que la mano de obra evoluciona con la población?

Schumpeter encuentra parte de la respuesta en una resistencia natural al cambio por parte de la sociedad que, una vez superada, facilita la repetición de la aplicación de innovaciones similares, aunque con fines distintos. Este proceso es acentuado por la competencia. A mayor competencia, mayor velocidad en la aplicación de estas innovaciones.

También observa el autor austriaco que los ciclos económicos se asocian habitualmente con los impulsos de alguna industria concreta, siendo más intensas las fluctuaciones en las industrias productoras de bienes de equipo.

Lo más relevante de Schumpeter a los efectos de este análisis es la importancia que le da a los *puntos de equilibrio* en su interpretación de los ciclos. Su análisis parte siempre de una posición estable en uno de estos puntos. Desde este punto, las magnitudes económicas se alejan del equilibrio bajo el impulso de las innovaciones, única fuerza capaz de producir este desequilibrio, si descartamos los factores externos.

Durante el período de la introducción de las innovaciones, no aumenta de manera significativa la corriente de bienes y servicios, mientras sí aumentan los gastos de producción y del crédito asociado a esta expansión productiva. Gradualmente, los bienes o servicios de las nuevas empresas llegan a sus mercados, desplazando los productos y métodos de las empresas cuyos modos de producción han quedado obsoletos, provocando un proceso de liquidación, reajustes y absorciones. A medida que se vaya realizando el ingreso asociado a estos nuevos

⁵¹ *The Review of Economic Statistic*, vol. XVII, nº 4, mayo de 1935, pp. 2-10

bienes y servicios, se irán pagando los préstamos bancarios, contrayéndose los créditos vivos hasta alcanzar la posición de equilibrio anterior.

Por tanto, para Schumpeter, la unidad y la continuidad de los movimientos cíclicos radican en los puntos de equilibrio, dado que el proceso económico tiende a este equilibrio. Partiendo de estos puntos de equilibrio, distingue cuatro momentos por cada unidad de ciclo: auge o prosperidad (el proceso anteriormente descrito), contracción (básicamente de origen financiero, por la necesidad de atender los créditos), depresión (se sobrepasa negativamente el punto de equilibrio debido a la inercia de las fuerzas depresivas en la fase descendente) y recuperación (vuelta al punto de equilibrio).

Schumpeter pone especial interés en que se distinga la fase de auge de la de recuperación, por la importancia que tiene en los efectos del análisis del ciclo. Es de suponer que esta importancia se debe a la necesidad de reconocer el punto de equilibrio. El propio Schumpeter admite la dificultad de distinguir estos dos momentos. Lógico, dado que su naturaleza es tan indistinguible como la de la contracción y la depresión.

Lo que Schumpeter aporta a la economía clásica es básicamente el papel del tiempo. Frente al concepto de equilibrio estático, consistente en la determinación de precios y producción por la tendencia al equilibrio entre oferta y demanda, representada en gráficos bidimensionales, Schumpeter le aporta el tiempo como tercera dimensión, explicando la manera en la que se produce tal tendencia innata al equilibrio. Como vemos, para este economista la tendencia al equilibrio del sistema de producción capitalista está fuera de duda. Para Schumpeter, las ondas cíclicas en las que se mueve la economía vienen a ser la descripción de *cómo* reacciona el sistema ante perturbaciones que le sacan del equilibrio, y cómo en su vuelta al mismo se comporta mediante ondulaciones similares a las ondas físicas.

Estas perturbaciones son en la mayor parte de los casos de origen externo al sistema, con la excepción de lo que Schumpeter denomina innovaciones, producidas dentro del sistema y por estímulos inherentes al mismo. Con lo cual se viene a reconocer cierta tendencia innata a salirse del equilibrio, aunque con la voluntad inmanente de volver a él.

Como ilustración de estos ciclos, Schumpeter aporta los análisis estadísticos de un economista ruso, Nikolái Kondrátiév, contribuyendo decisivamente a su divulgación en Occidente. El profesor Kondrátieff, en un influyente artículo de investigación, publicado por el Instituto de la Investigación de la Coyuntura, fundado por él en Moscú, y traducido para la americana *Review of Economic Statistics*⁵², muestra la correlación entre la evolución de determinados indicadores económicos, entre 1790 y 1925, en Inglaterra, Francia y Estados Unidos. Analiza la evolución de los precios, el tipo de interés, los tipos de descuento de la deuda, o la producción de carbón y hierro, junto con otras series, con resultados menos concluyentes. La regularidad de los ciclos obtenidos es cuanto menos sorprendente, mostrando unidades cíclicas de entre 47 y 60 años, que además son perfectamente coincidentes a nivel internacional, para las tres economías analizadas.

⁵² *The Review of Economic Statistic*, vol. XVII, nº 4, mayo de 1935, pp. 2-10

Curiosamente, Kondrátiev nos hace esta fabulosa aportación desde la Unión Soviética, donde participa activamente en la elaboración del primer Plan Quinquenal del régimen comunista. Por desgracia, su negativa a apoyar las colectivizaciones de Stalin, le valió la deportación a Siberia, a los 38 años, y su posterior ejecución ocho años después. Kondrátiev ya había llegado a la conclusión, a la vista de los resultados de su análisis, de que la razón de estos ciclos tenía que ser inherente a la esencia de la economía capitalista, pero no profundizó en las causas concretas que pudiesen explicar estas fluctuaciones, limitándose a relacionarlas de manera intuitiva con las necesidades periódicas de grandes inversiones en bienes de capital.

El factor tiempo es también crucial para entender la aportación de otro economista enormemente influyente, Friedrich Hayek, cuyos planteamientos económicos en los años 30 y 40 del siglo XX, son fuente de inspiración troncal para el actual pensamiento económico neoliberal. Hayek es muy crítico con la concepción estática ya mencionada del equilibrio clásico, vigente desde Adam Smith. Para él, los esfuerzos de los economistas de su generación deben orientarse a llenar la laguna que existe entre la estática y la dinámica⁵³.

Para Hayek, es fundamental entender el papel que juega la consideración temporal en las decisiones de ahorro e inversión de los agentes económicos. Las previsiones sobre las que tales individuos basan sus decisiones en un momento dado serán o no compatibles. Y considera este economista austriaco que tales previsiones están basadas en buena parte en los precios de mercado actuales y en las tasas de interés.

En su *Teoría Pura del Capital*, Hayek define el estado de equilibrio como un estado de completa compatibilidad de los planes de los agentes *ex ante* y *ex post*⁵⁴, es decir, las previsiones coinciden con el resultado final, situación que el propio Hayek reconoce como extremadamente improbable, pero útil como punto de partida analítico.

Estos planes se basan en expectativas sobre el estado futuro del mercado, donde se venden los productos a un cierto precio. El interés de cada uno de los agentes no irá más allá. El equilibrio en ese mercado, y el éxito o fracaso consiguiente de dicho individuo, dependerá de lo que los demás agentes hayan decidido de acuerdo con sus expectativas. Para que las expectativas se cumplan, deben acomodarse con las de los demás.

Hayek parte en su análisis de una situación de perfecto y complejo equilibrio entre las decisiones de los agentes sobre el presente y el futuro, sobre las preferencias entre plazos de inversión más cortos o largos, definidos como función continua, que definen un escenario en el que las previsiones se cumplen matemáticamente.

Para Hayek, este equilibrio, que él mismo admite como de una extrema improbabilidad y absolutamente inestable, sólo sería concebible si los individuos se

⁵³ HABERLER, Gottfried (compilador). *Ensayos sobre el ciclo económico*. Fondo de Cultura Económica. México, 1946, pp. 353-367

⁵⁴ HAYEK, Friedrich A. *La Teoría Pura del Capital*. M. Aguilar, Madrid, 1946, p. 18

orientan de acuerdo con los precios y las tasas de interés fijadas libremente por el mercado. Hayek defenderá como consecuencia de sus planteamientos la menor injerencia posible de las autoridades políticas sobre los factores que afectan a la determinación de precios y tipos de interés, ya que tal decisión, dada la complejidad de los factores antes mencionados, no puede ser nunca tan eficiente como la que proporciona el propio mercado, y corre el riesgo de acentuar en lugar de atenuar los desequilibrios económicos.

Los ciclos largos. - Tal como apuntaba Schumpeter, el primer estudio serio sobre la existencia de movimientos cíclicos largos en la economía venía de Nikolái Kondrátiév. El economista ruso nos ofrecía un seguimiento correlativo de la evolución de varias economías occidentales. Su aportación era básicamente estadística, y supuso y sigue suponiendo un reto buscar la explicación a la recurrencia de tales fenómenos.

Giovanni Arrighi en su obra *Caos y orden en el sistema mundo*⁵⁵ aporta un análisis más cualitativo, y de cariz más geopolítico, de los ciclos largos, entendidos como procesos económicos y políticos que se sustancian en cambios de hegemonía mundial. Hegemonía mundial que se caracteriza por ofrecer soluciones a una situación de caos derivada del declive de la potencia hegemónica anterior. El estudio de Arrighi busca las características de estos cambios de ciclo político, los patrones comunes que caracterizan estas transiciones hegemónicas, y que por tanto deberían ayudar a predecir los próximos movimientos en el eje de poder económico mundial.

Su análisis se inicia con la hegemonía holandesa a mediados del siglo XVII. Se pone el punto de partida pues en los inicios del modo de producción capitalista, aunque no se hace así por este motivo, sino por considerarla la primera hegemonía dentro del moderno sistema de Estados interdependientes. Holanda sería así la primera nación en aportar un sistema de orden basado en su dominio económico, que coincide con el declive del poder imperial español.

Veremos cómo su investigación nos lleva a la conclusión de que estas transiciones muestran la siguiente evolución: la nueva hegemonía genera una fase de expansión, dicha expansión genera caos, y del caos brota una nueva hegemonía⁵⁶.

Las transiciones analizadas son dos: de la holandesa a la británica en la primera mitad del siglo XVIII, y de la británica a la norteamericana en la primera mitad del XX. Partiendo de los datos analizados, Arrighi hace una lectura sobre el tiempo presente y proyecta hacia el futuro el escenario que los síntomas actuales dibujan.

El escritor italiano resume en cinco proposiciones sus conclusiones sobre la comprensión de la realidad geopolítica actual y las perspectivas futuras⁵⁷:

1) La expansión financiera presente (el libro se editó por primera vez en 1999) es indicativa de una crisis de hegemonía, destinada a terminar de manera

⁵⁵ ARRIGHI, Giovanni y SILVER, Beverly J. *Caos y orden en el sistema mundo*. Ediciones Akal, S.A., Madrid, 2001

⁵⁶ *Ibid.*, p. 41

⁵⁷ *Ibid.*, p. 275

catastrófica, ante la incapacidad de la potencia hegemónica (EEUU) de gestionarla. En las dos transiciones anteriores se había producido también una importantísima concentración de capital financiero en Amsterdam y Londres, fruto de su largo periodo de hegemonía mundial. Después de perder la vanguardia, el liderazgo productivo, estas potencias aún acumulaban la hegemonía financiera, pero falta de las bases productivas que le dan sustento, estos emporios financieros terminaban cediendo. Arrighi predice lo mismo para Estados Unidos. La crisis de las hipotecas *sub prime* y el hundimiento de Lehman Brothers le dan la razón de manera clamorosa.

2) Se produce por primera vez una bifurcación entre el liderazgo en recursos militares y en recursos financieros. Las pequeñas potencias asiáticas emergentes carecen de poder militar y no parecen interesadas en conseguirlo. Japón en los años 70 y 80, así como China en la actualidad, muestran mucho mayor interés en extender su poder económico y sobre todo financiero, que en entrar en una carrera armamentística con la supuesta potencia en declive, Estados Unidos. Esto parece descartar a corto plazo la posibilidad de resolver mediante una ruptura bélica la situación de tensión inherente a la transición hegemónica. Empieza a contar más el poder financiero que el armamentístico. Nos recuerda al capítulo del dinero analizado al principio de este ensayo. El poder ya no lo da Dios, ni la sangre, ni las armas. El poder lo da ya sólo el dinero.

3) Otra característica particular, a juicio de Arrighi, de esta nueva transición, es la proliferación en número y variedad de empresas transnacionales. Su proyección en el tiempo conduce a una pérdida generalizada de poder de los Estados-nación tradicionales. Tampoco esto puede dejar de resultarnos familiar, y muy en particular en el caso de España, donde el gobierno se encuentra en una situación de cautividad respecto a mercados y organismos internacionales absolutamente desconocida hasta ahora.

4) La pérdida de poder de los movimientos sociales, y en particular del movimiento obrero. Aquí tiene mucha influencia la tesis de Immanuel Wallerstein⁵⁸, según la cual los progresos sociales obtenidos por los trabajadores europeos sólo han sido posibles por la existencia de espacios exteriores a los que trasladar la explotación. La ampliación de los derechos de los trabajadores y ciudadanos de Occidente, ascendidos así a clase media, tenía como correlato la exclusión de tales derechos de los trabajadores del Tercer Mundo. La globalización de la producción conlleva la posibilidad de una nueva lucha de clases, esta vez racializada. Esta visión se ve reforzada por el crecimiento de movimientos subversivos contra el capital internacional, cada vez más violentos contra los países ricos, primero en América Latina, y más adelante, los más directos, desde movimientos radicales islamistas. No obstante, y tal y como se afirma en la tesis de Arrighi, los movimientos de resistencia de clase han perdido fuerza en su forma más pura y adquieren un tinte crecientemente heterogéneo.

5) Se produce un tránsito, más o menos acelerado y más o menos doloroso, hacia una civilización mundial más orientada hacia Asia, y en concreto hacia China. Queda por ver cuál será la capacidad de adaptación del mundo occidental ante su progresiva pérdida de hegemonía, y cuál será la disposición de China a ofrecer

⁵⁸ *Ibíd.*, p. 21

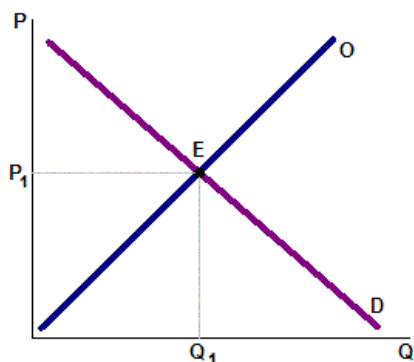
soluciones sistémicas al nuevo orden mundial. Parece evidente hoy que el desplazamiento de poder económico y financiero hacia China está desequilibrando el orden económico mundial, y está en la base de buena parte de las turbulencias financieras que afectan al mundo occidental. Parece más discutible que China se encuentre en condiciones políticas y sociales para liderar un nuevo orden mundial.

Estas proposiciones de Arrighi son de un enorme interés para el caso que nos ocupa. No obstante, como vemos, esta investigación es más de tipo sociológico o geopolítico, que un ensayo filosófico, ético o incluso económico. Estas proposiciones son un diagnóstico basado más en los síntomas y en datos empíricos, que en el análisis de los procesos que conducen a los hechos tan acertadamente expuestos y predichos. No se analiza ni se cuestiona el modo de producción sobre el que se basa el desarrollo de todo el sistema. El capitalismo es el modo de producción que empieza a crecer en el periodo inicial que toma Arrighi como referencia, y que continúa con su tortuosa evolución entrado el siglo XXI, pero sus peculiaridades y contradicciones no son el objeto de su análisis.

Volviendo al tema que nos ocupa, el ciclo económico, hemos visto cómo Schumpeter convierte el equilibrio estático heredado de los economistas clásicos en un equilibrio dinámico, que responde a alteraciones provenientes desde fuera del sistema volviendo al equilibrio mediante ondas de tipo cíclico, algo parecido al equilibrio en una superficie líquida al ser alterada su estabilidad por una perturbación exterior. O cómo Hayek introduce variables temporales y expectativas individuales que vuelven dicho equilibrio poco más que una referencia teórica prácticamente imposible en la práctica, y tan frágil que la acción de poderes exteriores al sistema sólo hace que pervertirla y agravar su delicada estabilidad.

Pero ambos autores, al igual que los clásicos, tienen algo en común. Consideran que la situación natural del sistema es su tendencia al equilibrio, por más que dicho equilibrio, como en Hayek, resulte altamente inestable. En el caso de Arrighi, se habla de caos y orden como de dos situaciones alternas. Con la misma naturalidad se pasa del orden al caos, y del caos al orden. Ninguna de las dos situaciones tiende a perdurar. Cuando hay caos, aparece un poder hegemónico interesado en imponer un equilibrio asimétrico dominado por la gran potencia. Cuando se produce esta relativa pacificación, se crea una expansión que tiende a crear nuevos centros de poder que desequilibran el sistema y fuerzan la vuelta al caos. No se describe ninguna fuerza innata, inmanente al sistema, pero sus efectos nos acercan a la descripción de nuestro actor principal.

Para Marx el caso no puede estar más claro. El modo de producción capitalista tiende inevitablemente al desequilibrio. Capital y equilibrio son casi términos antónimos. La única manera que tiene el capital de autosostenerse es valorizarse, aumentar su valor apropiándose de trabajo ajeno. Esto en el largo plazo es una autolimitación insuperable. O mejor dicho, sólo superable mediante la conquista de nuevos espacios, físicos o económicos. El equilibrio es completamente ajeno a las maneras del capital.



La tendencia al desequilibrio puede ser incluso ilustrada con elementos básicos de la economía clásica.

En la ilustración de la izquierda podemos ver la clásica representación bidimensional de las curvas de oferta (O) y demanda (D), a lo largo de los ejes que representan cantidades producidas (Q) y precios (P), obteniéndose una cantidad y un precio de equilibrio representado gráficamente en el punto E. La economía clásica nos enseña que un desplazamiento de las dos curvas, o de la producción o precios a lo largo de las mismas, será compensado inmediatamente por variaciones en precios o producción que propicien la vuelta al equilibrio.

Esta dinámica es activada como hemos analizado anteriormente por la competencia. Dicha competencia tiende a mantener salarios, precios y beneficios en su punto mínimo de eficiencia. En un entorno de competencia perfecta, los salarios se mantendrán, como señala Marx, en su mínimo de subsistencia. Los precios se mantendrán también en el mínimo que permite hacer rentable la inversión, en el precio del trabajo objetivado en la producción, en términos marxistas. Lo cual mantiene los beneficios también en el mínimo que compensa el riesgo y el coste financiero de avanzar los medios de producción.

Pues bien, resulta bastante claro que la tendencia del capitalista será huir de una situación tan estrecha, tan frágil e incierta. El capitalista tratará por todos los medios de asegurarse una cierta exclusividad en la provisión de la oferta, ya sea mediante tácticas de trust o monopolistas, o mediante la innovación o una imagen de marca exclusiva. Según la teoría clásica, la tendencia del sistema será anular todos estos intentos mediante la competencia de nuevos productores. Pero la realidad es bien distinta, la competencia es imperfecta. Y el capital utilizará todo su poder para limitarla precisamente. De hecho, las medidas anti monopolísticas son una realidad desde hace décadas en los países capitalistas avanzados. Es una imposición de los gobiernos contra la tendencia del capital a burlar la competencia que realiza sus propias normas. Una contradicción más. Y una contradicción que muestra cómo el capital en realidad huye del equilibrio. Necesita crecer, y el equilibrio no se lo permite.

La crisis en Marx. - Los ciclos económicos aparecen en varios puntos de la obra de Marx, aunque el autor alemán no le dedica ningún capítulo específico. Se menciona la naturaleza cíclica de las crisis, así como el agravamiento de cada crisis respecto a la anterior, y su tendencia hacia el colapso final. Analicemos algunas de dichas referencias.

En los *Grundrisse*, en el apartado dedicado a la transformación de la plusvalía en beneficio⁵⁹, Marx menciona que en las agudas contradicciones, crisis y convulsiones del capital se expresa la creciente inadecuación del desarrollo productivo de la sociedad respecto a las relaciones de producción vigentes hasta el momento. Tal

⁵⁹ MARX, Karl. *Líneas fundamentales de la crítica de la economía política (Grundrisse)* Tomo 2. *Op.cit.*, pp. 136-138

inadecuación tiene su reflejo en la violenta destrucción de capital necesaria paradójicamente para su conservación.

A medida que la ciencia y la tecnología hacen crecer el capital fijo, y el crecimiento de la población trabajadora y consumidora contradice la disminución progresiva del trabajo necesario en la sociedad, las contradicciones se van haciendo cada vez más graves, y las crisis, que implican suspensión del trabajo y aniquilación del capital, se repiten regularmente y cada vez en un grado mayor, hasta terminar con su completa destrucción.

En esa misma dirección, encontramos la siguiente cita en el *Manifiesto Comunista*:

“¿Cómo se sobrepone a las crisis la burguesía? De dos maneras: destruyendo violentamente una gran masa de fuerzas productivas y conquistándose nuevos mercados, a la par que procurando explotar más concienzudamente los mercados antiguos. Es decir, que remedia unas crisis preparando otras más extensas e imponentes y mutilando los medios de que dispone para precaverlas”⁶⁰.

Esta es una descripción bastante sucinta y atinada de la concepción marxista de la crisis. A la que podemos añadir esta otra, más expresiva y poética, de Engels:

“En efecto, desde 1825, año en que estalla la primera crisis general, no pasan diez años seguidos sin que todo el mundo industrial y comercial, la producción y el intercambio... se salgan de quicio. El comercio se paraliza, los mercados parecen sobresaturados de mercancías, los productos se estancan en los almacenes abarrotados, sin encontrar salida; el dinero contante se hace invisible; el crédito desaparece; las fábricas paran; las masas obreras carecen de medios de vida precisamente por haberlos producido en exceso, las bancarrotas y las liquidaciones se suceden unas a otras. El estancamiento dura años enteros, las fuerzas productivas y los productos se derrochan y destruyen en masa, hasta que, por fin, las masas de mercancías acumuladas, más o menos depreciadas, encuentran salida, y la producción y el cambio van reanimándose poco a poco. Paulatinamente, la marcha se acelera, el paso de andadura se convierte en trote, el trote industrial, en galope y, por último, en carrera desenfrenada, en batir de campanas de la industria, el comercio, el crédito y la especulación, para terminar finalmente, después de los saltos más arriesgados, en la fosa de un crac. Y así, una y otra vez”⁶¹

La génesis de la crisis parece pues bastante claramente definida. No obstante, la razón por la que dichas crisis sucesivas son peores que las anteriores no aparece detallada en estas citas. Dado que las crisis implican destrucción de capital fijo, industrial y financiero cabría añadir, hasta el límite en el que sea posible de nuevo su valorización, no cabe inferir de entrada que las nuevas condiciones de valorización deban conducir necesariamente a una crisis de mayores proporciones. Si la dimensión de la crisis la proporciona la cada vez mayor extensión global que el capitalismo tiende a ocupar en el mundo, como parte de su determinación

⁶⁰ MARX, Karl y ENGELS, F. *Manifiesto del Partido Comunista*. Op.cit., p. 9

⁶¹ ENGELS, Friedrich. *Del socialismo utópico al socialismo científico III*. Marxists Internet Archive, www.marxists.org, 2000

globalizadora, tal dimensión no deja de ser una proporción que no afecta a su gravedad, sino a la extensión espacial de sus efectos.

El capital sigue saliendo de las crisis como describe Marx en su Manifiesto. La consecuencia es que el colapso del sistema sólo se produciría cuando todas las vías de escape, en forma de nuevos espacios de valorización exteriores al sistema o creados mediante innovaciones en su interior, se terminen. De la misma manera que un fuego no se apaga mientras le quede aire y combustible que quemar, el capital no acabará su desarrollo, no habrá cumplido la misión productiva que Marx le atribuye, mientras le quede mundo que capitalizar, mientras queden espacios nuevos que conquistar.

También en los *Grundrisse*, cuando habla de la apropiación por parte de la máquina de las habilidades del trabajo individual⁶², menciona que el capital trabaja en su propia disolución por su tendencia a volver el trabajo individual irrelevante, subordinado a la máquina, considerada como objetivación del proceso social de la ciencia. Esta cita da a entender que, en la medida en la que progresan las ciencias, y en tanto los frutos de dicha evolución son apropiados y objetivados por el capital, el trabajo individual ocupará una proporción cada vez menor en los costes de producción, y de acuerdo a la proporción analizada en el capítulo del capital, la plusvalía y el consiguiente beneficio serán cada vez menores. No obstante, esto supone un factor consecuente con la teoría de Marx, pero no refrendado por la realidad en los países desarrollados: los progresos de la ciencia no son apropiados exclusivamente por el capital. En la medida en la que además de trabajadores, la población aporta consumidores, el capital se ha visto forzado, incluso inclinado, a socializar buena parte de los progresos científicos. La imperiosa necesidad de vender ha empujado y empuja al capital a ofrecer condiciones mejores de vida a cada vez mayor número de personas.

No hay que olvidar, no obstante, que tal como acabamos de mencionar, según la tesis de Wallerstein, tal progreso se aplica a los ciudadanos de los países desarrollados, siempre y cuando se pueda encontrar trabajadores nuevos que explotar fuera de esos espacios privilegiados. El frente de la lucha de clases se vuelve irregular, cambia de color, se globaliza. El capital supera todos los límites geográficos, tal como estaba en la descripción de Marx. Pero subsiste.

Si nos vamos a *El Capital*, hallamos una referencia explícita a la existencia del ciclo, pero acompañada de una renuncia expresa a entrar a fondo en su análisis, por escapar al campo de estudio planteado. Concretamente es el capítulo dedicado a la separación del interés y el beneficio como partes de la plusvalía. La cita dice literalmente “si observamos los ciclos de rotación en que se mueve la industria moderna –estado de quietud, creciente animación, prosperidad, superproducción, crack, estancamiento, estabilización, etc.-; ciclos cuyo análisis concreto cae aquí fuera de nuestro campo de estudio...”⁶³.

En la misma obra, en el capítulo dedicado a la rotación del capital comercial, se encuentra una explicación a las crisis basada en la discontinuidad del proceso M-D y D-M, ya analizado en el capítulo del dinero. Veámos que en la autonomización del

⁶² *Ibíd.*, p. 85

⁶³ MARX, Karl. *El Capital*, Tomo III. Edición digitalizada por Librodot, www.librodot.com, p. 237

intercambio frente a la finalidad vendedora del productor y consumidora del comprador, en ese intersticio en el que se instala y vive el dinero y el comerciante, se empieza a gestar la posibilidad de la crisis.

El movimiento del capital comercial es el mismo movimiento del capital industrial, sólo que en la esfera de la circulación. Pero en la medida en que se vuelve autónomo, y sobre todo desde que empieza a crecer la utilización del crédito, la demanda se separa definitiva y fatalmente de la oferta. Las barreras, los límites que el capital productivo encuentra en la limitación de la demanda se vuelven flexibles, elásticos, y los límites de la producción son rebasados fácilmente sobre la base de una demanda creada artificialmente por el crédito. Las compras para la producción se repiten antes de esperar a la venta de la producción anterior, con la *esperanza* de que la demanda futura será suficiente para cubrir la siguiente fase de producción.

En algún momento, superado el apogeo, cuando los retornos aplazados por los comerciantes se empiezan a ralentizar, los bancos empiezan a apremiar el pago de lo que se les debe. Los crecientes retrasos en dichos pagos, y aún más la aparición de los impagos, provoca el *miedo* en los prestamistas, que restringen la oferta de crédito y fuerzan las devoluciones por todos los medios (incluido, como bien sabemos, el desahucio). Comienzan entonces las ventas forzadas, no con la finalidad de valorizar las inversiones sino con la premura de poder hacer frente a los siguientes pagos. Se produce así lo que Marx llama el crack, que pone fin a la fase de prosperidad.

Este sencillo proceso resulta enormemente familiar en cualquier época desde que domina el modo de producción capitalista. Se repite con una frecuencia que ha sido estudiada con herramientas estadísticas por su tendencia cíclica a recurrir, y como vemos se inventan distintos nombres para describir cada una de sus fases. Sin embargo, nada más fácil para entender la sencilla mecánica que subyace a todo el proceso que echar un vistazo a las dos palabras marcadas en cursiva en los dos párrafos anteriores (el primero habla del ciclo alcista y el segundo del bajista). Los dos estados de ánimo, las dos fases afectivas humanas que dominan en cada una de las fases, condicionan, determinan incluso, el curso que seguirán los indicadores económicos. Las dos fases del ciclo podrían rebautizarse sin más como la fase de la esperanza y la fase del miedo. Las volveremos a ver al final del trabajo.

En un entorno en el que la oferta y la demanda globales no se conocen la una a la otra. En el que el capital financiero ha separado para siempre las dos caras de la producción, los agentes económicos toman sus decisiones en base a expectativas influidas decisivamente por el miedo o la confianza en la evolución futura de la economía. De hecho, en el país capitalista por excelencia, Estados Unidos, se mide desde 1967 el Índice de Confianza del Consumidor, que pretende ayudar a los inversores a orientarse sobre la futura evolución de la demanda en ese país. Es sin duda una herramienta enormemente útil, pero es obvio que no ha servido para erradicar el fenómeno de las crisis.

Esta complejidad fue bien intuita por Hayek, que como hemos visto reconoce la enorme complejidad que introducen estas expectativas, y lo crucial que resulta la estabilidad del tipo de interés, el precio que regula la oferta y la demanda en el mercado financiero, para evitar catástrofes en los mercados. Como buen liberal,

Hayek considera que hay que dejar al mercado financiero a su libre determinación, que los Estados introducen distorsiones que agravan los problemas de interpretación de las expectativas de los inversores, lo que en algunos casos, como en la presente crisis del euro, resulta dolorosamente cierto. Pero el equilibrio ideal que los liberales esperan de un mercado de capitales libre resulta, a la luz del análisis que acabamos de hacer, insuficiente y utópico. No existe el equilibrio en el modo de producción capitalista. Antes o después vuelve a quebrar. La fuerza del capital financiero, liberada de los patrones metálicos, es de una turbulencia capaz de desatar huracanes que hunden a países enteros en verdaderas calamidades humanas.

Es cierto que en muchos casos hay errores humanos, muchos de ellos políticos, pero el error final, la crisis, está escrita en los genes del capital. El capitalista para mantener su capital necesita aumentarlo. Las crecientes plusvalías generadas serán reinvertidas mientras el capitalista tenga confianza en el futuro, llevando la producción por encima de un imposible equilibrio. El capital generará los instrumentos de crédito necesarios para seguir creciendo por encima de la demanda natural. Marx habla en su tiempo de la letra de cambio. No conoce aún los créditos al consumo, la venta a plazos, la tarjeta de crédito, el factoring o los más recientes paquetes financieros, cuyo vacío sustancial provocó el último cataclismo financiero.

Puede haber errores, y de hecho los habrá cuando se llegue a una situación de sobreproducción. Habrá errores por todas partes, pero no como factores externos, introducidos desde afuera, que alteran un presunto equilibrio innato. Los errores son immanentes. Se puede perder un partido de tenis por cometer errores, pero en un partido de tenis siempre habrá un perdedor. En el capitalismo, gracias a sus crisis, también. Y al igual que en el tenis, será en la mayor parte de los casos el más débil el que pierda.

V – CONCLUSIONES

Parece verse con claridad por lo tanto que la recurrencia de las crisis, tal como apuntaba Marx, es absolutamente consustancial al modo de producción capitalista. Lo que ya no está tan claro es que estas crisis sean cada vez de mayor gravedad, al menos no a corto plazo. Puede haber una crisis más grave que las anteriores por una suma de circunstancias, pero a dicha crisis no tiene por qué seguir necesariamente otra mayor, como lo demuestran las crisis más moderadas posteriores a la de 1929 o a la que conoció Marx en 1847. Visto con perspectiva, la crisis forma parte del proceso de crecimiento, de avance, del capital.

Las serpenteantes líneas que muestran las curvas de evolución de la producción en las economías capitalistas apuntan a un movimiento espasmódico, como un profundo latido, o como varios latidos simultáneos, de diferente dimensión espacial y temporal, que tienden, eso sí, a fundirse cada vez más en un latido global, con suaves y expansivas diástoles, fruto de la fase de esperanza, y secas y brutales sístoles, fruto del miedo, auténticas crisis de pánico que destruyen capital y expulsan con violencia trabajo, condiciones de subsistencia de seres humanos que son en muchas ocasiones excluidos del sistema social capitalista, condenados a vivir de subsidios o de la caridad.

La importancia del antagonismo. - Una de las claves que podría indicarnos una tendencia al agravamiento por encima de la serie de crisis podría ser la acentuación de las diferencias de clase. Es evidente que Marx prevé que la brecha entre capitalistas y trabajadores se vuelva cada vez más nítida y profunda. Donde más evidente resulta esta predicción es en el *Manifiesto Comunista*. Reproducimos por su transparente claridad un par de citas de dicho documento:

“Nuestra época, la época de la burguesía, se caracteriza por haber simplificado estos antagonismos de clase. Hoy, toda la sociedad tiende a separarse, cada vez más abiertamente, en dos grandes campos enemigos, en dos grandes clases antagonicas: la burguesía y el proletariado”⁶⁴

“Toda una serie de elementos modestos que venían perteneciendo a la clase media, pequeños industriales, comerciantes y rentistas, artesanos y labriegos, son absorbidos por el proletariado; unos, porque su pequeño caudal no basta para alimentar las exigencias de la gran industria y sucumben arrollados por la competencia de los capitales más fuertes, y otros porque sus aptitudes quedan sepultadas bajo los nuevos progresos de la producción. Todas las clases sociales contribuyen, pues, a nutrir las filas del proletariado. El proletariado recorre diversas etapas antes de fortificarse y consolidarse”⁶⁵

Marx, situado en la Inglaterra industrial de mediados del XIX, observa el proceso de proletarianización de los trabajadores ingleses, la imparable expansión de la producción industrial fabril y la correspondiente desaparición de los artesanos y pequeños campesinos, y considera que tal tendencia se mantendrá y acentuará en el futuro. De haberse producido dicha evolución, es más que probable que el estallido social hubiese derribado el modo de producción entero. Pero en lugar de ello encontramos, ya en esos años, e incluso mencionados por él, los primeros

⁶⁴ MARX, Karl y ENGELS, F. *Manifiesto del Partido Comunista*. Op.cit., p. 7

⁶⁵ *Ibid.*, p. 10

indicios de una regulación estatal a favor del trabajador que tendería a amortiguar las diferencias y avanzar en los derechos de los trabajadores.

Como sabemos, la evolución que se produjo en el siguiente siglo en los países desarrollados condujo, en lugar de a la creciente separación en dos bloques, en dos clases antagónicas, al crecimiento de una nueva clase media de trabajadores más o menos cualificados, junto a un cada vez mayor número de profesionales liberales, que contribuyó a estabilizar y reducir a focos aislados los conflictos sociales violentos. La revolución comunista sólo llegó a imponerse, hasta el punto de derribar los Estados vigentes y sustituirlos por regímenes comunistas, en países económicamente atrasados como Rusia, China o Cuba, donde el capital, en el mejor de los casos, sólo había actuado a través de potencias coloniales. En el caso de Rusia, la estructura social aristocrática no había sido siquiera sustituida por la nueva burguesía capitalista.

En realidad, una vez más, es el propio Marx el que nos ofrece los síntomas que conducen a un tipo de organización social más compleja que la dual antagonista que luego predice. Tal como veíamos en el apartado dedicado a la creación de la plusvalía relativa, la subsunción real de la sociedad en el capitalismo conduce a que una parte cada vez menor de dicha sociedad esté ocupada directamente en la producción de los artículos necesarios para su subsistencia. El capital crea, por tanto, un porcentaje creciente de población no necesaria para su propia subsistencia, al que al mismo tiempo tendrá necesidad de buscar como fuente de potenciales clientes mediante una permanente creación de nuevas necesidades. Veíamos también que esto conduce a la creación social de individuos cada vez más sofisticados y con una gama de necesidades más numerosa y crecientemente heterogénea. Este proceso de ampliación de lo que se considera socialmente necesario no ha parado de avanzar hasta nuestros días, dando como resultado sociedades complejas, que contrastan fuertemente con la visión de una mayoría obrera depauperada y embrutecida por el maquinismo industrial. Y el caso es que todo esto ya estaba en Marx.

Como ya hemos visto, Wallerstein apunta que tal estabilidad y el nivel de vida de la mayor parte de los ciudadanos sólo son posibles mediante la exportación del problema. El capital, en su tendencia globalizadora, deslocaliza buena parte de la producción industrial con menores requerimientos de cualificación a países menos desarrollados donde los salarios, las condiciones de trabajo y la regulación ofrecen mejores posibilidades de valorización. Los sueldos de pura subsistencia y la posibilidad de emplear niños permiten la vuelta al escenario que presencié Marx en la Inglaterra del XIX.

Pero el caso es que estas vías de escape permiten al capital huir hacia adelante, escapar de sus limitaciones inmanentes mediante un crecimiento extensivo. De cada crisis, el capital emerge presente en más lugares del mundo, con dinámicas cada vez más claramente globalizadas, y con la misma necesidad de crecer para subsistir. La actual crisis, siguiendo la previsión de Arrighi, podría ver el eje económico del mundo desplazado del Atlántico al Pacífico. El capital apenas acaba de entrar en China, ayudado por un gobierno pretendidamente comunista que, mediante la devaluación de la moneda, mantiene los salarios de su población en niveles mínimos en términos internacionales. En los últimos meses ha permitido la primera revaluación importante que compense un flujo comercial tan

desproporcionadamente desigual que ha desequilibrado las economías domésticas de los países industrializados. La complejidad del universo capitalista no para de crecer. Sin embargo, sus señas de identidad siguen siendo perfectamente reconocibles.

El Imperio. - Con el fin de profundizar en la comprensión del aspecto más actual del capital, hemos considerado pertinente aportar, aunque a grandes trazos, la visión más contemporánea que tiene del capital Antonio Negri. La revisión de su obra, y en concreto de *Imperio*⁶⁶, nos aporta un original enfoque que combina las determinaciones económicas del sistema capitalista, combinadas con el aspecto geopolítico y sociológico que caracterizan al capital en el tránsito del siglo XX al XXI.

La obra mencionada gira en torno al concepto de Imperio, y su antagonismo con el de multitud. Este concepto aparece desarrollado en la obra del mismo nombre que coeditó en 2000 con el filósofo norteamericano Michael Hardt. El Imperio es la denominación con la que estos autores se refieren a un nuevo orden internacional que se distingue de estructuras políticas anteriores por su carácter supranacional, biopolítico y parásito.

1) Supranacional porque trasciende y al mismo tiempo influye en las clásicas estructuras del Estado-nación propio de la modernidad. Es un poder global y local a un tiempo, sin identidad nacional, y Negri pone mucho interés en que no se confunda con la fuerza “imperial” de los Estados Unidos, aunque su génesis esté relacionada con la expansión territorial que históricamente constituye ese país⁶⁷. Dicha expansión liberó en su momento las tensiones de clase inherentes al capitalismo y la subsunción formal, como la habíamos visto definida en Marx, hasta que tal expansión encuentra sus límites a principios del siglo XX.

Tras una fase de imperialismo de corte clásico con Theodore Roosevelt, y a raíz de los acuerdos de Bretton Woods, se pasa a una fase caracterizada por la descolonización, la descentralización y la regulación financiera en manos de organizaciones supranacionales, que suceden a los clásicos tratados internacionales.

Al amparo de esta nueva regulación internacional, se produce el rápido desarrollo de las corporaciones transnacionales en la articulación de la economía mundial. A diferencia del colonialismo clásico, no tienen una referencia fija orientada desde un Estado nacional y basada en el intercambio desigual. Estas corporaciones articulan territorios, desbordan y condicionan las regulaciones nacionales. Utilizan a los Estados como instrumentos y regulan los mercados y la fuerza internacional de trabajo. Los nuevos y globalizados movimientos financieros y monetarios modulan la estructura socioeconómica mundial.

En este nuevo entorno, los Estados nacionales juegan un papel subordinado al orden global. El comando imperial queda separado de la administración. Los cuerpos administrativos locales expanden el comando imperial en los espacios locales y secuencias de vida donde no llega la acción imperial.

⁶⁶ HARDT, Michael y NEGRI, Antonio. *Imperio*. Paidós, Barcelona, 2005

⁶⁷ *Ibid.*, p. 185 ss.

Por último, las redes de comunicación globales facilitan la legitimidad del nuevo orden mundial, determinando lo imaginario y lo simbólico, creando lenguajes de auto-validación. La máquina imperial transmite la idea de una ciudadanía universal, disuelve identidades e historias, al tiempo que favorece el ascenso de nuevas identidades locales.

Según Negri, la legitimidad ético-jurídica del poder del Imperio se basa en un objetivo moral, la paz universal, y en la consiguiente legitimidad de la intervención militar⁶⁸, que se asemejaría así más a una intervención policial. El enemigo es identificado por este poder, banalizado como un delincuente y absolutizado como el mal a erradicar. La intervención militar/policial pervierte la lógica constitucional anticipando su acción a la de las cortes de justicia internacionales, que se limitan a decretar sentencias contra los vencidos.

Esta práctica de la guerra justa basada en emergencias que reclaman la intervención del poder Imperial, provoca al mismo tiempo una gran abundancia de emergencias que el Imperio necesita para legitimarse. Así, la causa del ascenso del Imperio es al mismo tiempo la causa de su decadencia. Un suprapoder que pretende garantizar la paz universal en un entorno en permanente conflicto.

2) Biopolítico porque busca asentarse potenciando y controlando la vida, en lugar de gestionando la muerte. El poder disciplinario distingue lo normal de lo desviado, normaliza. En la nueva sociedad de control, el poder, mucho más flexible, se ejerce sobre el sentido de la vida y el deseo creativo. El objetivo del poder es la producción y la reproducción de la misma vida⁶⁹.

Frente al comentado límite de la expansión de la subsunción formal, el Imperio de Negri extiende el concepto marxista de subsunción real de la esfera económica al bios social, a la producción de vida. El Imperio se apropia de las capacidades creativas de la población para incrementar unas plusvalías que no se sostienen ya con una expansión que conduce al capitalismo al agotamiento por asfixia. Agotamiento que se produce cuando ya ha explotado la mayor parte de los recursos naturales, e integrado en su red casi todos los territorios productivos del planeta.

El trabajo inmaterial dificulta su medida y control, altera las clásicas teorías del valor marxistas, cuantificables y fáciles de controlar⁷⁰. El conocimiento, la información, el afecto y la comunicación están en el centro de la economía

⁶⁸ *Ibid.*, pp. 37 ss.

⁶⁹ *Ibid.* Capítulo 2

⁷⁰ Negri piensa que el trabajo inmaterial altera la relación del trabajo con la producción física, lo que impide tener referencias sobre el trabajo necesario y obtener una referencia de la plusvalía. Sin embargo, el concepto de valor parece funcionar exactamente igual. La apropiación se vuelve menos directa y difícil de medir, pero el capital sigue buscando en conjunto limitar el salario a la cobertura de necesidades básicas, es decir, al trabajo necesario. Lo que se considera necesidad varía también, es un producto social, y el propio capital ha aumentado la cantidad y variedad de las necesidades por su continua necesidad de nuevos mercados para valorizar producción. Las necesidades aumentan, pero los salarios siguen tendiendo a quedarse en ese nivel de cobertura mínima. Ése es el nuevo trabajo necesario sobre el que se crea la plusvalía. Negri sí tiene razón en que el trabajo inmaterial vuelve menos identificables estas referencias de valor que en la producción industrial moderna, con lo que aumenta enormemente la alienación del trabajador respecto a los frutos de su trabajo, dificultando la toma de conciencia de clase y el consiguiente antagonismo.

postindustrial. Se crea así un cuerpo biopolítico colectivo, formado por multitud de cuerpos singulares que buscan relacionarse.

El biopoder es entendido así como la subsunción real de la sociedad bajo el capital, con el trabajo intelectual, el afectivo, y la producción de vida, que determinan el exceso de valor.

3) Parásito. Negri otorga, en uno de los puntos clave de su razonamiento, la capacidad de generación en exclusiva a la fuerza creativa de la multitud, a través del trabajo inmaterial y la cooperación, como dimensión humana ontológica. Sobre esta fuerza inmanente se sitúa el poder imperial, distribuido en redes, sin centro real, mediante mecanismos de control móviles y articulados⁷¹.

Cuando este poder trascendente interrumpe la cadena de producción del deseo, construye vacíos ontológicos, que Negri denomina corrupción. Expropia los valores de la cooperación y pervierte la comunicación lingüística, obstruyendo sus procesos. Destruye la singularidad, segmentándola y uniformándola. Esta corrupción entorpece el proceso productivo que da vida al Imperio, lo que conduce a su propio declive. Se da así una situación paradójica: al alcanzar el Imperio su auge, comienza así su declinación⁷².

Propuestas.- Negri defiende que la alternativa se debe plantear mediante los deseos de una multitud, cuyas capacidades destructivas deben ser organizadas desde una nueva visión global. Los rechazos individuales deben ser dirigidos y reforzados.

La fase deconstructiva posmoderna ha perdido su efectividad contra el Imperio, que se siente cómodo en ella. Tampoco son posibles resistencias localizadas, que conducen a una dominación aún más brutal. Y el lugar de la dialéctica de explotación marxista ya no existe. No hay un interior definido por su valor de uso y un exterior definido por su valor de cambio.

En su lugar, tenemos fuerzas productivas no localizadas que producen poderosas relaciones sociales, explotadas en un no-lugar indefinido. Hay que crear un nuevo lugar en el no-lugar. Hay que ser contra en cada lugar, en todas partes y en ninguna en concreto, fomentando la deserción frente al comando.

Reclama la reapropiación de los medios de producción, que ahora son el conocimiento, la información, la comunicación y los afectos. Y propone en esa línea algunas medidas concretas, como la ciudadanía global, y el salario social, en función de parámetros más ligados a la reproducción del bios productivos y menos a las horas de trabajo directo⁷³.

Negri cree que hay que buscar caminos para la auto-valorización, cooperación y auto-organización, que permitan construir cuerpos productivos por fuera de la explotación. Y espera que la maduración del desarrollo político de la potencia de la

⁷¹ *Ibíd.*, p. 381

⁷² *Ibíd.*, pp. 409 ss.

⁷³ *Ibíd.*, pp. 413 ss.

multitud cristalice en la insurgencia de alguna poderosa organización, aunque no ofrece un modelo alternativo⁷⁴.

Completa así Negri un escenario de antagonismo paralelo al de Marx, pero compuesto con elementos posmodernos. El Imperio parasita a la multitud, que tiene la fuerza creativa, de la misma manera que el capital parasitaba a la fuerza de trabajo creativa. Y al hacerlo encuentran una contradicción esencial que pone límites a su crecimiento y permite prever su fin. Ambos, a pesar de esta predicción de autodestrucción, reclaman una acción colectiva que acabe con este ilícito aprovechamiento. La toma de conciencia en Marx y la comunicación afectiva en Negri.

De esta ilustrativa descripción sobre el capital y sus circunstancias en el mundo global actual, cabría destacar los siguientes puntos:

1) Las dinámicas contemporáneas y hasta las posmodernas que describe Negri están ya en Marx. La subsunción real, la apropiación de plusvalía relativa, tal como se describe en los *Grundrisse*, ya anticipa el intento de apropiación del capital de las fuerzas sociales, identificadas con la ciencia y el trabajo asociativo. También habla Marx de la previsible creación de nuevas líneas de producción y de la creación de nuevas necesidades, de la explotación del ocio y de la imparable tendencia a la globalización.

De la misma forma, describe a los Estados nacionales como sometidos sin remedio a la lógica del capital, ocupados en una incesante labor de atracción de los medios de producción objetivos que garanticen la subsistencia de sus sometidas poblaciones.

Aunque pueda parecer aventurado, de alguna forma el biopoder posmoderno ya aparece implícito en la descripción marxista de la plusvalía relativa y la subsunción real. Todos los valores asociados a la vida y a la reproducción tienden a ser identificados por el capital como susceptibles de ser apropiados y explotados en forma de nuevas necesidades, de nuevos mercados. En ocasiones, Marx tiende a ser identificado con una excesiva concentración en elementos puramente económicos, pero Marx se hizo economista con la única intención de entender la sociedad en la que vive, en plena explosión del capital industrial. Y si su caracterización de la sociedad gira casi en forma obsesiva en torno al dinero y a la explotación económica, es porque la sociedad inglesa de entonces, ya dominada por el capital, se mueve precisamente por esos parámetros.

Michel Foucault describe en su *Historia de la Sexualidad*⁷⁵ cómo los afectos humanos más intensos, y en particular el sexo, son sometidos a un estricto control no con el aparente fin de reprimirlos, sino con la intención de canalizar su enorme potencia y utilizar sus frutos en beneficio de la clase dominante. Esta llamativa y poderosa estrategia, característica de la época victoriana, coincide con el ascenso imparable de la burguesía industrial, y su fin último no puede ser otro que la preservación y la continuidad del poder objetivo, del capital.

⁷⁴ *Ibíd.*, p. 431

⁷⁵ FOUCAULT, Michel. *Historia de la Sexualidad Vol. 1, La voluntad de saber*. Siglo XXI, México, 1987

El poder militar, transnacional, articulado y parásito del Imperio no es más que la cara vista del mismo proceso de producción descrito por Marx a mediados del XIX.

2) Sería interesante investigar más a fondo la relación entre ese no-lugar indefinido en el que Negri cree que las fuerzas productivas sociales deben encontrar un lugar en el que resistirse al comando del Imperio, en el que reapropiarse los medios de producción que provienen de la comunicación, el conocimiento, la información y los afectos, con la enorme explosión productiva del fenómeno de internet y las redes sociales.

Estas revolucionarias innovaciones en la comunicación están derribando, o más bien disolviendo, los centros de poder asociados a los medios de comunicación tradicionales (el llamado cuarto poder), y destruyendo las opacidades características de los regímenes políticos menos democráticos, con los llamativos ejemplos de las recientes revoluciones norteafricanas, las filtraciones de los ultrasecretos expedientes de la primera potencia económica y militar del mundo en wikileaks, o el patético intento de la dictadura china de poner puertas al campo tratando de cerrar los accesos a las principales redes sociales internacionales.

Internet ha creado las principales fortunas capitalistas de las dos últimas décadas, pero al mismo tiempo ha abierto las puertas a la creatividad pura, a la expresión directa sin mediación que la controle. Y es un medio libre, no apropiable como medio de producción objetivo. Parece abrir una vía a la visión de Negri.

3) Es bastante habitual encontrar menciones, no sólo en la obra de Negri sino en la de otros autores contemporáneos de inspiración marxista, al problema del antagonismo. Y es probablemente la cuestión principal que se debe investigar cuando se trata de buscar soluciones o alternativas a las convulsiones propias del modo de producción del capital.

En cierto modo contrasta la clarividencia de Marx en cuanto a la capacidad del capital de conquistar nuevos espacios físicos o geográficos mediante la subsunción formal (globalización) o nuevos espacios sociales y biológicos con la subsunción real (biopolítica), con la contundente predicción, como mínimo controvertida, si no directamente equivocada, de la creciente brecha antagónica descrita anteriormente.

En *Marx más allá de Marx*⁷⁶, así como en la Introducción de la edición de los *Grundrisse* aquí analizada, se describe el apasionado estado, casi febril, con el que Marx se enfrenta a la crucial misión intelectual de poner las bases científicas que posibiliten lo que él cree percibir como el inmediato colapso de un sistema productivo insosteniblemente injusto. Llama la atención la agresividad y el interés con el que se enfrenta a los miembros más señalados del llamado socialismo utópico, Proudhon, Bastiat, Carey o Darimon. Pensadores todos ellos que no tienen ni por asomo una talla intelectual comparable a la de Marx. La urgencia de encabezar sobre bases doctrinales más sólidas la presunta inminencia de la Revolución justifica este interés en bases políticas, no intelectuales. Y quizá la necesidad de un antagonismo profundo y bien definido sea también más un requerimiento político que una consecuencia necesaria de su propio desarrollo doctrinal.

⁷⁶ NEGRI, Antonio. *Marx más allá de Marx*. Akal, Madrid, 2001

Esto es solamente una hipótesis, pero podría aparecer una discontinuidad lógica entre el Marx más pensador y analista, indudablemente uno de los economistas y filósofos que con más acierto han descrito en profundidad el modo de producción capitalista, y el Marx más político y revolucionario.

Es evidente, en cualquier caso, que la voluntad expresa de Marx no es contener las contradicciones del capital, sino desarrollarlas por completo, acentuarlas y hacerlas más visibles, hasta el punto en el que la brecha haga al sistema insostenible. Llegados a ese punto crítico, mediante el estallido revolucionario se produciría el derrumbamiento violento del modo de producción capitalista y se abriría paso a un sistema no basado en la propiedad privada y la explotación.

Podría ser objeto de una investigación más profunda la conveniencia o la posibilidad de la solución revolucionaria, o si la solución a las injusticias del capital puede venir precisamente de la globalización de los movimientos sociales que permiten las nuevas tecnologías. Pero lo que parece fuera de toda duda, especialmente en un entorno de crisis aguda, es que el capital no puede ser dejado sin más a su libre determinación.

Concluyo este ensayo con una mención al autor, junto a Marx, quizá más influyente para Negri, Baruch Spinoza, autor del que toma el concepto de multitud, y que tiene la peculiaridad de ser fuente de inspiración tanto para autores marxistas como liberales.

Spinoza describe en su *Ética* 48 afectos que determinan en los seres humanos la unidad de acción, su perseverar en el ser, su *conatus*. El capital, como fuerza humana movida por deseos, se orienta exclusivamente por uno: la codicia (o, tal como aparece en la *Ética*, la avaricia como afán inmoderado de riqueza⁷⁷). Y este afecto que determina el *conatus* del capital aparece modulado en su turbulenta evolución por otros dos: la esperanza y el miedo⁷⁸, que son los que provocan los ciclos económicos.

Los otros 45 afectos que, en opinión de Spinoza, condicionan el deseo y la acción humana, no tienen absolutamente ningún papel en la evolución de la producción capitalista, considerada en términos agregados. Lógicamente, todos estos afectos influirán de una manera o de otra en la organización de la producción en empresas determinadas, pero recordemos que el modelo económico de Marx se basa en generalidades, en abstracciones o categorías extraídas de la producción real para facilitar su comprensión analítica. En la generalidad del capital, estos 45 afectos se difuminan, su efecto agregado resulta irrelevante.

Considerado pues desde un punto de vista humano, entendiendo como humano la resultante de todos estos afectos, la dirección afectiva que en una comunidad humana resulta de considerar el conjunto de sus deseos, el capital ofrece una imagen afectiva intolerablemente pobre. Sin embargo, es hasta el momento, y con una abrumadora diferencia sobre cualquier otro, el modo de producción más

⁷⁷ “XLVII —La avaricia es un deseo inmoderado —y un amor— de riquezas”. SPINOZA, Baruch. *Ética demostrada según el orden geométrico*. Editora Nacional, Madrid, 1980., p. 181

⁷⁸ “XII. —La esperanza es una alegría inconstante, que brota de la idea de una cosa futura o pretérita, de cuya efectividad dudamos de algún modo. XIII.—El miedo es una tristeza inconstante, que brota de la idea de una cosa futura o pretérita, de cuya efectividad dudamos de algún modo”. *Ibíd.*, p. 174

espectacularmente productivo que hayan visto los tiempos. La discusión sobre cómo resolver o mitigar esta profunda contradicción queda de momento abierta.

BIBLIOGRAFÍA

- ARRIGHI, Giovanni y SILVER, Beverly J. *Caos y orden en el sistema mundo*. Ediciones Akal, S.A., Madrid, 2001
- ENGELS, Friedrich. *Del socialismo utópico al socialismo científico III*. Marxists Internet Archive, www.marxists.org, 2000
- FOUCAULT, Michel. *Historia de la Sexualidad Vol. 1 , La voluntad de saber*. Siglo XXI, México, 1987
- HABERLER, Gottfried (compilador). *Ensayos sobre el ciclo economico*. Fondo de Cultura Económica. México, 1946
- HARDT, Michael y NEGRI, Antonio. *Imperio*. Paidós, Barcelona, 2005
- HAYEK, Friedrich A. *La Teoría Pura del Capital*. M. Aguilar, Madrid, 1946
- MARX, Karl. *El Capital, Tomo III*. Edición digitalizada por Librodot, www.librodot.com
- MARX, Karl. *El Capital, Capítulo VI Inédito*. Siglo XXI, México, 1985
- MARX, Karl. *Líneas fundamentales de la crítica de la economía política (Grundrisse)- Primera Mitad*. Editorial Crítica, Barcelona 1977
- MARX, Karl. *Líneas fundamentales de la crítica de la economía política (Grundrisse) Segunda mitad*. Editorial Crítica, Barcelona 1977
- MARX, Karl y ENGELS, F. *Manifiesto del Partido Comunista*. Edición digitalizada por Librodot www.librodot.com
- NEGRI, Antonio. *Marx más allá de Marx*. Akal, Madrid, 2001
- SPINOZA, Baruch. *Ética demostrada según el orden geométrico*. Editora Nacional, Madrid, 1980
- The Review of Economic Statistic*, vol. XVII, nº 4, mayo de 1935